



UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

“Pégale Como Hombre”:

Performance de Masculinidad en un Club de Fútbol

Memoria para optar al título de psicólogo

Autor:
José Mejías Riquelme

Profesor Patrocinante:
Dr. Roberto Fernández Droguett

Santiago de Chile, 2015

Agradecimientos:

*A mi madre y padre, Tania, Toña, Sofía y el resto de mi familia por darme todo su amor
siempre*

A Catalina por darme fuerza y amor todos los días

A Roberto por guiarme, ayudarme e interesarse en que este proyecto surgiera

*A mis amigos Felipe, Alberto, Jorge, Luciana y Bárbara por todas las canciones y
discusiones*

A Ignacio y Ricardo que me ayudaron mucho y de manera desinteresada

A Fútbol Rebelde y Buscemi por compartir conmigo la pasión y alegría de jugar fútbol

Y a mi padre nuevamente por hacerme de la U

Índice

RESUMEN	4
INTRODUCCIÓN.....	5
JUGADORES DEL EQUIPO: MARCO TEÓRICO	12
Género.....	12
Performance de Género.....	17
Masculinidad	20
Masculinidad Hegemónica	24
Deporte y Masculinidad	28
ESTRATEGIA DE JUEGO: MARCO METODOLÓGICO.....	32
Psicología Social Crítica y Conocimiento Situado.....	33
Etnografía y Producción de Datos.....	36
Procedimientos de la Investigación	40
PRIMER TIEMPO: DESCRIPCIÓN DEL CONTEXTO	41
Actores Habituales Dentro de la Cotidianeidad del Espacio.....	41
Descripción del Lugar de Entrenamiento.....	44
Rutina Diaria Dentro del Lugar de Entrenamiento.....	44
Descripción de Situaciones Observadas.....	48
SEGUNDO TIEMPO: ANALISIS.....	61
Construcción del Homosexual.....	61
Construcción de la Mujer	66
Construcción del sujeto hombre.....	75
TERCER TIEMPO: CONCLUSION	86
BIBLIOGRAFÍA.....	96

RESUMEN

En el presente estudio busco entender cómo se construye la masculinidad dentro de las divisiones menores de un club profesional de fútbol chileno. Basándome en perspectivas críticas de psicología social y a partir de la utilización de etnografía y entrevistas como métodos de investigación, hago un análisis de las interacciones que se dan tanto en los entrenamientos como en los partidos que se llevaron a cabo durante el año 2014. Los principales resultados que se desprenden de esta investigación son el surgimiento de tres sujetos primordiales dentro de este contexto; el hombre homosexual, la mujer y el hombre masculino. Los primeros dos no están presentes dentro del contexto y son construidos a partir de los imaginarios que tienen los jugadores acerca de éstos, transformándose en “fantasmas fundantes” de la masculinidad que se erige en este espacio. Esta situación me lleva a reflexionar sobre los cimientos en los cuales se fundamentan ciertas formas de entender el género y los roles que cada uno cumple en la sociedad, reflexión basada en los postulados de Butler quien asume que el género es una construcción social, la cual se debe performar, y no una característica intrínseca del individuo. Por último destaco cómo el fútbol sirve de espacio seguro donde las características comúnmente asumidas como masculinas construyen una masculinidad hegemónica local basada en la misoginia y la homofobia.

INTRODUCCIÓN

Fútbol: Opio del pueblo. Esta frase hecha famosa por el poeta argentino Jorge Luis Borges y utilizada por muchos intelectuales para criticar el impacto social del fútbol dentro de los diferentes pueblos, se ha vuelto famosa en quienes no entienden por qué tanta gente a lo largo de estos últimos dos siglos sigue de una manera cuasi religiosa al equipo de su barrio, ciudad o país. Se puede decir de todo acerca del fútbol, a favor y en contra, y quizás muchas de esas aseveraciones tengan un poco de cierto y un poco de falso, pero la cualidad que no se puede discutir acerca de este deporte es que es el más popular del mundo, movilizándolo a millones de personas alrededor de él. Simon Kuper (2012) reflexiona sobre esta condición mencionando que “Cuando un juego moviliza a miles de millones de personas deja de ser un mero juego. El fútbol no es solo fútbol: fascina a dictadores y mafiosos, y contribuye a desencadenar guerras y revoluciones”, (p.27). De esta manera el escritor Ugandés entiende que el fútbol sobrepasa ampliamente las barreras del ocio y pasa a influir de manera política, económica y social dentro de la cultura.

Para identificar algunas formas en las cuales el fútbol influye en la sociedad solo basta observar los apartados especializados en deportes en los medios de comunicación (los cuales cada vez son más grandes), para así conocer cuáles son los principales protagonistas y qué se dice de ellos. Cuando realizamos este ejercicio, no sorprende que, a partir de lo recogido en las páginas y los comentarios de los medios audiovisuales, pareciera ser que solo hombres practican de manera profesional este deporte. No solo eso, ya que las mujeres poco y nada aparecen o son nombradas, salvo cuando se exagera la imagen de ésta como un objeto, un acompañante del jugador o bien explícitamente un objeto sexual, como sucede por ejemplo en la sección llamada “balón rosa” en el diario deportivo digital español Sport o “diosas” en el diario deportivo digital argentino Olé. Esto da pie para pensar que el género tiene un lugar determinante dentro de la práctica y difusión de este deporte, aunque sea tan obvio y esté tan cerca de nuestras narices, que muchas veces no lo alcanzamos a divisar. Es así como la objetivización de la mujer no es casual e inofensiva, al contrario, permite la jerarquización del hombre por sobre la mujer además de difundir un mensaje de heteronormatividad dentro del fútbol a través de la publicación de las infinitas relaciones amorosas entre jugadores y modelos femeninas. De esta forma se reproduce un ideal de orientación sexual donde es mucho mejor salir con la chica más linda, o de no ser así, igualmente

deberán ser mujeres las parejas de los futbolistas, adquiriendo de esta manera mayor relevancia cuando la mujer es “novia de” o “amiga de” cierto futbolista, dejándolas totalmente relegadas en importancia por parte de los medios –lo cual a su vez será reproducido por gran parte de la sociedad que consume estos medios- a las mujeres futbolistas. Por lo tanto, el fútbol no solo será construido a partir de los medios de comunicación masiva como un deporte de hombres, sino que a su vez, de ciertos tipos de hombres (heterosexuales). Así lo refleja la respuesta que da el arquero (e ídolo) de uno de los equipos más populares de nuestro país; Jhonny Herrera al ser consultado por la posibilidad de que hubiera un homosexual en el plantel:

“No sé cómo se tomaría. Es que el camarín es muy machista. Gracias a Dios no me ha tocado convivir con gente tan intransigente, cachai. Que si llegase un hueón que saliera del closet le pegarían la patada en la raja. Igual no sé cómo sería en el camarín de la U. Creo que lo huevearían harto sí (...)

A las locas soy un poquito reacio porque también sé que soy gusto de gay: grande, musculoso (...) (En el fútbol) nosotros nos duchamos desnudos, andamos el noventa por ciento del tiempo en el camarín desnudos, y que te anden mirando el paquete, que te digan: “Oye tení la media cuestión” (...) si el tipo se porta de esa forma, le pegai una pata’ en la raja y lo echai del camarín.” (Venegas, 2015, p.132)

Como se puede concluir de la cita de Herrera, no es tanto el problema de la sexualidad del jugador la que se debe rechazar, sino que son “las locas” –lo que se traducirá como hombres homosexuales que demuestran su orientación sexual- los que no tienen cabida dentro del camarín, en este caso, de su equipo. De esta manera lo que está mencionando Herrera es que el comportamiento importa más que la propia sexualidad del jugador. Es decir, mientras el sujeto se vea como hombre heterosexual, actué bajo estos parámetros y a su vez lo manifieste frente a otros hombres -que como dice Kimmel (1997) son frente a los que constantemente nos estamos validando como hombres- nadie cuestionará su orientación sexual, aun cuando pueda ser totalmente opuesto a lo que está demostrando a través de su comportamiento. Es esta actuación del género, llamada por Butler (2007) como Performatividad, la cual cumple un rol fundamental en cómo los hombres se perciben como tales y se validan ante el resto ya que, más importante que el

género socialmente dado es la forma en que éste va a ser representado frente a los demás, actuando de cierta manera, ya sea a partir de comportamientos o bien en actos de habla.

Tomando en cuenta estas ideas sobre fútbol, género y performatividad, el desafío de investigar de manera crítica una de las actividades que más me gustan, como lo es el fútbol, me permitirá acercarme desde un espacio donde existirán muchos sucesos que son conocidos y comunes para mí, lo que me proporcionará de una ventaja en cuanto a la comprensión de las acciones y actos de habla que suceden dentro del contexto de investigación, lo cual me desliga de ser un mero espectador de las prácticas recién mencionadas, sino que también fui muchas veces reproductor de éstas mismas. En palabras de la antropóloga Mari Luz Esteban (2004), refiriéndose a la práctica de investigar desde uno mismo; “Ser parte de la misma familia me ha permitido ver de cerca las contradicciones personales y colectivas, lo cual no me ha dejado siempre buen gusto” (p.9). Esto me ayudó a generar una discusión a partir del desarrollo de ésta; el fútbol como método de construcción de un cierto tipo de formas de ser hombre en la cual éstos deben tener ciertas características (viriles, heterosexuales, exitosos, entre otras cosas) que les son propias a los jugadores de este deporte, lo cual a su vez los transforma en modelos de “formas de ser hombre” que serán reproducidos por los medios de comunicación, dándole una relevancia exagerada al fútbol, y por supuesto, a sus protagonistas. De esta manera, el tener en consideración mi experiencia otorga una aproximación al fenómeno estudiado desde la etnografía, adquiriendo especial importancia la técnica utilizada por esa aproximación al fenómeno estudiado: la reflexividad. Este concepto teórico, Roberto Fernández (2005) lo define como “la capacidad humana de evaluar la propia acción y sus efectos en un contexto determinado” (p.19), y es precisamente esto lo que pasó durante el proceso de la presente investigación, donde no solamente fui testigo de lo que sucedía sino también llevé a cabo un continuo proceso de autocrítica ante mi forma de ser y percibir el fútbol.

Este tema captó mi atención de una forma poco común, durante un partido de fútbol virtual -en un videojuego- junto a un amigo. Era uno entre los cientos de partidos que a lo largo de mi vida he jugado con mis amigos –todos hombres vale recalcar-, y que actualmente sigo practicando. Lo distinto de la ocasión detallada ocurrió al momento en que mi amigo/rival realiza el comentario de “le pegaste con la cartera” al referirse a uno de sus jugadores, que el mismo controlaba, para demostrar su disgusto ante la poca potencia

del disparo realizado. Es en este momento cuando entendí cuál era el partido que yo quería ganar o, a lo menos, jugar; el partido que se juega desde hace muchos años y que enfrenta hombres contra todos aquellos que no se les parezcan o bien no actúen como tal. Es por esto que no me agradó para nada la frase, pero no solamente por su evidente comparación despectiva del mal rendimiento con una característica alusiva a la mujer, sino porque esa frase, entre otras, tenían un tono cotidiano que me recordó en ese preciso momento todas las veces que yo había sido el emisor de frases, metáforas y comparaciones para expresar lo mismo a expensas de siempre los mismos sujetos; la mujer y el hombre homosexual. ¿Por qué estaba tan interiorizado este tipo de figuras literarias? ¿Cuál era el motivo de realizar estas “frases hechas”¹ del fútbol?

Mi forma de responder a estos cuestionamientos fue preguntarme desde cuándo disfruto de ver, jugar y hablar de fútbol y con quiénes comparto este hobby. Es decir, para poder responder preguntas exteriores a mí, debía partir por cuestionar mi propio comportamiento, actitudes y prejuicios, los cuales estuvieron arraigados bien hondo en mi forma de relacionarme, a través del deporte –y del fútbol en particular-, en mis redes sociales.

Así, este hecho despertó una incomodidad, la cual movilizó mis ganas de comprender si en otros contextos “futbolizados” realizan y piensan igual o no a como yo mucho tiempo lo hice. Esta manera de interiorizar ciertas ideas acerca del fútbol y sus protagonistas se construían a partir de frases clichés como “pegarle con la cartera” “tener huevos” o “el fútbol es un juego de hombres” las cuales dejan entrever qué es lo deseable y que no en sus practicantes y seguidores además de, como mencioné anteriormente, posicionar de manera jerárquica al hombre por sobre la mujer a partir de éstas y otras formas de concretizar en palabras este orden.

Obviamente, no creo que todos los profesos fanáticos del fútbol sean reproductores de estos códigos, vale recalcar que hay a su vez mucha gente que lucha por posicionar al fútbol como una actividad posible de practicar para todos y todas sin discriminaciones bases de ningún tipo, aunque precisamente este no sea el mensaje que uno está acostumbrado a escuchar. En este sentido, los medios de comunicación masivos son un canal en donde el comentario de mi amigo pasa como uno más, como un ladrillo más en la gran construcción masiva de los prejuicios que existen en este deporte, ya que es en

¹ El término “frases hechas” significan a frases comúnmente y recurrentemente utilizadas como metáforas

éstos donde día a día se realiza una cierta construcción del fútbol y de cómo y quiénes deben practicarlo. Aun así, toda la culpa de los medios tampoco es, ya que los protagonistas principales del fútbol mundial (profesionales del fútbol) son, en su mayoría, o reproductores de mensajes de este tipo, o bien actores incapaces de contrarrestar estos prejuicios, sea por la razón que fuere. Es dentro de este contexto que he utilizado mi posición como un trabajador dentro del fútbol, específicamente el de psicólogo deportivo de las divisiones menores del club en el cual se desarrolló esta investigación, para poder introducirme en el mundo de un equipo profesional de este deporte con el fin de entender cómo es que se producen estos discursos, si es que se llegasen a producir, y si es así, por qué y quiénes lo construyen. Para poder lograr este cometido me basé en las palabras de Harding (1987/1998; en Zirion, 2014) quien dice que hay algunos lugares más accesibles para los investigadores que las investigadoras, a partir de, como lo llama el autora; “la complicidad masculina o machista”. De esta manera utilicé mi género para poder inmiscuirme en un mundo totalmente masculino para comprender las formas en que se generan ciertas conductas en todos los actores de ese contexto.

Como mencioné anteriormente mi posición será la de psicólogo deportivo del club, la cual requiere de ir 3, 4 e incluso más veces a la semana a observar los entrenamientos y partidos, conversar con jugadores que requieran algún trabajo específico respectivos a variables psicológicas (como atención, concentración, frustración, ansiedad, entre otras) y hablar con entrenadores y demás trabajadores del club con el fin de realizar un trabajo más integral dentro de las divisiones menores de un equipo profesional chileno². Esta posición me permitió investigar un espacio en cual el fútbol es común a todos los sujetos presentes en este contexto, transformándose así en el lugar donde se llevaron a cabo diferentes comportamientos e interacciones que influirán en la manera en que los jugadores se relacionen entre ellos y con otros sujetos correspondientes a este ambiente, lo que me permitió observar cómo estas conductas influyen o no en el moldeamiento de una forma particular de actuar como hombre, performance que cuenta con la particularidad de realizarse en un contexto completamente masculino, lo cual le agrega un condimento especial a esta investigación al otorgarle un espacio singular donde desarrollarse. Esto significa que tanto los jugadores como el resto de los trabajadores de las divisiones menores del club serán todos hombres lo que le agrega un condimento más

² Me reservo el derecho de revelar la identidad de los trabajadores del club para no herir sensibilidades ni exponer a personas que no lo deseen.

a esta investigación. El ahondar en todo lo anteriormente mencionado aportará a las investigaciones sobre temáticas de la forma en la cual se performa la masculinidad en los deportes, la cual comenzó a partir de la emisión de esa frase por parte de mi amigo, y que se resumen en la pregunta: *¿Cómo se construye la masculinidad dentro de las divisiones menores de un equipo de fútbol profesional chileno?* El concepto de masculinidad se comprenderá en términos de Conell (1995) como algo que es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura. A su vez también tendré en cuenta autores como Kimmel (1997), Messner (1990) y Messerschmidt (2012) entre otros, quienes interpretan que la masculinidad nunca es estática sino que depende del contexto socio-histórico en el cual nos encontremos, por lo que será inútil describir un modelo único de formas de encarnar la masculinidad, relevando nuevamente el carácter relacional que tiene el concepto, es decir, se configura a través de las relaciones sociales. Además, como la masculinidad depende directamente del género, y éste a su vez será entendido como cierto significado que existe en relación con otro significado opuesto, este no es un atributo personal sino que se genera en base a una relación con otro diferente. Es por eso que el género no se “tiene” sino que la persona “es” un género siempre relativo a las relaciones de ésta (Butler 2007). Por lo tanto el género siempre deberá “estar siendo”, o en palabras de Butler (2007) *performándose*, lo cual define como una *reiteración estilizada de actos*, provocando un efecto que “se crea por medio de la estilización del cuerpo y, por consiguiente, debe entenderse como la manera mundana en que los diferentes tipos de gestos, movimientos y estilos corporales crean la ilusión de un yo con género constante” (p. 273-274). Por lo tanto el objetivo general de esta investigación será *identificar a través de qué performance de género se construye la masculinidad dentro de las divisiones menores de un equipo de fútbol profesional chileno*, el cual será alcanzado a partir de la consecución de distintos objetivos específicos, los cuales serán:

- Caracterizar los escenarios donde se construye esta masculinidad.
- Caracterizar las acciones e interacciones de los actores que participan en la construcción de masculinidad en términos de performances de género.
- Identificar y analizar las referencias al género con las cuales se construye la masculinidad

Tanto la pregunta, como los objetivos general y específicos serán abordados desde la psicología social crítica (Isabel Pípper (2002), Tomás Ibáñez (1994) y Lupicinio Íñiguez (2005) entre otros), rama de la psicología que comprende la realidad como construida por los sujetos, los cuales son agentes capaces de mantener y cambiar la realidad en la cual viven, renunciando así a la visión científicista que establece a la realidad de forma neutra y objetiva donde los sujetos son meros observadores de su contexto. Es en base a esta forma cualitativa de aproximarse a la realidad que se analizarán los datos obtenidos durante todo un año de observación de entrenamientos y partidos de las divisiones menores del club anteriormente nombrado. Este análisis se realizará teniendo a la base las teorías de masculinidad y la teoría performativa del género, las cuales servirán para comprender de una forma mucho más compleja la manera en la cual el fútbol, y específicamente las dinámicas que dentro de las categorías menores de un club profesional se dan, construyen ciertos tipos de masculinidad, lo que a su vez construirá ciertas formas de relaciones de género que influirá más allá del espacio físico en esta ocasión analizado.

Entiendo la contingencia que tiene esta investigación con temáticas que actualmente están en boga, donde situaciones de discriminación dentro de los deportes, como así también actos de homofobia o machismo están siendo cada vez más identificados y denunciados por quienes son víctimas de éstos, o bien testigos que reprochan este tipo de conductas. Es por esto que he decidido llevar a cabo este trabajo con el fin de que se transforme en una contribución para poder alcanzar la erradicación del prejuicio arraigado en gran parte de la población masculina –y parte de las mujeres también- que practica fútbol, los cuales lo han delimitado como un espacio reservado para hombres solamente. Será precisamente comprender cómo se generan discursos que promueven estas actitudes, además de identificar quienes son los actores que las reproducen, el norte que guiará esta investigación.

Siguiendo la lógica futbolística, primero conoceremos los jugadores con los cuales contará nuestro equipo, o en otras palabras, la teoría elegida para poder enfrentar este partido, presentados en el marco teórico. Una vez conocidos los jugadores, el siguiente paso será entender la formación de los jugadores en la cancha, o bien la manera en la cual me aproximaré al fenómeno social estudiado, es decir la metodología de investigación del trabajo. Ya comenzado el partido, el primer tiempo transcurrirá a partir del relato de campo y durante el segundo tiempo llevaré a cabo el análisis y la discusión, momento en

el cual se podrá ver el rendimiento de los jugadores durante el partido, espacio en el cual se complementará el análisis y la teoría. Por último el tercer tiempo consistirá en, una vez ya acabado el partido, mencionar las conclusiones que dejará este partido tan importante.

JUGADORES DEL EQUIPO: MARCO TEÓRICO

Las teorías que conducen la forma de interpretar los eventos posteriormente descritos serán divididas en tres partes. Primero detallaré la teoría de género que será fundamental para el posterior desarrollo de las subsiguientes teorías. El desarrollo de este concepto teórico tendrá como base fundamental la negación de éste como una diferencia biológica entre hombres y mujeres, ya que se asumirá al género como un concepto construido socialmente que es utilizado para adjudicar ciertas aptitudes, habilidades, trabajos, colores, olores, comportamientos, etc. A determinadas personas dependiendo de su sexo, el cual a su vez también será una construcción social para fines de esta investigación.

Luego continuaré con los conceptos teóricos de masculinidad y performatividad. El primero será entendido como las características adscritas con cierta posición dentro de la sociedad, en este caso la de ser hombre, la cual siempre se construirá en comparación a otro, siendo la performatividad la manera como se actúan estas características para así generar una ilusión de identidad genérica anterior o natural, que no es tal (Butler, 2007).

Género

El género adquiere una posición central en esta investigación a partir de la concepción de éste como construcción social, el cual permitirá la introducción de los siguientes conceptos teóricos que sustentan esta investigación; performatividad y masculinidad.

La noción de género está íntimamente relacionado con el concepto sexo, siendo comúnmente asociados a partir que “el género es el efecto de un proceso social que transforma una diferencia biológicamente determinada (macho/hembra) en una distinción cultural (hombre/mujer)” (Aguilar, 2009; p.126). Atendiendo a esto, empezaron a utilizarse los postulados que a mediados del siglo XX el médico John Money realiza, apuntando que el género, o bien como él le llama, la identidad de género, es la experiencia privada del rol de género y el rol de género es la manifestación pública de la identidad de género (Troncoso, 2014). Según Money éstas pueden o no ser adquiridas a partir del sexo biológicamente asignado, pero que justamente diferencian a éste del género, siendo el primero natural, biológico y por lo tanto indiscutible, mientras que el segundo será una

construcción social que presentará públicamente –en la mayoría de los casos- el sexo *dado*. Esta discrepancia sirve para que actualmente se siga entendiendo la diferenciación entre sexo y género como otro lugar más donde la oposición entre naturaleza y cultura continua manifestándose. En esta línea Anastasia Téllez y Ana Dolores Verdú (2011), al hablar de Género, lo definen como “la construcción cultural de lo considerado propio de cada sexo” (p. 88). Lo cierto es que, aun cuando asumo que el género es una construcción cultural, al realizar la problematización de los conocimientos asumidos que efectúo a partir de la psicología social crítica (la cual se ahondará en el marco metodológico), coincidiré con Butler (2007) entendiendo que no solamente el género será una construcción social sino también el sexo adquiere, para fines de esta investigación, el mismo origen. La autora nos invita a impugnar el carácter inmutable del sexo, diciendo:

“Como resultado, el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/natural mediante el cual la “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” se produce y establece como “prediscursivo”, previo a la cultura, una superficie políticamente neutral sobre la cual actúa la cultura” (Butler, 2007, p. 36) .

Butler (2007) complementa esta idea mencionando que “si dicha realidad se inventa como una esencia interior, esa misma interioridad es un efecto y una función de un discurso decididamente público y social” (p. 266). Si bien esta será la perspectiva que adquiere la investigación, no se debe dejar de lado que el género suele asumirse como *formas de ser* hombre o mujer, las que adquieren ciertas características que se asumirán como naturales y que forman la ilusión de un sujeto portador de una esencia anterior a lo social (Zambrini y lavedito, 2009), supeditando así la noción de género a la de identidad, asumiéndose que una persona es de un género, y lo es en virtud de su sexo (Butler, 1990; p.79).

Siguiendo con esta idea el género obtendrá la ilusión de identidad, entendiendo a ésta última en palabras de Antar Martínez-Guzmán, Marisela Montenegro y Joan Pujol (2014), quienes la definen de la siguiente manera:

“(1) la cualidad de lo idéntico; (2) al conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás; o (3) a la igualdad dentro de un ser o grupo, a aquello que lo define como particular, auténtico y estable.” (p. 25)

De esta manera, y al igual que la identidad, el género necesitará de otro para reconocerse dentro de un grupo de pares, siendo la diferencia entre hombres y mujeres lo que a su vez los constituyen como tal. Volviendo a Butler (2007), ella menciona que el género solo existe en relación con otro significado opuesto, perspectiva relacional que señalará que el género siempre será relativo a las relaciones construidas en las que se establece. No quiero decir con esto que el género y la identidad serán entendidos como lo mismo, sino recalcar las similitudes que tienen en su construcción, influyéndose mutuamente durante la misma. Por tanto, asumir esta posición donde los conceptos de identidad y género resultan no naturales, no biológicos y no universales, surgirá lo que Laura Zambrini y Paula Iadevito (2009) nombrarán *posicionalidad*, haciendo referencia a que el proceso de construcción identitario siempre es relativo a un contexto sociocultural. Es decir, uno adquiere una posición a partir de la construcción social del género que la cultura le anexa, la cual le entregará características y formas de comportarse esperados. Entonces, a partir del carácter relacional del género, una persona ocupará un cierto género principalmente al no pertenecer al otro, es decir, yo soy mujer u hombre al tener las características que me diferencian del otro y es a partir de esta situación que encontraré un género que me constituirá identitariamente, la cual se complementará por la posicionalidad que el género adquiera dependiendo siempre de la concepción cultural que a éste se le dé. Dicha oposición genérica Rawyn Connell (2003) la concibe dentro del “escenario reproductivo”, práctica social que realiza la distinción de género en torno a tres dimensiones que diferenciarán y posicionarán al hombre con respecto de la mujer. La autora las define como: 1) Producción: diferencias de salarios y el gran porcentaje de hombres en puestos importantes a nivel empresarial; 2) Poder: subordinación general de la mujer bajo el dominio del hombre (comúnmente llamado patriarcado) y; 3) *Cathexia*: palabra con la cual se referirá a la naturalización de la heterosexualidad (Connell, 2003; p. 112-114). Me interesa explicar las últimas dos dimensiones asumiéndolas relevantes con los temas expuestos en mi investigación.

La dimensión de poder está directamente relacionada con el concepto de posicionalidad revisado anteriormente, ya que a partir del contexto sociocultural las mujeres y los hombres asumirán posiciones asignadas a sus géneros, las cuales serán determinadas por diferentes aparatos de dominación –entre ellos la ley- que, a partir de la interpelación, los llaman a situarse en el lugar que se les ha asignado, los cuales acarrearán prácticas y significados sociales (Althusser, 1970; En Córdoba, 2003). Estos aparatos apelan a

aquella posición, aquella identidad con la cual los individuos son llamados a identificarse, dando la sensación de una identidad y género esencial, a partir del acto de reconocimiento del sujeto con la identidad que ya-desde siempre había tenido (Althusser, 1970; En Córdoba 2003). Joan Scott (1990; en Martín y García, 2011) por otra parte, define la relación entre género y poder de la siguiente manera: “El género es una primer campo, a través del cual, en el seno del cual, o por medio del cual, el poder es articulado” (p.82). Pierre Bourdieu ahonda esta idea al referirse a las posiciones en las cuales los géneros serán situados, de la siguiente manera:

“Las divisiones constitutivas del orden social y, más exactamente, las relaciones sociales de dominación y de explotación instituidas entre los sexos se inscriben así, de modo progresivo, en dos clases de hábitos diferentes, bajo la forma de hexeis corporales opuestos y complementarios de principios de visión y de división que conducen a clasificar todas las cosas del mundo y todas las prácticas según unas distinciones reducibles a la oposición entre lo masculino y lo femenino (...) los hombres, situados en el campo de lo exterior, de lo oficial, de lo público, del derecho (...) a realizar todos los actos peligrosos y espectaculares (...) por el contrario las mujeres al estar situadas en el campo de lo interno (...) se les adjudican todos los trabajos domésticos, es decir, privados y ocultos, prácticamente invisibles o vergonzosos, como el cuidado de los niños y de los animales (...) están condenadas a dar en todo momento la apariencia de un fundamento natural a la disminuida identidad que les ha sido socialmente atribuida” (Bourdieu, 2000, p.45)

Por lo tanto el género será constructor de las dimensiones de poder que adquieren forma en su contexto, lo cual es complementado por Humberto Abarca y Mauricio Sepúlveda (2000) quienes mencionan que “el género es no solo una manera de autoperibirse y percibir a los otros: también es una estructura de prestigio, esto es, una manera de producir diferencias y exclusiones” (p.45). En la misma línea Bourdieu (2000) señala que “en la medida en que los principios de visión y de división que proponen están objetivamente ajustados a las divisiones preexistentes, consagra el orden establecido, llevándolo a la existencia conocida y reconocida, oficial” (p.21). Por lo tanto, al esencializar las posiciones de género, se forma un orden entendido como natural -o dado-, en el que el hombre ocupa una posición de privilegio con respecto a la mujer,

siendo así benefactor de un orden social en el que el poder, a partir del género –pero no situado solamente en éste-, se asociará con lo masculino.

Otra forma donde el carácter relacional del género, además de las posiciones a las que adscribe cada uno, toman forma es la heterosexualidad, la cual Butler (2007) asume que le da coherencia o unidad interna a cualquier género, presuponiendo una relación causal entre sexo, género y deseo. Así, el género refleja al sexo y el deseo al género, lo cual concibe una ilusión de esencialidad en la sexualidad de los individuos. A su vez, “instituir una heterosexualidad obligatoria y naturalizada requiere y reglamenta al género como una relación binaria en la que el término masculino se distingue del femenino, y esta diferenciación se consigue mediante las prácticas del deseo heterosexual” (Butler, 2007, p. 81). Al naturalizar la heterosexualidad, se excluye todo aquel hombre que no se sienta atraído sexualmente por mujeres y viceversa, siendo su rechazo fundamentado en la exclusión de éstos del orden natural, pasando a ocupar el lugar de “abyecto” u “otro”. Este sujeto debe estar siempre siendo sindicado y caracterizado para no parecerse a quien no tiene un deseo sexual natural, lo que confluye en, como menciona Butler (2007) “vigilar el género” para así afirmar la heterosexualidad. Judith Butler (2007) resume el efecto y el papel que tiene la heterosexualidad en la siguiente cita:

“Los géneros “inteligibles” son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la “expresión” o “efecto” de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual (...) La heterosexualización del deseo exige e instaura la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre “femenino” y “masculino”, entendidos estos conceptos como atributos que designan “hombre” y “mujer” (...) precisamente porque algunos tipos de “identidades de género” no se adaptan a esas reglas de inteligibilidad cultural, dichas identidades se manifiestan únicamente como defectos en el desarrollo o imposibilidades lógicas desde el interior de ese campo” (p.72-73).

Entonces, la regulación de la sexualidad a través de la heterosexualidad servirá a su vez para mantener las posiciones de hombre y mujer, como también rechazar a quienes no asuman esta heterosexualidad, recibiendo así la repulsión por parte de la sociedad, al no participar de sus estándares de naturalidad.

Todas las particularidades que produce el género serán entendidas como no naturales, sino construidas social y culturalmente, conceptualización del género a partir de la cual todas las características anteriormente mencionadas no serán determinantes, ya que siempre podrán ser construidas de otras maneras. A continuación proseguiré realizando una revisión del concepto performatividad, la cual responderá a la manera en la cual esta construcción es llevada a cabo, especificando cómo es realizada en contextos deportivos, dándole especial énfasis al fútbol, ya que será en este espacio donde se desarrolla la presente investigación.

Performance de Género

Judith Butler (2007) argumenta que éste no está constituido por “las reglas mediante las cuales es creado, porque la significación *no es un acto regulador, sino más bien un procedimiento regulado de repetición* que al mismo tiempo se esconde y dicta sus reglas precisamente mediante la producción de efectos sustancializadores”(p.282), lo cual genera de esta manera una ilusión de esencia que forma al sujeto, en donde el género juega un rol fundamental, al ser piedra angular en la conformación de la identidad de las personas. Eva Gil (2002) agrega que “anticipamos a la naturaleza como ley que conforma las categorías hombre/mujer, y esta anticipación hace que dichas categorías se nos revelen como preexistentes, como naturales, como dadas” (p.36), sumado a esto, la autora destaca que “para que la naturaleza (o incluso la cultura) pueda mantener su estatus de ley necesita de un arduo trabajo de repetición y reproducción del manejo de los cuerpos y los deseos” (p.36). Esta característica debe ser repetida para así idear la ilusión de un sexo innato, sexo que desde Monique Wittig (Butler, 2007), es en sí una categoría con género desde su núcleo, lo que rectifica lo anteriormente mencionado sobre la homologación de la categoría sexo y género como un concepto con el mismo significado. El nombre que recibe este ejercicio de repetición de actos que tiene como fin naturalizar el género es “performance” o “performatividad”, término acuñado por Judith Butler por primera vez en 1990 en su texto “El género en disputa”, quien la define como una:

“reiteración estilizada de actos. El efecto del género se crea por medio de la estilización del cuerpo y, por consiguiente, debe entenderse como la

manera mundana en que los diferentes tipos de gestos, movimientos y estilos corporales crean la ilusión de un yo con género constante. (...) Resulta revelador que si el género se instaure mediante actos que son internamente discontinuos, entonces la apariencia de sustancia es exactamente eso, una identidad construida, una realización performativa en la que el público social mundano, incluidos los mismos actores, llega a creer y a actuar en la modalidad de la creencia. (...) El yo con un género constante revelará entonces estar organizado por actos reiterados que desean acercarse al ideal de una base sustancial de identidad, pero que, en su discontinuidad eventual, manifiesta la falta de base temporal y contingente de esta «base»” (Butler, 2007, p. 274).

Por lo tanto, la performatividad tiene que estar siempre repitiéndose ante otros, ya que es en el ámbito de lo público en donde el género es representado. Así, la performance debe ser ejecutada como una obra de teatro, “presentándose a un público e interpretándose según unas normas preestablecidas” (Gil, 2002, p. 36). La performance como teatralidad también encuentra sustento en Butler, quien lo liga con el acto discursivo, estando ambas relacionadas obligatoriamente ya que son ambas las que le dan cuerpo a una performance (2007), siendo el discurso un “acto corporal con consecuencias lingüísticas específicas” (p.31). Por lo tanto, la performatividad es un acto, el cual genera discursos que tienen como fin utilizar el vocabulario para hacer afirmaciones que buscan esencializar las diferencias excluyentes entre hombre y mujer. En este sentido, un acto de habla performativo es “aquél en el que decir algo equivale a hacer algo” (Althusser, 1970; En Córdoba 2003, p. 4), los cuales al repetirse se transforman en prácticas avanzadas, en donde el lenguaje adquiere poder y actúa sobre lo real (Butler, 2007). Gil (2002) complementa esta idea mencionando que el acto performativo fundamentalmente es una práctica discursiva, ya que ésta se trata de un acto lingüístico a partir de los cuales se construye la realidad, al ser una consecuencia del acto que se está ejecutando. A su vez, los actos de habla hacen tautológica la naturalidad del género, ya que serán sancionados de forma punitiva (a través de discriminación, violencia, restricción de derechos, etc.) aquellos que no cumplan el acuerdo colectivo tácito de actuar, crear y garantizar géneros diferenciados y polares, que se construyen como obligatorios a partir de una reiteración que disimula su génesis, los cuales son los actos de habla que, a falta

de una esencia que se pueda exteriorizar o expresar, producen el género (Butler, 2007, p. 272-273).

La performance por tanto, mediante la teatralidad y los actos de habla sostiene una forma de representar el género, en donde la heterosexualidad es, utilizando una metáfora matemática, el mínimo común múltiplo desde donde todas las sociedades se construyen, rigiendo así los géneros, cuerpos y pensamientos de todos sus participantes, a lo que Monique Wittig llama (Butler, 2007) “pensamiento recto”, donde se someten y excluyen a todo aquel que no cumpla con la heteronorma, ya que, a partir de las ciencias humanas “presuponen que lo que crea la sociedad, cualquier sociedad, es la heterosexualidad” (p. 232). A su vez, la heterosexualización del deseo va a construir géneros opuestos discreta y asimétricamente entre lo “femenino” y lo “masculino”, otorgándole un carácter defectuoso a todas aquellas “identidades de género” que no se adapten a esta regla (Butler, 2007, p. 72-73).

Esta heteronormatividad que se busca instaurar a partir de la performatividad se ligará a cada género con ciertas características propias de mujeres y hombres, otorgándole a cada uno ciertas aptitudes, habilidades, trabajos, colores, olores, vestimentas, comportamientos, sentimientos, etc. (Téllez y Verdú, 2011) construyendo una realidad binaria excluyente que adquiere la propiedad de natural o dada. Por su parte Bourdieu (2000) señala que la división entre los géneros parece ser natural hasta el punto en que la performance de cada uno de ellos es inevitable, presentándose en su estado objetivo, “tanto en las cosas como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes, que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción” (p. 21).

Todas las características recién mencionadas sobre la performance la posicionan dentro del espacio público, lugar en el cual está constantemente sujeto a interpretación ya que al ser una acción y no una propiedad innata del individuo, serán los otros quienes lo validarán. Por lo tanto, los actos de habla y la teatralidad deben incluir en sus repeticiones estilizadas el carácter binario del género y la heteronormatividad del orden genérico siempre apelando a una esencia desde la cual se sustenta esta forma de representarse como hombre o mujer, sin términos medios. Esta característica pública conlleva a la performance y las identidades construidas en base al género, a tener consecuencias en su contexto, ya que al realizar todas las acciones enumeradas

anteriormente, se buscan ciertos supuestos que tienen consecuencias políticas dentro del espacio en donde se realizan. Butler (2007) nos menciona, por ejemplo, que apelar a lo “natural” de la heterosexualidad siempre es político ya que, entender el género como una construcción social entrega las herramientas para problematizar bajo qué circunstancias es edificado de esa manera y a quiénes beneficia las consecuencias de esencializar el género y su heteronorma. Por lo tanto, el concebir a la identidad como algo estable y coherente tiene un costo social y político de comprender las identidades como esenciales, naturales o trascendentales, en términos que definen lo que se puede o no se puede ser, lo permitido y lo abyecto; las formas de vida posibles (Butler, 2004; en Íñiguez, Martínez-Guzmán y Pujol, 2014). Sin embargo, el posicionarse desde la performance de género da la posibilidad de problematizar las formas de representar el género que parecen congeladas, estancadas de una cierta manera, pero que se actúan y repiten, pudiendo así coincidir con los postulados de Gil (2002) quien menciona que “cuando repetimos también tenemos la posibilidad de desplazar las categorías, y por lo tanto, de transgredir” (p. 37), generando de esta manera una forma de resistencia a la construcción naturalizadora del género, denunciando a su vez la artificialidad del mismo.

En conclusión, el concepto de performance de género me proporciona las herramientas necesarias para problematizar los comportamientos y los actos de habla que pude observar durante mi investigación, ya que al asumirlos como actos que persiguen darle un efecto de esencialidad al género a través éstos mismos, evidenciaré los mecanismos utilizados con los cuales buscan este objetivo, ya que quieran o no, todos nosotros performamos nuestro género, muchas veces sin saberlo (Íñiguez, Martínez-Guzmán y Pujol, 2014). Tomando en cuenta además que el contexto está totalmente poblado por hombres, ahondaré a continuación en el proceso mediante el cual los hombres performan la masculinidad y a su vez, como el deporte se transforma en un espacio vital para realizarlo.

Masculinidad

Para profundizar en el concepto de masculinidad es necesario tener en cuenta la definición que hace Matthew Gutmann (2000; citado en Téllez y Verdú, 2011) sobre éste, quien la resume como “lo que los hombres dicen y hacen para ser hombres y no sólo como lo que los hombres dicen y hacen” (p. 91) es decir, el autor enfatiza que la masculinidad, al igual que el género, no es esencial, no se tiene como algo innato, sino que se debe performar, se debe actuar, un hombre es hombre cuando actúa como tal, y a

su vez, cuando no es mujer, asumiendo el sistema binario de género que ya fue descrito anteriormente. Raewyn Connell (2003) resalta esta característica relacional de la masculinidad, describiéndola como la simultaneidad de “la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (p.199), destacando también que la masculinidad no se posee sino que es una configuración de práctica dentro de un sistema de relaciones de género (Connell, 2003) en la cual los individuos se encuentran, adoptando comportamientos, actos de habla e incluso pensamientos que serán performados en el espacio público con el fin de demostrar ante los demás que se es hombre, lo cual conlleva privilegios y sacrificios. En este sentido Elisabeth Badinter (1996; en Del Salto, 2011), menciona que “la masculinidad es algo que constantemente se debe confirmar” (p.20), lo cual reafirma ésta como una forma de performar el género.

Si bien al ser pública puede ser evaluada por todos, son específicamente los propios hombres bajo quienes se está en persistente y cuidadoso escrutinio, quienes miran, clasifican y conceden la aceptación en el reino de la virilidad (Kimmel, 1997). Para encarnar la masculinidad el hombre debe diferenciarse de las mujeres, niños y homosexuales (Téllez y Verdú, 2011), dejando de lado todo lo que lo acerque a lo femenino, ya que ésta es detectada como débil, por lo que el hombre debe demostrar ser fuerte, independiente, poderoso e inmovible (Del Salto, 2011). Lo anterior convierte a la masculinidad en un “proceso negativo o reactivo, es decir, ser hombre significa fundamentalmente no ser mujer” (Castells y Subirats, 2007; en Téllez y Verdú, 2011, p. 95), lo cual tiene como efecto alejarse de la emotividad comúnmente relacionada con este personaje, resultando como consecuencia que “el hombre no expresa sino que inhibe, de ahí que uno de los rasgos que mejor encajan en la identidad típicamente masculina sea el control de los sentimientos, y especialmente del miedo” (Téllez y Verdú, 2011, p. 95). Precisamente la falta de expresión sobre los sentimientos “interiores” de los hombres es lo que detallan extensamente Humberto Abarca y Mauricio Sepúlveda (2000) en la siguiente cita:

“la característica más sobresaliente del modelo masculino tradicional refiere a su constitución a partir de rasgos "exteriores". Lo anterior implica que todos los mandatos, esto es, lo prescrito o lo prohibido, aluden al hacer, al mostrar, al ocultar, al lograr, etc. No pareciera tener mucha

importancia la interioridad del hombre; es más, sus emociones, sus necesidades, están omitidas. La identidad masculina tradicional se construye sobre la base de dos procesos subjetivos simultáneos y complementarios: el hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y la represión de la esfera emocional. Para ejercer un equilibrio sobre ambos procesos, el varón debe operar un permanente autocontrol para regular la exteriorización de sentimientos, tales como dolor, tristeza, placer, temor, entre otros, y así poder preservar su identidad masculina. Estas dos características básicas se traducen en un estilo de relación con el mundo caracterizado por tres rasgos de subjetividad: (1) conducta afectiva y sexual restringida; (2) actitudes basadas en modelos de control, poder y competencia; y (3) dificultades para el cuidado de la salud” (p. 35).

Los autores señalan que la contención de las emociones es complementada simultáneamente con la relevancia del desarrollo público en los hombres como el verdadero lugar en donde se validan como tal ante otros hombres, dejando lo privado y lo personal para las mujeres. En este sentido, las identidades masculinas se construyen a partir de un “proceso por el cual los discursos y representaciones sobre género se encarnan y estabilizan sobre la base de una operación de repudio o rechazo compulsivo de un espectro de contenidos que se definen como lo que no se debe ser” (Fuller, 1997; en Abarca y Sepúlveda, 2000, p. 36), catalogando a ese otro aborrecido como abyecto en palabras de Judith Butler, limitando así los contornos del sujeto, construyendo un “no yo” (Butler, 2007) que a la vez se interiorizará “como un fantasma fundante de la identidad, en la medida que obliga a reafirmarla constantemente por la amenaza de su pérdida, garantizando así la continuidad del modelo” (Abarca y Sepúlveda, 2000, p. 36).

Al desenvolverse en el espacio público, la masculinidad adquiere poder dentro de las relaciones de género, ya que si bien este lugar dejó de ser completamente masculino en la medida en que la mujer trabaja y posee un protagonismo considerable en la esfera pública, “los espacios que ahora empiezan a ser mixtos aparecen jerarquizados; varones y mujeres aparecen quizás revueltos pero no juntos ni iguales, sino jerarquizados” (Marqués, 1997, p, 28). Jerarquización que se interioriza y por lo tanto “normaliza el privilegio masculino frente a la subordinación femenina” (Téllez y Verdú, 2011, p.95) lo que a su vez genera relaciones desiguales, asimétricas e instrumentalizadas entre

hombre y mujer siendo la masculinidad la construcción cultural que legitima y preserva el control social por parte de la población masculina. (Téllez y Verdú, 2011).

El medio que utiliza la masculinidad para mantener la posición de privilegio dentro de las relaciones genéricas es la violencia, la cual entenderé como “una forma de ejercicio del poder mediante el empleo de la fuerza e implica la existencia de un "arriba" y un "abajo", reales o simbólicos, que adoptan habitualmente la forma de roles complementarios: padre-hijo, hombre-mujer, fuerte-débil, etc.” (Abarca y Sepúlveda, 2000, p. 35), que será naturalizada como forma de relacionarse, no solamente con mujeres, sino también con otros hombres y consigo mismos, conformando así, lo que Kaufman (1989) llama “la triada de la violencia de los hombres”. La violencia pasa a ser de uso masculino en tanto son los hombres quienes están autorizados para ejercerla, debido a la posición de dominación que éste ocupa, quienes a su vez la justifican, asumiéndola como un derecho respectivo a la ideología de la supremacía (Connell, 2003) con la cual los hombres cuentan por el solo hecho de performar la masculinidad. Por lo tanto, la consecuencia de la interiorización de la violencia se refleja en que “niños y hombres aprenden a utilizar selectivamente la violencia y a transformar una gama de emociones en ira hacia los otro/as y hacia sí mismo” (Abarca y Sepúlveda, 2000, p. 41).

En contraste, a partir de las normas genéricas, será inaceptable el que una mujer exprese sentimientos agresivos o violentos hacia otras personas, teniendo que volcarlos hacia ellas mismas (Inkle, 2014), lo que demuestra las distintas maneras de percibir el uso de la violencia hacia otros cuando proviene de distintos géneros. Godelier, (1986; en Téllez y Verdú, 2011) comparaba la relación dispar que establecen hombres y mujeres con la violencia, y la sangre que está directamente relacionado con esta experiencia señalando que “Una mujer sangra en la menstruación y en el parto. Un hombre sangra en la guerra, en los rituales y en los trabajos peligrosos que él asume para que las mujeres puedan criar a sus hijos en un ambiente seguro” (p.90), complementándolo con la manera en que los hombres deben aceptar el peligro “libre y voluntariamente o si no él no es un hombre” Godelier, (1986; en Téllez y Verdú, 2011, p.90) peligro al cual las mujeres solamente deberán enfrentar en el momento del parto, siendo este un peligro del cual no se puede escapar (Godelier, 1986; en Téllez y Verdú, 2011).

La masculinidad, a partir del patriarcado –sistema en el cual se basa el dominio del hombre sobre la mujer- tiende a asumir que todos los hombres pertenecen a una categoría indiferenciada (Messner, 1990), lo cual esencializa –y por ende naturaliza- la identidad

masculina, quitando el énfasis de construcción social mediante la performatividad que en esta investigación se utiliza para entender la realidad. Si bien este trabajo renuncia categóricamente a esta forma de entender la masculinidad, se asume que los hombres como grupo, como totalidad, si disfrutaban de poder y privilegios a expensas de las mujeres, lo cual “bajo ninguna circunstancia será completo, total o incontrarrestable, ni tampoco será compartido equitativamente entre todos los hombres³” (Messner, 1990, p. 205), dejando claro así que la masculinidad no es una gran y única forma de performar la identidad masculina, sino que existen múltiples masculinidades, las cuales son definidas dependiendo del contexto, además de características de los individuos que la performan, tales como raza, etnia, clase, etc. (Fuller, 2001). Messner (1990) y Connell (2003) nos mencionan que las masculinidades se dividen a grandes rasgos entre las subordinada, marginalizada y hegemónica, ésta última se construye a partir de la relación con las otras masculinidades y con las mujeres, basándose en la subordinación de éstas ante la categoría de masculinidad que posee el poder. Es esta forma de performance de la masculinidad en la cual profundizaré a continuación, ya que es ésta la que asuma un rol fundamental en la investigación.

Masculinidad Hegemónica

El concepto de masculinidad hegemónica, al igual que el resto de los conceptos relacionados a la performatividad de género, debe asumirse como construido y dependiente del contexto socio-histórico en el cual asume su posición de privilegio, por lo que las características presumiblemente estáticas que pueden llegar a describir a la masculinidad hegemónica son solo temporales y responden a las aquellas deseadas por parte de culturas específicas. Previo a la descripción de estas características, es necesario precisar que, lo que se entenderá por masculinidad hegemónica no será sinónimo de masculinidad dominante o dominadora, esto porque la primera siempre legitima las relaciones patriarcales, en donde un cierto tipo de hombre posee poder sobre mujeres y otros hombres no hegemónicos (Messerschmidt, 2012), lo cual no necesariamente será una característica de la masculinidad dominante. Por lo tanto, la primera característica que ostenta la masculinidad hegemónica es la de encarnar “la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2003, p. 117). Demetriou (2001) ahonda en esta

³ Traducción hecha por el autor

particularidad de la masculinidad hegemónica señalando que existen dos formas de hegemonía: *interna* es la ascendencia que adquiere un grupo de hombres en particular frente a todo el resto de hombres; y *externa* se le llama a la institucionalización del dominio de los hombres sobre las mujeres, o como ya se le ha nombrado anteriormente: patriarcado. Es entonces la diferenciación con otros hombres, a la vez que con todas las mujeres el punto de partida desde donde la masculinidad hegemónica primordialmente se configurará.

El término *masculinidad hegemónica* fue acuñado por primera vez por Raewyn Connell en 1985, para luego ser reformulado por la misma Connell junto con James Messerschmidt en 2005, tomando en cuenta las diversas críticas que distintos autores hicieron a lo largo del tiempo. Las características que se mantuvieron de la formulación original fueron: primero, la idea de que la masculinidad hegemónica se construye a partir de la relación con la femineidad y las masculinidades no hegemónicas (Messerschmidt, 2012), asumiendo que la diferenciación con éstas va de la mano con el temor de no parecerse a “homosexuales, la mujer díscola, las culturas extrañas, etc.” (Abarca y Sepúlveda, 2000, p. 40). La segunda característica que sobrevivió hasta la reformulación del concepto fue la recién mencionada diferencia entre la masculinidad hegemónica y las masculinidades dominantes o más comunes, las cuales pueden coincidir, lo que no significa la subordinación una de la otra. En cuanto a las nociones agregadas, los autores rescatan la comprensión de carácter más holística de jerarquía genérica en donde se reconoce “la agencia de grupos subordinados tanto como el poder de grupos hegemónicos y que reconozca el condicionamiento mutuo (interseccionalidad) del género con otras dinámicas sociales como clase, raza, edad, sexualidad y nación” (Messerschmidt, 2012, p. 59). Por último se agrega la concepción de tres niveles en donde existe la masculinidad hegemónica: local (construida en interacciones cara a cara o comunidades “inmediatas”), regional (construidas en culturas definidas o estados naciones) y global (construidas en áreas transnacionales) (Messerschmidt, 2012). Este último punto provee un cimiento en el cual se puede argumentar que la masculinidad hegemónica no siempre es la misma sino que depende de la cultura en la cual se encuentre, aunque, como James Messerschmidt (2012) dice “obviamente, lazos entre estos tres niveles existen: masculinidades hegemónicas globales presionan masculinidades hegemónicas regionales y locales, y masculinidades hegemónicas regionales proveen material cultural adoptado o reelaborado en áreas globales y utilizado en dinámicas genéricas locales” (p. 59), demostrando que

los tres niveles se influyen mutuamente. Esta investigación se desarrolla en un nivel local, ya que es a partir de las interacciones cara a cara donde se construye la masculinidad hegemónica, la cual, por ende, es específica para el contexto en el cual se desarrolla este trabajo.

Las características que se le atribuyen a la masculinidad hegemónica comúnmente y de forma estereotípica son: la valentía, el honor, la fortaleza, el vigor, la razón, el liderazgo, el control del dolor físico, la ocultación de los sentimientos y la vida emocional, la competencia, el enfrentamiento, la bravuconería, la obsesión por los logros y el éxito, la homofobia, la fortaleza emocional, la autosuficiencia, la firmeza, el sexismo etc. (Abarca y Sepúlveda, 2000; Inckle, 2014; Lomas, 2003; Pringle, 2005), las cuales todas deben estar performándose continuamente ya que siempre están probándose ante otros hombres, para así no perder sus privilegios entregados por el patriarcado. Por lo tanto, basándose en el régimen binario excluyente del género, Connell (2003) describe una persona no masculina como “pacífica en lugar de violenta, conciliatoria en lugar de dominante, casi incapaz de dar un puntapié a una pelota de fútbol, indiferente en la conquista sexual, y así sucesivamente” (p. 103-104). Aunque pueda parecer una caricatura, estas características necesarias para performar el género masculino se instalan dentro de las relaciones sociales, proveyendo a estas formas puntuales de relaciones genéricas.

Como ya se ha mencionado, la masculinidad hegemónica se relaciona con las mujeres y las masculinidades no hegemónicas a partir de la jerarquía que le infiere el patriarcado, en dónde ésta se entiende como “la manera más honorable de ser hombre, lo que requerirá que todos los demás hombres se posicionen en relación a ésta, y legitimará ideológicamente la subordinación global de las mujeres respecto a los hombres” (Connell y Messerschmidt, 2005, p.832). Si bien la masculinidad hegemónica parece entregar muchos privilegios a quienes la encarnan, solamente una minoría la alcanza, siendo así un modelo de masculinidad normativo donde de diversas formas expresa ideales, fantasías y deseos aspirados por muchos hombres (Connell y Messerschmidt, 2005). Wetherell y Edley (1999) aportan a esta noción de masculinidad hegemónica agregando que no podrá nunca ser encarnada en su totalidad por ningún hombre, ya que concentrar todas las características necesarias será imposible, por lo que se convierte en un modelo de comportamiento que jamás será alcanzado en su totalidad. Estas características no son estáticas, sino que, en palabras de Connell y Messerschmidt (2005) “la masculinidad no representa a un cierto tipo de hombre, sino, un lugar donde los hombres se posicionan

a través de prácticas discursivas” (p.841), y es a partir de estas prácticas discursivas que pueden acercarse o distanciarse de la masculinidad hegemónica dependiendo de sus conveniencias (Connell y Messerschmidt, 2005). Por otro lado, las relaciones genéricas que proporciona la masculinidad hegemónica, al igual que la masculinidad, tienen como punto clave la heterosexualidad, la cual refuerza la supremacía de los hombres que se posicionan desde esta condición ante quienes tienen otra orientación sexual, utilizando referencias de mujeres o gays con significados simbólicos que sirven para reafirmar la jerarquía genérica, marcando diferencias de esta manera con cualquier forma de feminidad (Bowley, 2013). A su vez, la heteronormatividad proporciona a los hombres que aspiran a la masculinidad hegemónica de “experiencia sexual e insaciabilidad en la búsqueda de actividad sexual con mujeres” (Doull, Oliffe, Knight y Shoveller, 2013, p. 331), dándole así importancia no tan solo a la orientación sexual del hombre, sino también a la actividad y el “hambre” de consumir las relaciones heterosexuales. Finalmente, se debe tener en cuenta que las relaciones genéricas tienen muchos otros factores interviniendo, siendo las inequidades genéricas, el rol de las construcciones culturales, además de la raza, la clase y la religión (Connell y Messerschmidt, 2005) grandes influencias dentro de ellas, tomando así un enfoque interseccional de las dinámicas respectivas al género.

Tomando en cuenta todas las características e implicancias que conlleva la masculinidad hegemónica, el deporte surge como un espacio perfecto en donde ésta puede desenvolverse explícitamente, siendo esta institución cultural el contexto dentro del cual se velará por “una determinada manera de vivir, sentir y poner en funcionamiento el cuerpo” (Connell, 1997; en Lomas 2003, p. 46). De esta manera el deporte, sobre todo el competitivo, deja de ser un simple pasatiempo, para transformarse en el lugar donde masculinidades hegemónicas son producidas, lo que a su vez generan relaciones de dominación y subordinación (Bowley, 2013) que convierten al deporte en un lugar en el cual se llevan a cabo demostraciones de fuerza, poder y habilidades, características que al no estar presentes en los hombres que habitan este espacio, serán razón suficiente para catalogarlos como hombres pertenecientes a masculinidades subordinadas o bien, relacionados despectivamente con feminidades (Bowley, 2013). Por lo tanto, continuaré y cerraré este marco teórico analizando como la masculinidad hegemónica encuentra en el deporte un aliado idóneo mediante el cual erigirse como normativa y ejemplar, manteniendo así las relaciones genéricas jerarquizadas al menos en este contexto.

Deporte y Masculinidad

Anteriormente se mencionó, a partir de palabras escritas por el sociólogo francés Pierre Bourdieu que el espacio público se entendía como el lugar donde los hombres van a desenvolverse, dejando a las mujeres relegadas a la esfera privada de la vida, siendo la casa el espacio delimitado para el desarrollo de ellas. Entendiendo que dichos postulados hoy en día están completamente obsoletos al posicionarse la mujer de manera cada vez más fuerte en todos los aspectos de la vida que antiguamente se relacionaban preponderantemente con el hombre, “la identidad hegemónica masculina tradicional va perdiendo la preeminencia propia del sistema patriarcal” (Martín y García, 2011, p. 87), lo cual releva al deporte como bastión fundamental para sostener la masculinidad hegemónica y sus privilegios, ya que como nos menciona Kay y Jeanes (2008) “el deporte en sí mismo, es equitativamente adecuado para hombres y mujeres, pero ha sido *comprensivamente masculinizado a través de su historia de control masculino* y moldeado para las habilidades masculinas” (p. 133), control que se conforma con desarrollo muscular y poder físico, características que no son asociadas a la mujer desde la masculinidad hegemónica (Tivers, 2011), asumiendo el deporte –entre ellos el fútbol- una importancia fundamental, que en palabras de Antonio Martín y Almudena García (2011) se refleja en que:

“El deporte se erige como uno de esos escenarios contruidos con ese propósito: el de devolver a la masculinidad un espacio de hegemonía. La práctica deportiva posibilita que aspectos propios de la masculinidad hegemónica –el culto al cuerpo, el ejercicio de poder y acción en la esfera pública, la constitución de grupos de pares donde exista unas normas, rituales, leyes y sentimiento de identidad grupal, la acción violenta y la posibilidad de la victoria, la lucha, las estrategias, las normas de equipo, el trabajo individual y el colectivo, el liderazgo, la transmisión de cultura y valores sociales, la rivalidad, la hegemonía y la superación, la comparación con el “otro”, la virilidad y la sexualidad heterosexual, el deseo, entre otros–, salten a la escena del fútbol, a su práctica, a su seguimiento y a su concepción mediática.” (p.87)

El deporte por tanto –sobre todo aquellos que en el pasado eran vistos como exclusivamente para hombres como el fútbol, boxeo, rugby, halterofilia y fisicoculturismo (Tivers, 2011)- se articula como uno de los últimos bastiones donde la masculinidad

hegemónica recupera el lugar de privilegio. Caroline Symons (2007) complementa esta noción sobre el deporte, mencionando que dentro de éste “los hombres pueden probarse ellos mismos como hombres “reales” o “inferiores” y diferenciarse de las mujeres” (p.140), lo que recalca nuevamente el carácter relacional de la masculinidad, construyéndose en base a las diferencias con otros hombres “inferiores”, además de con las mujeres.

La importancia del deporte para la masculinidad hegemónica no solo radica en proveer a ésta de un nicho donde poder desplegarse libremente sino también adquiere valor por el hecho de ser un “mecanismo socializador de primer orden, que se practica especialmente y de un modo más generalizado durante la infancia y la juventud (...) y que, por tanto, tiene un peso decisivo en la configuración de las identidades de género” (Martín y García, 2011, p. 74), transformándose así en, no solamente reproductor sino también causante de relaciones de género. Por lo tanto es el deporte una “experiencia primaria de validación masculina” (Dubbert, 1979; en Íñiguez, Martínez-Guzmán y Pujol, 2014) en donde las habilidades deportivas se convierten en una prueba de masculinidad (Wellard, 2003; en Tivers, 2011), y a la vez un lugar donde “los niños tienen la chance de demostrar su heterosexualidad además de denostar a otros quienes no son competentes en deportes” (Bowley, 2013, p. 88). A partir de esto, los niños y jóvenes que intentan reafirmar su masculinidad dentro del deporte, tienden a “buscar una comunidad de referencia donde su identidad individual esté o sea acorde a la colectiva, manteniendo rasgos propios o autónomos de distinción” (Martín y García, 2011, p. 88-89). Esta forma de relacionarse con los pares es llamada homosociabilidad por diferentes autores (Del Salto, 2011; Kimmel, 1997; Messner, 1990; Symons, 2007) la cual está basada en “la fuerte adherencia a las normas y valores grupales, la exclusión de las mujeres, la denigración de lo femenino y lo homosexual y subyaciendo un vínculo erótico entre hombres en el equipo” (Symons, 2007, p. 143). Esta última característica genera una “tensión entre el deseo de establecer relaciones entre hombres y la mantención del orden heterosexual como marca dominante” (Del Salto, 2011, p. 14), la cual se refleja en la homofobia y el sexismo que muchas veces constituye las relaciones dentro de un equipo, utilizadas como herramienta tanto motivacional como constructora de equipo por algunos entrenadores (Messner y Sabo 1994; en Symons, 2007). Lo anterior reafirma a la vez que genera estos sentimientos en base a las vulnerabilidades de la identidad de género y el desarrollo sexual de los niños y jóvenes (Symons, 2007).

Como puede deducirse de lo anterior, el deporte ayuda a construir masculinidad hegemónica, a la vez que, a partir de la forma de relacionarse con otros individuos, va creando ciertos estereotipos de otros hombres y mujeres. Así, el deporte, y específicamente el fútbol proporciona la sensación de mantener “en su sitio” a las mujeres y a los homosexuales (Martín y García, 2011), discriminación que también sufren quienes tengan algún tipo de discapacidad o sobrepeso (Vidiella, Herraiz, Hernández y Sancho, 2010). En cuanto a la exclusión de homosexuales y mujeres, ésta se basa en el heterosexismo definido casi de antemano, en donde la superioridad del cuerpo y las características relacionadas a los hombres generarán homofobia y misoginia (Messner, 1990), las cuales a su vez sirven de base para generar vínculos entre los atletas, ayudando así a construir una personalidad que menosprecie todo lo que pueda ser considerado femenino tanto en hombres como mujeres, además de en sí mismo (Pringle, 2005). Por lo tanto, y a partir de estas relaciones se impondrá la célebre frase “el fútbol es para hombres”, excluyendo de este a todo aquel que no cumpla las características masculinas. Ahora bien, la homofobia no solamente trabaja para el lado masculino, “el uso del rótulo de lesbiana para preservar las barreras genéricas, controlar mujeres deportistas y estigmatizar el lesbianismo es aún una práctica común” (Symons, 2007, p.144), lo cual es utilizado sobre todo cuando mujeres se desarrollan en espacios “masculinos” donde cualidades como la fuerza y el desarrollo muscular son necesarios, teniendo que estar probando continuamente su femineidad sobretodo en el aspecto de la orientación sexual, para así poder ser aceptadas (Kolnes, 1995; en Symons, 2007), siendo ésta la única forma en la cual una mujer puede adentrarse en un contexto masculino. Por lo tanto, el desarrollo de un cuerpo que no entra en los cánones atribuidos socialmente como femenino, se asume masculino y por lo tanto homosexual, lo cual estigmatiza a las deportistas a partir de las burlas homofóbicas (Tivers, 2011), subyaciendo la heteronormatividad imperante que se esfuerza por naturalizarse, encontrando en el deporte una gran tribuna para poder alcanzar este objetivo.

Muchas de las relaciones y características atribuidas a la masculinidad hegemónica encuentran su forma de plasmarse y desarrollarse a través de la violencia tanto simbólica como física. A partir de esto nuevamente el deporte surge como el contexto en el cual podemos encontrar la validación de ciertos grados de violencia que, tomando en cuenta la pacificación actual de nuestras sociedades, es más que alta. Martín y García (2011) mencionan al respecto que la función primaria del deporte es encauzar los instintos violentos, generando un espacio limitado en el cual desarrollar distintos actos de este tipo.

Aun así, esta violencia será permitida siempre y cuando se “juegue bajo las reglas”. Es decir, mientras esté permitida cierta violencia, ésta permanece libre de la crítica moral, catalogando a quienes practiquen a cabo como “competidores agresivos”, mereciendo el respeto de los demás (Messner, 1990). Así, la utilización exitosa de la violencia se relaciona con la consecución de metas en muchos de los deportes más populares (Messner, 1990), generando lo que Kaufman (1989) llama el triángulo de la violencia masculina, como ya se revisó anteriormente.

El hecho que el triunfo se asocie con la fuerza, el poder físico y la disposición de aceptar, ignorar y recibir dolor (Pringle, 2005) son la razón por la cual las cicatrices y heridas van a tener un alto grado de valor en los cuerpos masculinos, ya que éstos significan estatus que diferencia a un hombre de un niño (Inkle, 2014). Estas cicatrices a su vez son asociadas con hombría y la condecoración de un “verdadero competidor” (Giulianotti, 2005), utilizando así el cuerpo como un *arma* en palabras de Messner (1990) para ser ocupados contra otros cuerpos, teniendo como resultados dolor, lesiones e incluso la muerte. El mismo autor -Messner (1992)- utiliza un término parecido (maquina) para referirse a como el cuerpo, a partir de esta forma de relacionarse con la violencia, se convierte en un instrumento de poder y dominación. A partir de esta cualidad del cuerpo del hombre “representaciones de un cuerpo masculino musculoso como fuerte, viril, y poderoso ha asumido cada vez mayor importancia ideológica y significado simbólico en las relaciones genéricas” (Messner, 1990; p. 213), ya que se basa en estas cualidades la naturalización de un cuerpo masculino propietario de estas características, las cuales a su vez encarnan la aparente superioridad natural de hombres sobre mujeres (Rowe y McKay, 1998; en Symons, 2007). Las anteriores propuestas las rechazo enfáticamente, recalcando que el cuerpo musculoso y poderoso asociado con la masculinidad hegemónica está bastante alejado de lo natural ya que estos cuerpos serán el resultado de mucho tiempo invertido en ejercicios para poder alcanzar su forma (Messner, 1990). Kay Inckle (2014) contrasta esta construcción del cuerpo masculino, mencionando que todas aquellas encarnaciones de formas no tradicionales de masculinidad, están asociadas con elevada vulnerabilidad y deficiencias mentales y/o emocionales, además de la asociación del cuerpo femenino como libre de cualquier imperfección o herida física, pudiéndose inferir entonces que solamente los hombres serán capaces de provocarse daños a sí mismos por decisión propia, convirtiendo a la violencia una peculiaridad inherentemente masculina, siendo la “hombría” la característica que provee a los hombres de la capacidad de enfrentarse a cualquier amenaza de forma estoica y valiente, pudiendo

controlar esta violencia para utilizarla siempre que sea necesario defender su honor y el de su grupo social (Abarca y Sepúlveda, 2000).

En síntesis, el fútbol se alza como uno de los últimos espacios donde la masculinidad hegemónica puede ser performada, ya que dentro de este deporte las características asociadas a la fuerza, la capacidad de resistir el dolor, el insaciable apetito sexual y la homosociabilidad, permiten diferenciar al futbolista de la mujer, el niño y el homosexual, provocando a su vez un contexto normado por la heterosexualidad, el cual naturaliza el dominio del hombre por sobre las mujeres, además de la exclusión del sujeto homosexual. Este orden genérico es performado y por lo tanto no es natural, por lo que debe estar constantemente reafirmando en público para justamente provocar el efecto de esencialidad, el cual se realiza a partir de la teatralidad y los actos de habla.

Habiendo revisado los distintos conceptos teóricos que me ayudarán a abordar esta investigación continuaré describiendo el marco metodológico el cual se presenta como la estrategia de juego con la que pienso enfrentar el partido, lo que consistirá en distinguir las performances de masculinidad dentro de un equipo de fútbol, es decir, la forma mediante la cual me aproximaré al fenómeno estudiado.

ESTRATEGIA DE JUEGO: MARCO METODOLÓGICO

Para poder realizar el marco metodológico de forma más completa e integral, lo dividiré en tres partes. Primero detallaré la perspectiva desde la cual se realiza la investigación, aclarando las formas en las cuales se entienden temas fundamentales como lo son los conceptos de realidad, objetividad e influencia del investigador sobre lo que está estudiando. En este punto se desarrollarán las teorías de la psicología social crítica y del conocimiento situado las cuales tienen como objetivo fundamentar la conceptualización de una investigación que se aproxime al fenómeno estudiado sabiendo que este es construido por los individuos -lo cual lo aleja de una realidad objetiva y ajena al agenciamiento de los sujetos- siendo el investigador a su vez una subjetividad más, la cual proporciona una visión desde cierto sitio, generando conocimientos de los cuales debe hacerse cargo ya que estos tendrán consecuencias que serán responsabilidad del investigador. Una vez conocida la perspectiva de investigación, procederé a describir la técnica de producción de datos, los cuales se basaron en la etnografía que, a partir de sus principios de reflexividad y extrañamiento, me permitieron hacer hincapié y problematizar muchos de los comportamientos y situaciones que a simple vista no son más que

pasajeros. A su vez, y sumado a la perspectiva de investigación, la etnografía se hace cargo del rol que juega el investigador en su entorno, el cual entiendo que nunca pasa desapercibido y que por lo tanto afecta en las conductas observadas. Por último describiré paso a paso las etapas que tuvo la presente investigación, puntualizando detalles que serán de vital importancia en los siguientes apartados.

Psicología Social Crítica y Conocimiento Situado

Al ser esta investigación realizada por medios cualitativos de producción de conocimiento, se utilizará primordialmente las herramientas proporcionadas por la psicología social crítica tomando en cuenta los objetivos que describe Isabel Piper (2002), los cuales son "...producir debates problematizadores que reflexionen sobre el tipo de realidad social que nuestras prácticas construyen, lo que implica generar nuevas prácticas y por lo tanto abrir nuevos sentidos, producir nuevas realidades" (p.30). Por tanto, al problematizar y proponer que puede existir más de una realidad social, la psicología social crítica asume que ésta no es de una sola forma, lo cual hace referencia directa con la manera más tradicional de plantear el conocimiento científico.

De este modo, el primer cimiento desde el cual se posiciona la psicología social crítica es complementaría a la teoría de los conocimientos situados de Donna Haraway (1991), en donde se reniega la omnipotencia del investigador prefiriendo las versiones de un mundo a partir de una relación social de "conversación" y no concebido desde lógicas de "descubrimiento", en el cual un tipo de mundo –el verdadero- aparece y desaparece a favor de un amo decodificador. A su vez, la psicología social crítica desarrolla su conocimiento desde una postura crítica donde, como nos señala Mario Juárez (2015), siempre debemos estar dudando del conocimiento que se nos presente como *natural, dado y/o socialmente aceptado* ya que es a partir de estos supuestos que se nos imponen conocimientos que se asumen a sí mismos como objetivos, y por lo tanto verdaderos, pero que responden a ciertos elementos de dominio de la sustentan.

La psicología social crítica, a través del enfoque epistemológico socioconstruccionista, nos menciona que, en palabras de Tomás Ibáñez (1996; en Ema, 2009), "lo que tomamos como objetos naturales en nuestras vidas cotidianas no son sino objetivaciones que resultan de nuestras convenciones y de nuestras prácticas lingüísticas" (p.229). Desde el socioconstruccionismo se asume que la realidad no puede ser entendida sin tomar en cuenta la manera en la cual accedemos a ella que, como menciona el mismo Ibáñez

(1996; en Ema, 2009), es a través del lenguaje. Este mismo autor señala que "lo social no aparece hasta el momento en que se constituye un mundo de significados compartidos entre varias personas" (Ibáñez, 1994; p.227), por lo que se puede afirmar que los significados van a estar constantemente construyendo y a la vez siendo construidos por las relaciones sociales, lo cual implica que lo social "se ubica precisamente entre las personas, es decir, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente" (Ibáñez 1994, p.227). Ahora bien, no se debe caer en entender que todos los significados y todas las relaciones sociales son construidos bajo un consenso uniforme, sino que van a estar constantemente siendo transformadas por diversos puntos de vistas y subjetividades que tendrán sus propias construcciones de significados y relaciones sociales.

La importancia por el contexto social tiene, bajo este prisma, mayor relevancia que los procesos individuales que se enfocan principalmente en el mundo interior de los sujetos. Siguiendo esta lógica, Doménech, Íñiguez, Pallí y Tirado (2000) afirman que desde posiciones más socioconstruccionistas se critica el individualismo, cuantitativismo y experimentalismo que la mayoría de las vertientes de la psicología asumen, en donde "estos trabajos limitan lo social a *una simple influencia contextual que incide en las personas modificando su conducta*" (p. 83). Por lo tanto, a la vez que la psicología social crítica otorga mayor énfasis en cómo lo individual y lo contextual se construyen mutuamente, propone un cambio de prisma que va a entender lo individual como intrínsecamente ligado a lo social, ya que serán dependientes unos de otros, dejando atrás la imagen de lo individual como una característica plenamente interna, es decir, independiente del contexto en el cual se encuentra. Íñiguez (2005) resume estas características de la siguiente manera:

"Podríamos decir que los elementos que definen una posición construccionista son: antiesencialismo (las personas y el mundo social somos el resultado, el producto, de procesos sociales específicos); relativismo (la "Realidad" no existe con independencia del conocimiento que producimos sobre ella o con independencia de cualquier descripción que hagamos de ella); el cuestionamiento de las verdades generalmente aceptadas (el continuo cuestionamiento de la "verdad", poniendo en duda sistemáticamente el modo cómo hemos aprendido a mirar el mundo y a mirarnos a nosotros mismos); determinación cultural e histórica del

conocimiento, y el papel conferido al lenguaje en la construcción social (La realidad se construye socialmente y los instrumentos con los que se construye son discursivos).” (p. 2)

La co-construcción de lo individual con lo social, sumado al rechazo de las posiciones objetivas, naturales y neutras, confluyen en que el investigador en la psicología social crítica ocupa un lugar dentro de la misma, lo cual lo diferencia del relator que absorbe información desde ninguna parte. Donna Haraway (1991) defiende la subjetividad como forma válida de producir conocimiento haciendo la siguiente metáfora: “No existen fotografías ni cámaras oscuras pasivas en las versiones científicas de cuerpos y máquinas, sino solamente posibilidades visuales altamente específicas, cada una de ellas con una manera parcial, activa y maravillosamente detallada de mundos que se organizan” (p. 327). A este posicionamiento Haraway (1991) lo llama objetividad feminista, la cual está encarnada en un cuerpo visible y localizable dentro de ciertos límites, generando un conocimiento situado desde una perspectiva parcial que, al ser lograda, responde de lo que aprendemos y de cómo miramos. Al ocupar un lugar, nos responsabilizamos de nuestras propias prácticas, ya que todo lo que estemos generando es desde una posición particular, desde una forma de ver el mundo específica y propia del investigador, que no podrá, entonces, serles *naturales* o *dadas*, sino que estará teñida de su posicionamiento, localización y situación de parcialidad (Haraway, 1991). En este sentido Marisela Montenegro y Joan Pujol (2003) postulan que “desde diferentes posiciones de sujeto se viven diferentes realidades” (p. 303), las cuales moldean las formas de percibir la realidad de cada individuo, haciendo estéril la persecución de una objetividad neutra. Silvia García (2003) menciona al respecto, que “las epistemologías feministas destacarán el papel de los sujetos empíricos –frente al modelo de sujeto lógico– en la producción de conocimiento científico. De este modo van a criticar el carácter trascendental, neutro y universal del sujeto de conocimiento” (p.139). Estas epistemologías feministas denuncian que el sujeto de conocimiento monta una ilusión de ser incorpóreo, ahistórico y de-generado, detrás de la cual se esconde la masculinidad camuflada como la universalidad-neutralidad (García, 2003). Lupicinio Íñiguez (2005) complementa estos postulados declarando que al utilizar las producciones y formulaciones de la epistemología feminista estamos a su vez considerando que “cualquier teoría de la ciencia no puede establecer de manera estándar la comprensión de un objeto de estudio sin reflexionar acerca de quién es el sujeto de conocimiento, qué

posición ocupa, cómo está influyendo el género en los métodos utilizados” (p.5) lo cual defenderá el posicionamiento y agenciamiento del investigador, entendiendo que este tiñe el conocimiento construido con sus propios intereses. Por último, es relevante destacar los postulados de Mario Juárez (2015), quien menciona que el investigador social o cualquier otro sujeto que “habiendo comprendido el entramado social de desigualdades e injusticias sociales que aparece como normal a los ojos de la mayoría, y comprende que detrás de esta normalización se yergue un poder social establecido” (p. 242) debe ser comprendido como sujeto histórico y, por lo mismo, no es un mero extractor de experiencias ajenas, sino un sujeto comprometido con la realidad en la que vive y el conocimiento que genera.

Por lo tanto, me basaré en las premisas de la psicología social crítica y del conocimiento situado para posicionarme desde la localización que me otorga estar habitando una subjetividad determinada, poniendo mis conocimientos a disposición de la transformación de la realidad, rechazando los postulados del método científico del investigador omnipresente, entendiendo que los sujetos y su contexto se construyen el uno al otro, y que por lo tanto, no existe un acercamiento errado a la realidad, sino situado. Es a partir de esta perspectiva de investigación que entiendo a su vez que el género también es construido, aun cuando desde pequeños nos lo presenten como natural, como dado, lo cual a partir de la psicología social crítica, el socioconstruccionismo y el conocimiento situado entendemos que no es tal.

Etnografía y Producción de Datos

La decisión de realizar esta investigación utilizando la técnica de la etnografía tiene como objetivo seguir una línea cualitativa de investigación que integre los conceptos teóricos recién mencionados. En relación con esto Rosana Guber (2001) postula que la etnografía es a la vez “una concepción y una práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros (entendidos como “actores”, “agentes” o “sujetos sociales)” (p. 11), lo cual focaliza la forma de generar conocimiento desde un protagonista de la realidad que a su vez está siendo objeto de estudio, rechazando nuevamente, las formas de acercarse a un fenómeno desde la omnipresencia del investigador omnisciente que postulan las ciencias sociales de corte más positivista. En aras de este objetivo, Guber (2001) complementa sus planteamientos enfatizando que la interpretación de los puntos de vista, valores y razones de los sujetos investigados no deben ser eclipsados por las propias concepciones del investigador, lo cual puede ser

alcanzado a partir de la comprensión de los términos que caracterizan las acciones de los agentes, por lo que el investigador debe “aprehender las estructuras conceptuales con que la gente actúa y hace inteligible su conducta y la de los demás” (p. 12), los cuales no serán alcanzables por el etnógrafo sino hasta que éste se inmiscuya en el contexto social que quiere investigar, ya que “los miembros de un grupo étnico, cultural o situacional comparten una estructura lógica o de razonamiento que, por lo general, no es explícita, pero que se manifiesta en diferentes aspectos de su vida” (Martínez, 2005, p. 2), siendo estos aspectos a los cuales el etnógrafo debe aproximarse y cuestionarlos ya que a través de ellos puede acceder a ciertas construcciones del mundo que desde fuera o “a simple vista” no podrá.

Para poder alcanzar los propósitos de la etnografía es necesario participar en el mundo social al cual queremos investigar, teniendo siempre presente qué es lo que estamos haciendo y cuáles son las implicancias de nuestra participación dentro del objeto de estudio. Varios autores (Fernández, 2005; Guber, 2001; Hammersley y Atkinson, 1994; Jachyra, Atkinson & Washiya, 2015; Martínez, 2005; Ziri6n, 2014) nombran observaci6n participante a esta acci6n que nos permite “incluir nuestro propio papel dentro del foco de investigaci6n y explotar sistemáticamente nuestra participaci6n como investigadores en el mundo que estamos estudiando” (Hammersley y Atkinson, 1994, p. 15), lo cual genera una tensi6n en donde “se participa para observar y que se observa para participar, esto es, que involucramiento e investigaci6n no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social” (Holy, 1984; en Guber, 2001, p. 58) pudiendo así acceder y estudiar en carne propia, sentidos y significados que se atribuyen a actos y gestos a los cuales no es posible acceder de manera externa (Guber, 2001).

La observaci6n participante exige la constante reflexi6n acerca de la pr6ctica investigativa, reconociendo la posici6n que ocupamos dentro del mundo social que investigamos, localiz6ndonos socio-hist6ricamente, lo cual incluye los valores, intereses, clase, pertenencia étnica, g6nero, edad y afiliaci6n pol6tica dentro de la posici6n que ocupamos (Guber, 2001), acci6n que recibe el nombre de reflexividad; pr6ctica indispensable del investigador que implica el continuo cuestionamiento sobre el conocimiento que éste est6 generando. Al mismo tiempo, la reflexividad obliga al etn6grafo a hacerse responsable de la informaci6n que est6 presentando, ya que al asumir una posici6n dentro del espacio, al renunciar a la objetividad y a la neutralidad debe hacerse cargo de los eventuales efectos que sus postulados generen (Fernández,

2005). A su vez, el extrañamiento es el otro concepto fundamental de la observación participante, el cual se basa en realizar un constante ejercicio de problematización sobre los hechos, comportamientos, acciones y dichos cotidianos, transformando lo normal en problemático para así cuestionar lo obvio y analizar los efectos que tienen en la realidad estos actos cotidianos (Fernández, 2005). Por lo tanto, complementado por la reflexividad, el extrañamiento puede analizar los significados existentes en el contexto de estudio, sabiendo que éstos se han hecho de una significación que, para quienes los utilizan se han naturalizado, pero que a los ojos del investigador son la pieza fundamental para entender su subjetividad (Hammersley, y Atkinson, 1994). Rosana Guber (2001) hace eco de estas premisas mencionando que de esta manera el investigador se convierte en “un sujeto cognoscente que deberá recorrer el arduo camino del des-conocimiento al reconocimiento” (p. 15), lo cual implica despojarse de todo los prejuicios y conocimientos previos sobre el mundo social que se está investigando, debiendo generar el conocimiento a partir de la implicación del investigador dentro de éste.

A partir de la utilización de la observación participante y de la etnografía he decidido posicionarme desde una participación plena como la llama Gold (en Guber, 2001) la cual, a partir del rol que ocupé para producir información –siendo un miembro con un rol particular y específico (psicólogo del club) dentro del grupo mismo que investigué-, me permitió mimetizarme dentro del contexto en el cual realicé mi investigación pudiendo acceder a información que de otra manera me hubiese sido imposible conocer. A su vez, esta forma de investigar prescindía del conocimiento de mi investigación por parte del resto, entendiendo que esto hubiese despertado una elevada susceptibilidad (Guber, 2001). Esta forma de observación la pude realizar a partir de ciertas características (ser hombre y cumplir con las exigencias del cargo que ocupé), siendo el género fundamental para, como señala Ziri6n (2014), acceder no solo a lugares f6sicos privilegiados para el hombre, sino tambi6n a “lugares situados en la mente de los hombres y a los que quiz6s sea m6s sencillo acceder desde la complicidad masculina como sus miedos, sus debilidades o, al mismo tiempo y parad6jicamente, a sus bravuconadas, sus “haza6as”, etc6tera” (p. 334). Por lo tanto, aprovechar mi condici6n de hombre dentro del contexto, me facilit6 nuevamente poder acceder a lugares y t6rminos que de otro modo no hubiese sido posible, situaci6n que justifica una vez m6s el asumir la posici6n, en este caso de privilegio, que uno habita en el contexto socio-hist6rico.

En cuanto a la producción de datos, estos se realizaron a partir de la elaboración de una narración, basándome en los postulados de Hammersley y Atkinson (1994) quienes postulan que la escritura debe ser el núcleo de una empresa etnográfica, lo cual me llevó a escribir todas las acciones que llamaran mi atención, y las que no también, buscando poder inmiscuirme en la cotidianidad de los sucesos. Fernández (2005) complementa que “el relato requiere de un carácter narrativo cuyo eje no es la realidad misma sino la fundamentación de la visión / versión que se propone” (p. 26), lo cual se asume a partir de la importancia de la subjetividad por sobre la objetividad que se infieren de las ya revisadas postulaciones de la psicología social crítica y la etnografía. Por último Fernández (2005) nos menciona que:

“el relato no puede ser una mera descripción impresionista de las experiencias del investigador en el campo de estudio al cual pertenece. Debe ser un intento por dar cuenta de dicho campo como marco significativo de discursos y prácticas que da sentido a lo que en él ocurre” (p. 24).

Para complementar los resultados obtenidos a partir de este relato, decidí realizar tres entrevistas con diferentes actores del contexto, asumiendo que esta forma de generar información se traduce en:

“una situación en la cual una persona (el investigador-entrevistador) obtiene información sobre algo interrogando a otra persona (entrevistado-informante). Esta información suele referirse a la biografía, al sentido de los hechos, a sentimientos, opiniones y emociones, a las normas o standards de acción, y a los valores o conductas ideales.” (Guber, 2001, p. 75).

Entrevista la cual se focaliza en la rectificación, modificación o negación de información rescatada a partir del relato elaborado anterior a estas entrevistas. De esta manera se busca densificar la información ya generada a partir de actores que pertenecen al mundo social en el cual participé para así tener nociones de actores que cotidianamente habitan esta realidad.

Procedimientos de la Investigación

Esta investigación se llevó a cabo a partir de la posición de psicólogo en práctica dentro de las divisiones menores de un club de fútbol profesional chileno, en donde mi rol consistía en trabajar individual y colectivamente con los jugadores que habitan este espacio (en la contextualización se profundizará la caracterización de los sujetos presentes en la investigación), actividad que realizaba antes o después del entrenamiento, por lo que las observaciones recolectadas fueron siempre ajenas a mi práctica profesional, es decir, nada de lo que hablé con los jugadores en mi rol como psicólogo fue utilizado para fines de esta investigación, por razones éticas evidentes. Por lo tanto la observación de la cotidianidad de los entrenamientos y partidos que presencié me permitió realizar notas de campo desde el inicio de mi práctica profesional (abril de 2014) hasta el término de esta misma (diciembre de 2014).

Luego del ordenamiento y análisis de los contenidos dentro de estas notas junto con la ayuda del profesor guía de este trabajo, configuré una pauta de entrevista en donde los temas principales coincidieran con lo ya rescatado, la cual fue utilizada para realizar tres entrevistas durante el primer semestre del año 2015 con diversos actores –un jugador profesional que el año 2014 pertenecía a las divisiones menores del club (Entrevistado A desde ahora en adelante), un entrenador de las divisiones menores del club (Entrevistado B desde ahora en adelante) y un jugador de 18 años perteneciente a las divisiones menores del club (Entrevistado C desde ahora en adelante) - que me otorgaron distintas perspectivas de la realidad sobre el mundo social en el cual me inmiscuí durante los nueve meses en los cuales realicé mi investigación etnográfica.

Por ende, cuento con la cantidad de información necesaria para poder profundizar en los objetivos que me propuse, entendiendo que para esta empresa debo contar con la cantidad de datos que me permitan realizar una investigación que genere resultados fundamentados, asumiendo la responsabilidad de los posibles efectos que estos puedan causar. Ya pormenorizada la metodología bajo la cual recogí los datos, continuaré detallando el contexto y los actores para así poder contar con información más acabada del lugar y los personajes que encarnan en conjunto el espacio dentro del cual se llevó a cabo la presente investigación.

PRIMER TIEMPO: DESCRIPCIÓN DEL CONTEXTO

Durante el proceso de producción de datos no fue sencillo tener que, a través de la técnica del extrañamiento, poner énfasis y cuestionar la cotidianidad del espacio que estaba analizando, ante lo cual tuve que pulir mi capacidad de advertir situaciones dignas de análisis donde anteriormente no observaba nada extraño. Así también, mi presencia no era omnipresente ni invisible en el contexto donde trabajé, sino que yo era uno más dentro del pequeño mundo que detallaré dentro de poco. Cumplida esta aclaración, a continuación realizaré una caracterización de los personajes que forman parte del lugar de investigación, lo cual estará seguido por una contextualización del espacio donde se llevó a cabo la investigación, para luego realizar una pormenorización de las rutinas de entrenamiento, terminando con la descripción de los datos obtenidos durante la investigación, los cuales se dividirán dependiendo del momento en el cual se llevaron a cabo.

Actores Habituales Dentro de la Cotidianidad del Espacio

A partir de mi rol como psicólogo deportivo de las divisiones inferiores de un equipo profesional perteneciente a la región metropolitana, tuve la posibilidad de asistir a los entrenamientos y partidos de todas las categorías (ocho en total: sub 11, sub 12, sub 13, sub 14, sub 15, sub 16, sub 17 y sub 19) que forman parte de dicha rama del club durante toda la temporada 2014.

En cuanto a las personas que participaban de las divisiones menores, éstas se dividían en; jugadores, entrenadores, cuerpo médico (kinesiólogo, paramédicos y médico), preparadores físicos, utileros, coordinadores y psicólogos. Me referiré a cada uno con nombres falsos por razones ya mencionadas. Comenzaré caracterizando a cada una de las partes del cuerpo técnico, médico, psicológico, de coordinadores y de utileros, como también a quienes los conformaban.

Los entrenadores eran ocho en total (uno por cada categoría), eran la cabeza de cada plantel y estaban a cargo de las decisiones fundamentales de sus equipos. Esto quiere decir que ellos eran quienes decidían qué jugadores juegan, cómo juegan, quiénes conforman el plantel y quiénes no siguen en el equipo, entre otras decisiones. Los entrenadores tenían a su vez un colaborador -también entrenador-, cargo que lleva el nombre de segundo entrenador. Este rol recaía en el entrenador de la categoría con la

cual conforman la dupla⁴, por ejemplo, el entrenador de la sub 11 tenía como ayudante técnico al entrenador de la sub 12 y viceversa. Otro tipo de entrenadores son los especialistas en arqueros. Estos eran dos y estaban exclusivamente encargados de trabajar con los arqueros de todas las categorías.

Los preparadores físicos eran cuatro y trabajaban con dos categorías pertenecientes a la misma dupla de la que hablé en el párrafo anterior. Es decir, la dupla sub 11-sub 12 hacía su trabajo físico con un solo preparador físico y así sucesivamente. El preparador físico era la segunda autoridad dentro de los distintos planteles y por lo tanto su influencia era importante dentro de los jugadores, los cuales los respetaban y obedecían. A su vez solían ser más cercanos al plantel en comparación con los entrenadores lo que generaba relaciones de mayor confianza e intimidad.

Luego de estos dos actores, los que mayor presencia tenían en los entrenamientos son los paramédicos, quienes debían velar por la atención de cualquier jugador que sufriera alguna lesión, malestar, enfermedad u otra molestia física.

Siguiendo con el área médica del club, si bien no estaban totalmente enfocados en las divisiones menores, también trabajaban con ellos un kinesiólogo y un médico. Ellos, si bien tenían su lugar de trabajo en el espacio físico donde entrenaba el plantel profesional del club, concurrían al menos una vez por semana al complejo deportivo donde entrenaban las categorías menores para atender a quienes tengan lesiones u otras molestias prolongadas. El kinesiólogo debía velar por la recuperación completa del jugador y el doctor era quien llevaba el control de todo el área médica y a la vez ordenaba cómo tratar las distintas lesiones. La relación de estos dos personajes con los jugadores solía ser bastante cercana y amistosa.

En cuanto a los utileros, éstos eran actores únicos dentro de los personajes que habitaban este contexto debido a que, entre otras cosas, eran los únicos sin un título o carrera profesional cursada además de ser los primeros en llegar y los últimos en irse. Se encargaban del orden del lugar de entrenamiento, el cual en la mañana eran dos canchas y por la tarde variaban entre dos y hasta seis canchas de fútbol.

Un actor que no estaba presente mucho pero que era muy importante en las decisiones institucionales era el coordinador. Al ser el nexo entre los dirigentes que toman las

⁴ las duplas son: sub 11-sub 12, sub 13-sub 14, sub 15-sub 16 y sub 17-sub 19

decisiones importantes en el club y las divisiones menores de este mismo, solían llamar la atención de todos los demás actores cuando aparecían por las canchas del complejo deportivo, ya que su figura se relacionaba con autoridad.

Por último, el equipo de psicólogos estaba compuesto por dos licenciados en psicología (uno de ellos soy yo), coordinados y supervisados por un psicólogo que trabajaba en el club. Nosotros íbamos, cada uno, tres veces a la semana a presenciar los entrenamientos, hablar con jugadores y entrenadores y observar el comportamiento de los jugadores. En base a estas actividades trabajábamos de manera grupal o individual dependiendo de lo que nos pedían los entrenadores, los jugadores o bien lo que nosotros entendíamos que debíamos trabajar. Estas intervenciones eran siempre desde aspectos psicológicos del juego, es decir los ayudábamos con problemas de ansiedad, confianza, motivación y concentración entre otros. Además presenciábamos, desde la banca de suplentes del equipo, los partidos de local o bien aquellos que se jugaban en la región metropolitana con el objetivo de ver cómo se comportaban y en qué podíamos ayudarlos. Fue, a partir de todas estas instancias que me inspiré y recabé información para llevar a cabo esta investigación.

Es interesante mencionar que dentro de todos estos actores no existió ninguna mujer, por lo que las relaciones sociales dentro de todo el espectro de las divisiones menores eran completamente protagonizadas por hombres. La única mujer que podía habitar esta micro-sociedad eran las árbitros que dirigieron algunas veces los partidos de las categorías menores. Ahora bien, ellas solamente habitaban este espacio una vez a la semana como máximo, ya que arbitraban y luego se iban, desapareciendo por el resto de la rutina del fútbol joven. Es más, muchas veces ni siquiera aparecieron, ya que eran una árbitro más dentro de los muchos existentes. Cabe recalcar que las árbitros dirigieron solamente las categorías más pequeñas (hasta sub 14) durante el transcurso de mi investigación, siendo acompañadas en sus labores por guarda líneas (árbitros secundarios) que muchas veces también eran mujeres, lo cual generaba la particular situación de que en un espacio totalmente masculino (los jugadores, entrenadores, cuerpo técnico y médico son hombres), las mujeres cumplían el rol de máxima autoridad dentro del partido.

Por último, a partir de mi experiencia me consta que la ausencia total de mujeres dentro del resto de las categorías menores de equipos chilenos no es tal, aunque el hecho de que este fuera el caso en el club en que llevé a cabo mi investigación le agrega un

condimento extra, ya que no existió, a primera vista, un impedimento para realizar los gestos, expresiones y afirmaciones denigrantes hacia la mujer, situación que aproveché para fines de esta investigación.

Descripción del Lugar de Entrenamiento

El lugar físico donde se entrenaba consta de ocho canchas de fútbol, además de un amplio estacionamiento, un casino en un segundo piso, y varios containers transformados en camarines ubicados bajo el casino, entre el estacionamiento y las canchas. Los horarios de entrenamiento se dividían en dos. El horario de mañana y el horario de tarde. El entrenamiento por la mañana empezaba a las 10:30 y se extendía hasta las 12:30 aproximadamente. En esta primera jornada entrenaban las dos categorías más grandes, es decir sub 17 y sub 19. En tanto, el entrenamiento por la tarde empezaba a las 16:30 horas y se prolongaba hasta las 18:15 horas aproximadamente. En la tarde asistían al complejo deportivo el resto de las categorías más pequeñas (sub 11, sub 12, sub 13, sub 14, sub 15 y sub 16). Los partidos en tanto se jugaban preferentemente los sábados en la mañana (excepcionalmente se jugaban domingos o días de semana), dividiéndose en cuatro categorías que jugaban de visita, es decir, fuera del lugar donde entrenaban, y las otras cuatro categorías jugaban de local en el mismo complejo donde entrenaban el resto de la semana.

Rutina Diaria Dentro del Lugar de Entrenamiento

En cuanto a la rutina diaria de entrenamiento por la mañana Roberto (desde ahora en adelante llamaremos así al utilero que trabajaba por las mañanas) era el primero en llegar aproximadamente a las 8:45, seguido muy de cerca por el paramédico (los paramédicos rotan, por lo que no es siempre el mismo), quien llegaba minutos más tarde. Los entrenadores de cada categoría arribaban al complejo alrededor de las 9:00-9:15, y Cristian (desde ahora en adelante llamaremos así al preparador físico encargado de las categorías sub 17 y sub 19) llegaba un poco antes de las 10:00. Los jugadores, por su parte, no tenían un orden establecido de llegada, esto dependía mucho del medio de transporte que ocupaban para llegar al complejo deportivo. Varios jugadores pertenecientes a la categoría sub 19 utilizaban autos para viajar hasta el lugar de entrenamiento, llevando con ellos a compañeros. Por su parte los jugadores de la sub 17 y los que no llegaban en auto de la sub 19, arribaban en microbuses. Los primeros jugadores (no más de cinco) lo hacían en el intervalo de las 10:05-10:15, vestidos con “ropa de calle” por lo que pasaban directamente al camarín a cambiarse para ponerse el

uniforme de entrenamiento. Por su parte, la mayoría de los jugadores llegaban durante el intervalo que va desde las 10:15 a las 10:25, donde fluctuaban entre quienes venían ya con la vestimenta de entrenamiento puesta y quienes debían ir al camarín a cambiarse. Por último unos pocos jugadores llegaban justo a la hora (10:30) y ocasionalmente algunos arribaban atrasados. Los jugadores que estaban listos para entrenar antes de que éste empiece jugaban al “tontito” (un par de jugadores tratan de interceptar la pelota mientras el resto juega a pasársela haciendo un círculo). Luego, alrededor de las 10:30 cada entrenador charlaba con sus respectivos planteles alrededor de un círculo. Esta charla duraba cinco minutos aproximadamente, y tenía como objetivo hablar sobre el partido más próximo (ya sea el del sábado pasado o el que venía) además de explicarles cómo sería el trabajo del día. Luego precalentaban bajo las instrucciones de Cristian alrededor de veinte minutos. Durante esta actividad los chicos solían dialogar bastante entre ellos y con Cristian sobre la actualidad del fútbol nacional y mundial además de alguna anécdota por parte de algún jugador. Después de esto el entrenador de cada serie les daba las últimas instrucciones y entrenaban hasta las 12:15 aproximadamente, parando cada cierto tiempo para tomar agua y descansar. Terminado el entrenamiento técnico-táctico⁵, nuevamente quedaban bajo las órdenes de Cristian quien les indicaba una serie de elongaciones que debían hacer para no quedar con dolencias durante lo que quedaba de día. Por último se despedían de los profesores presentes (los cuales generalmente se sentaban juntos durante la elongación de los jugadores), se iban a duchar y cambiarse de ropa, para luego emprender camino rumbo a sus casas de la manera en la que habían llegado.

En cuanto a la rutina diaria de entrenamiento por la tarde, esta empezaba alrededor de las 16:00 horas cuando comenzaban a llegar los primeros jugadores, quienes en su mayoría lo hacían junto a su padre, madre u otro familiar que los llevaban en auto, algunos de los cuales se quedaban durante todo el entrenamiento, mientras otros se iban del complejo una vez que dejaban allí a sus hijos. Durante el intervalo 16:05-16:20 llegaba el grueso de los jugadores, ya sea en auto, en microbús o bien en un bus que facilitaba el club para acercarlos al complejo deportivo. La mayoría de los jugadores, tanto aquellos que venían en el bus como los que arribaban en auto, llegaban cambiados y listos para entrenar. Luego, entre las 16:20 y el comienzo del entrenamiento (16:30) aparecían algunos al filo de la puntualidad. Por último algunos jugadores arribaban atrasados debido a diferentes

⁵ Entrenamiento técnico-táctico se entenderá como aquel en donde se practica con balón y bajo el mando de un entrenador.

circunstancias (comúnmente relacionadas al horario de salida del colegio). La mayoría de los deportistas que entrenaban en la tarde y llegaban sin su uniforme del club ya puesto, vestían los de sus respectivos colegios, ya que no alcanzaban a cambiarse antes de llegar al complejo deportivo. Éstos pasaban directo a los camarines, donde conversaban con el resto de los compañeros, conversaciones a las cuales no pude acceder debido a que el lugar donde se realizaban (camarín) era totalmente ajeno a cualquiera que no fuera jugador. Los futbolistas que estaban listos antes del comienzo del entrenamiento caminaban hacia la cancha en la cual entrenarán, juntándose con sus compañeros de categoría, con quienes jugaban algún juego (ya sea “tontito” o bien a no dejar caer el balón) relacionado con el fútbol. A las 16:30 los distintos entrenadores se juntaban con sus equipos y les daban las instrucciones del entrenamiento del día. Luego, los jugadores se acercaban al preparador físico y realizaban el calentamiento necesario para entrenar sin riesgo de salir dañado debido a la intensidad de los ejercicios. Una vez terminado el precalentamiento se reunían nuevamente con los entrenadores y empezaban el entrenamiento técnico-táctico, trabajo que duraba alrededor de una hora, tomando pausas para hidratarse y descansar. Una vez terminada esta etapa volvían a trabajar bajo las órdenes del preparador físico respectivo, quien les ordenaba realizar una rutina de elongación para terminar así la actividad física. Cuando esta rutina llegaba a su fin se despedían del preparador físico y entrenador de su serie y se iban hacia los camarines o bien con la persona que se devolverían a sus casas. Los jugadores que se iban a los camarines, se duchaban y se cambiaban la ropa de entrenamiento para luego irse a sus casas ya sea en auto con su adulto cercano⁶ o con el de algún compañero, en microbús o en el bus del club que regresaba al lugar desde donde partió.

Si bien la rutina semanal se basaba en los entrenamientos, igual o más importante que éstos era el día del partido y su rutina. Los partidos, como ya se mencionó, se jugaban mayormente los días sábados y su ordenamiento se dividía en cuatro parejas de series. Estas eran: sub 11 y sub 12, sub 13 y 14, sub 15 y sub 16 y, sub 17 y sub 19. Estas parejas jugaban de manera continuada, es decir, primero jugaba la categoría menor y luego la mayor. Los partidos se dividían en cuatro en condición de local y el resto en condición de visitante. Como psicólogo de las divisiones menores mi obligación era asistir a los partidos de local para ver en concreto si los trabajos realizados se estaban llevando a cabo, además de poder observar a los jugadores durante los partidos y evaluar qué

⁶ Se entenderá por adulto cercano aquel que lo acompaña a entrenar, ya sea padre, madre, algún familiar u otro adulto significativo para él que realice esta acción.

otros trabajos eran necesarios realizar con los jugadores que estimásemos conveniente. Durante los partidos también se observaron situaciones atinentes al tema de investigación, por lo que es preciso describir la rutina que en éstos se daba.

Los días en que se jugaban los partidos, los jugadores de la categoría menor, que por lo mismo era la que jugaba primero, eran citados una hora y media antes de comienzo del partido. Por lo general todos los jugadores cumplían con esta exigencia, por lo que al cumplirse el plazo estipulado, los jugadores se reunían y entraban al camarín para escuchar la charla por parte del entrenador acerca de cómo se jugaría. Luego se vestían para realizar el trabajo pre competitivo (esto demora aproximadamente 45 minutos), saliendo a la cancha para realizar justamente este trabajo, el cual era llevado a cabo por el preparador físico correspondiente. Mientras los jugadores titulares hacían estos ejercicios, los suplentes jugaban al “tontito” entre ellos. Una vez terminada la entrada en calor vuelven al camarín para ponerse la camiseta del club además de mojarse el pelo y otras acciones -como vendarse para prevenir alguna lesión o guardar alguna cadena o pulsera que llevasen puesta-, para a continuación dirigirse a la cancha a disputar el partido. Una vez en éste, los jugadores suplentes permanecían sentados en la banca junto al entrenador, preparador físico, paramédico y el utilero. Mi compañero de labores o yo nos situábamos a un lado de la banca, parados. Durante el primer tiempo los suplentes no realizaban trabajos de pre competencia hasta que se cumplían treinta minutos de iniciado el partido. Al entretiem po, los jugadores y el cuerpo técnico se iban a los camarines a hablar acerca del partido. Luego de quince minutos volvían y mientras los jugadores en cancha jugaban el segundo tiempo, los suplentes calentaban hasta que les tocara entrar o bien hasta que se agotasen las posibilidades de cambio. Una vez terminado el partido los jugadores se reunían cerca de la banca y realizaban el trabajo de elongación al mando del preparador físico, para luego ducharse, cambiarse e irse para sus casas, la mayoría junto a sus padres u otro familiar. Los demás se devolvían en microbús. La categoría mayor por su parte, arribaba al comienzo del primer partido y empezaban su rutina al término del primer tiempo de éste, realizando la misma que anteriormente se describió.

La mayor cantidad de las veces que se realizaron partidos de local los sábados por la mañana, se jugaron los cuatro a la vez, esto quiere decir que, mientras sucede todo lo recién mencionado en una cancha, en la cancha paralela sucedía lo mismo con otras categorías del club por lo que, tanto mi compañero como yo veíamos cuatro partidos en

una sola jornada de sábado por la mañana, ya que presenciábamos los dos que se realizaban en la cancha principal y los dos que sucedían en simultáneo en la cancha paralela. Como último dato también vale mencionar que, algunas veces en la cancha paralela no se llevaron a cabo partidos de categorías masculinas sino femeninas, las cuales contaban, al momento de la investigación, con solo dos categorías; la sub 17 y la adulta.

Según lo descrito, tanto la rutina de la tarde como la matutina se pueden dividir en las mismas cuatro partes. En base a esta división es que he decidido organizar mis datos: la primera parte recibirá el nombre de **arribo** y abarcará el momento desde que llegaban los jugadores hasta que se juntaban alrededor del entrenador de su categoría para recibir instrucciones. El segundo momento del entrenamiento será el **precalentamiento** y precisamente contemplará el calentamiento previo al entrenamiento, lugar donde se generaron bastantes diálogos importantes para este trabajo. La tercera parte en la cual dividiré el entrenamiento recibirá el nombre justamente de **entrenamiento** y estará delimitado solamente a la parte del entrenamiento que he llamado técnico-táctico. Por último la cuarta parte abarcará la elongación y la despedida de los profesores bajo el título **término**. La quinta parte corresponderá a la última rutina descrita, el **partido**, que si bien no era parte del entrenamiento en sí, también era periódica dentro de la rutina del fútbol formativo del club.

Descripción de Situaciones Observadas

El **arribo**, como ya se detalló, se entenderá como el momento desde que los jugadores llegaban al complejo deportivo hasta que el preparador físico les daba las instrucciones del precalentamiento, pasando por el período donde se cambiaban de ropa y también cuando caminaban en dirección a la cancha donde entrenarían. Un momento que tiene lugar durante esta parte del entrenamiento es cuando los chicos se cambiaban en el camarín, lugar que era libre de cualquier adulto, incluyéndome, lo cual limitó la cantidad de situaciones observadas durante esta parte del entrenamiento.

Un hecho sucedido en el arribo tuvo lugar durante un entrenamiento matutino, en donde un jugador llegó sin la indumentaria para entrenar, ya que tenía una lesión y por lo tanto no podía realizar ningún ejercicio. Luego de acercarse al entrenador de su categoría y explicarle la situación, se quedó conversando con el paramédico y conmigo, contándonos los pormenores de su lesión.

Antes de seguir, se debe tener presente que este paramédico trabajó durante el período que duró la investigación mayoritariamente por las mañanas, y su manera de relacionarse con los jugadores era muy cercana, en parte por el largo período que llevaba trabajando en el club y en parte también por la amistad que había establecido con muchos de los jugadores de las divisiones menores (un antecedente que ayudó a que esto sucediese fue la poca diferencia de edad –tenía 27 años durante la investigación- que existe entre él y los jugadores más grandes). Es por esta última razón que este paramédico estableció una comunicación más coloquial además de entablar relaciones más horizontales con los jugadores, sobre todo, los que más grandes (sub 17 y sub 19).

Continuando con la explicación, en cuanto al jugador lesionado éste nos empezó a explicar al paramédico y a mí de qué se trataba su lesión, cuando se acercó Cristian para preguntarle al jugador qué le había pasado y por qué no estaba entrenando. El jugador responde “la espalda profe” apoyando su mano izquierda en la espalda para mostrarle donde exactamente se encontraba la molestia. Cuando terminó de decir esto, el paramédico miró a Cristian, levantó las cejas y dijo “yo le dije que no se *agarrara* a las *culombianas* y parece que se *agarró* a un colombiano, *jajajajaja*” continuado inmediatamente de un aplauso y carcajadas. El comentario del paramédico hace referencia a alguna relación sexual realizada por parte del jugador con un hombre colombiano, quien le habría causado una lesión. En esta frase podemos entender, primero, que al hacer un juego de palabra entre *culo* y colombiana, se concibe que las mujeres de esta nacionalidad tienen todas el trasero grande. Segundo, se naturaliza la heterosexualidad al mencionar que se le aconsejó al jugador no meterse con mujeres colombianas pero no se hizo lo mismo con hombres, a lo cual se le atribuye una característica negativa y dañina para el jugador, ya que sería este tipo de relación homosexual la que le habría provocado la lesión en su espalda. La reacción de Cristian fue reírse, mientras el jugador, también riéndose negaba la afirmación del paramédico. Mi reacción en tanto fue escribir esta situación en mi cuaderno mientras Cristian luego le preguntó qué le había ocurrido realmente y el jugador le explicó la verdadera razón de su lesión.

Pasando al **precalentamiento**, vale precisar que durante éste y todos los restantes momentos del entrenamiento, las autoridades deportivas estuvieron presentes y muchas veces fueron los personajes principales dentro de las acciones relatadas ya que desde el comienzo del entrenamiento hasta el término de éste siempre estuvo el entrenador o el

preparador físico a cargo de ellos. Ahora bien, en esta etapa de la rutina los jugadores quedaban a cargo del preparador físico correspondiente, y realizaban distintos trabajos físicos durante aproximadamente veinte minutos con el fin de prevenir lesiones durante el entrenamiento técnico-táctico. Como ya se mencionó, la relación entre los jugadores y preparadores físicos era cercana y muchas veces entablaban conversaciones que excedían al ámbito deportivo. Además, si bien el precalentamiento se realizaba bajo el mando de una autoridad, el ambiente era más distendido que cuando entrenaban bajo las órdenes del entrenador, donde se requería más concentración y había menos situaciones que facilitasen el diálogo entre compañeros. Por último cabe mencionar que el precalentamiento, al ser el momento en el cual empezaba el entrenamiento, era el instante donde algunos jugadores se veían por primera vez, lo que provocaba el desarrollo de conversaciones cotidianas entre éstos.

Ahondando en los acontecimientos observados durante el precalentamiento llama la atención la repetida presencia de la mujer o bien de características asociadas a lo femenino en las bromas, comentarios y hasta en los reproches durante el precalentamiento. Por ejemplo al terminar el trabajo físico previo al entrenamiento técnico-táctico, un jugador de la sub 19 se enfrascó en una discusión con Roberto, debido a que según el jugador, éste último lo trató de manera poco amistosa al pedirle que fuera a buscar unos petos que ocuparían durante el entrenamiento. El jugador le pidió que trate a los jugadores con más respeto ya que constantemente se relacionaba con ellos con garabatos y de manera déspota. El diálogo fue el siguiente:

J19: No me trate así, yo no le he faltado el respeto a usted, hablemos con respeto.

R: No me *vengai na'* con *hueás...* no *hueón* te *creí* niñita y por eso no te pueden decir nada.

J19: No, nada que ver. Yo a usted lo estoy tratando con respeto y le estoy pidiendo que me trate igual, pero me responde igual o peor que antes. (El jugador se retira de la escena, yendo a entrenar)

R: Anda a lavarte las *hueás* no más. Chao, chao. (Sigue balbuceando algunos garabatos que no logré descifrar).

Por lo que se puede apreciar, Roberto no concibe este reclamo del jugador como posible, respondiendo violentamente al pedido de éste. Además utiliza la comparación con una mujer para desacreditar el pedido que le hicieron.

Roberto trabajaba en el horario de la mañana y lleva más de veinte años en el club. Este personaje, debido a su manera autoritaria de hablar con los jugadores, e incluso a veces con otros entrenadores, lo convirtió en un activo protagonista de las siguientes páginas, al realizar bastantes afirmaciones machistas y misóginas, afirmaciones que fueron apoyadas más de una vez por diferentes protagonistas de las divisiones menores del club.

Ahora bien, por la tarde sucedieron eventos dignos de ser mencionados. Uno de estos ocurrió cuando todas las categorías empezaron a realizar el precalentamiento y una vez terminado, los chicos se hidrataron para enfrentar el resto del entrenamiento. Luego de la hidratación, una de las categorías más pequeñas (sub 12) debía responsabilizarse de ir en busca de petos para poder diferenciar a los equipos que se compondrían para el entrenamiento del día. Durante esta tarea los chicos se demoraron más de lo deseado por su técnico, quien se los hizo notar diciéndoles desde lejos: “¿Por qué se demoran tanto? ¿Acaso se están poniendo la falda?” a lo que los jugadores aludidos reaccionaron apurándose y yendo a entrenar mientras iban contestándole a su entrenador que ellos no se estaban poniendo la falda y que no fuera tan pesado, lo cual fue acompañado por risas por parte tanto del entrenador como de los jugadores. Esta comparación es realizada con el fin de establecer la relación entre características o comportamientos atribuidos a la mujer y el mal rendimiento y/o la mala ejecución de ciertas actividades durante el entrenamiento.

Vale mencionar también una situación que ocurrió casi al final de un partido de la sub 16, el cual estaba empatado; un jugador mete un gol y lo va a celebrar con su polola, la cual se encontraba a un costado de la cancha. Lo anecdótico de esta situación es que, al haber hecho el gol en un momento tan tardío del partido, todos los jugadores del equipo fueron detrás de él para celebrar el gol que les dio el triunfo, situación que terminó con una gran cantidad de jugadores abalanzados sobre el autor del gol, quien a su vez estaba abrazando a su polola, por lo que ambos cayeron al suelo derribados por los felices futbolistas. Esta situación en sí, no adquiere relevancia sino hasta el momento en el cual se convierte en tema de conversación entre Juan y un paramédico del club, conversación que tomó forma durante el precalentamiento. Es así que Juan, quien era entrenador de la categoría, le comenta al paramédico “viste como todos los cabros le *corrieron mano* a la

polola del *Pepe* (...) tiene que *morir piola el hueón*, si al final *lo que pasa en la cancha queda en la cancha*, jajajaja”. En esta aseveración Juan utilizó una frase muy común en los partidos de fútbol para legitimar, a partir de los límites de la cancha, una situación que en otro lugar sería ilegítimo o mal visto como lo es el que los demás jugadores *corran mano* a la polola del autor del gol. En la situación anterior sucede una objetivización de la mujer, entendiéndose a ésta como un cuerpo que, al estar en la cancha, es legítimo tocarlo aun cuando no se sabe si ella quiere ser tocada por todos estos jugadores, lo cual de todas maneras no importa ya que al estar dentro del rectángulo de juego, no tiene derecho a quejarse.

Antes de pasar al siguiente espacio temporal de la rutina de entrenamiento, quisiera referirme a un término que escuché innumerables veces; la palabra *recio*. Durante los entrenamientos de la mañana, Cristian al instruirles a sus dirigidos la rutina de calentamiento o bien cuando realizaban trabajo físico durante éste, ocupaba esta palabra para reflejar lo que se esperaba de ellos. Este término lo utilizaba cuando quedaba poco tiempo para terminar algún ejercicio (y por ende los jugadores ya estaban cansados) o bien cuando Cristian no quedaba conforme con la intensidad con la que algún jugador estaba entrenando. La palabra era utilizada en momentos en los cuales se carecía de dureza o tenacidad y por lo tanto, exclamaba la palabra para así recordarles a los jugadores que no podían permitirse dejar de ser *recios*, por lo menos cuando estaban entrenando. Esta palabra no solo era utilizada por Cristian sino también por Baltazar, quien recurría a ella buscando el mismo resultado; aumentar la intensidad y la agresividad⁷ de los jugadores. El uso de esta palabra me interesa ya que demuestra una característica necesaria para emplearse de manera eficaz por parte de los jugadores, y que a su vez conlleva un significado de rudeza, de fuerza física que debían no solamente tener, sino también aparentar. Un ejemplo del uso de esta palabra ocurrió durante el precalentamiento anterior al entrenamiento matutino. Al ser los ejercicios particularmente exigentes ese día, muchos de los jugadores se encontraban notoriamente exhaustos durante la realización de estos. Esta situación fue reconocida por parte de Cristian, quien, con el fin de aumentar el rendimiento de los jugadores durante la última etapa del precalentamiento, les gritó en forma enérgica: ¡Vamos chicos, recios, los quiero recios! Esta acción provocó la activación de algunos jugadores, aumentando su rendimiento, y

⁷ Cuando menciono que Baltazar busca agresividad, esta tiene que ser entendida como una agresividad necesaria para no dejarse pasar a llevar dentro del desarrollo de un partido o entrenamiento de fútbol. En ningún caso es una agresividad que busca dañar al receptor de ésta.

por lo tanto, logrando así el propósito por el cual había realizado esta exclamación. Antes de proseguir con el relato de los hechos ocurridos creo necesario caracterizar a Cristian, quien ya ha sido nombrado varias veces.

Cristian, como ya se mencionó, era el preparador físico de las categorías sub 17 y sub 19 y trabajaba durante el horario matutino. Al ocupar este cargo debía hablar la mayor parte del tiempo bastante alto para que todos los jugadores lo escuchasen. Su voz es grave y solía hacer llamados de atención personales (como el recién descrito) al mismo volumen del que utilizaba cuando daba órdenes a todos los jugadores. Cristian llevaba más de cuatro años trabajando en el club, a la fecha de la realización de esta investigación, y solía dialogar mucho con los jugadores con quienes trabajaba.

El **entrenamiento** técnico-táctico era la parte más importante de la rutina, ya que en éste se realizaban diversos ejercicios que buscaban mejorar el rendimiento de los equipos en cada uno de los aspectos del fútbol. Principalmente se trabajaban aspectos del juego como la posición que ocupan los jugadores durante el partido, los movimientos en los tiros libres a favor y en contra, etc. Estos entrenamientos la mayoría de las veces se realizaban haciendo recreaciones de momentos del partido que el entrenador de la categoría estimaba conveniente trabajar. La mayoría de las veces se hacían pequeños juegos entre los jugadores pertenecientes a la misma categoría o bien enfrentándose una categoría contra otra. Durante esta parte del entrenamiento, los acontecimientos que llamaron mi atención fueron significativamente mayores en cantidad que los que mencioné durante los primeros dos apartados de la rutina diaria. No deja de ser llamativa esta situación, tomando en cuenta que durante el entrenamiento técnico-táctico era cuando menos tiempo muerto tenían los jugadores, ya que la mayor parte de éste estaban, o bien recibiendo instrucciones, o llevando éstas a la práctica. Al ser mucho mayor el número de notas de campo que pude tomar durante este segmento del entrenamiento, he decidido ordenarlas por el contenido que éstas presentan; primero relataré aquellas que hacen referencia a la mala influencia que se entiende tienen las mujeres (específicamente sus parejas) y a su vez la relación directa y denigratoria que se realizaban entre quienes demostraban falta de características esperadas de un jugador de fútbol y las mujeres, para luego ahondar en actos de discriminación y rechazo antes conductas que se asumían como homosexuales.

Un hecho que tiene como contenido la presunción de que las parejas femeninas de los jugadores (siempre mencionaban a la polola y no al pololo) influían negativamente en su

rendimiento, ocurrió durante un entrenamiento por la mañana cuando Roberto, quien estaba observando los ejercicios que estaban realizando los jugadores, vio que uno de ellos se equivocó en la realización de una jugada, a lo cual comentó a nadie en particular y en voz alta: “Este cabro era bueno... lo que le pasó es que la concha los vuelve locos a estos *hueones*, piensan que se va a acabar”. Si bien este comentario no fue escuchado por el jugador debido a la distancia que los separaba, si escuchamos mi compañero y yo, además de Santiago, quien se rió de forma bastante expresiva y luego felicitó a Roberto. Nosotros en tanto, mantuvimos silencio. Con otras palabras, Roberto quiso expresar que ese jugador en particular estaba muy pendiente de tener relaciones sexuales (heterosexuales, ya que la concha se entenderá como sinónimo de vagina) lo cual le provocaba casi directamente el declive de su rendimiento deportivo.

En otro aspecto, si bien no se les hizo referencia de forma directa, muchas veces los entrenadores atribuyeron características supuestamente femeninas para increpar a los jugadores. Es decir, si al jugador le decían que se estaba poniendo la falda o utilizaban colores relacionados popularmente con el género femenino (como el rosado), o bien que estaba jugando con muñecas, se les quiere decir implícitamente que la forma en la cual estaban actuando no era permitida ya que las mujeres no son permitidas, por lo que los jugadores que presentaban características femeninas no serían aceptados al ser el contexto completamente masculino. Proseguiré con algunos ejemplos.

Durante un entrenamiento matutino, Roberto, luego de realizar todos los trabajos que debía, se sentó en una silla a un costado de la cancha y, como todos los días, observó el entrenamiento de las dos categorías que entrenaban en ese horario. Durante este ejercicio Roberto presencié cómo un jugador se quejaba bastante con otro compañero, ya que entendía que éste le estaba pegando de manera reiterada e intencional. Si bien este pequeño conflicto no pasó a mayores entre los jugadores, a Roberto no le gustaron los reclamos, y lo hizo notar gritándole: “Anda *hueón*... ¿qué *andai* reclamando? Si no te gusta anda a jugar a las muñecas...” provocando la mirada con ceño fruncido del receptor del mensaje, quien lo quedó mirando un par de segundos de esta manera, sin decir nada. El resto de los compañeros no reaccionó al comentario. Lo mismo sucedió en otra oportunidad, cuando un jugador se enfrascó en una discusión con otro compañero ya que este último le pegó reiteradas patadas. Al generarse esta discusión Baltazar grita: “¿Qué pasa ahí? ¿Por qué discuten tanto?” Sin recibir respuesta pero a su vez terminando con la discusión entre los jugadores. Luego preguntó lo mismo pero más cerca y solamente al

jugador que recibió las patadas, quien le explicó que le habían pegado y no le gustaba que le pegaran. Luego de escuchar esto Baltazar le contestó: “*Tení que comerte las patadas calladito, o si no mejor anda a jugar a las Barbie...*” El jugador mostró una mueca de molestia pero no le respondió y el entrenamiento prosiguió. Al mandarlo a jugar con Barbies –o lo que es lo mismo, a las muñecas- Roberto y Baltazar compararon el fútbol con una actividad comúnmente relacionadas con niñas, dando a entender que el fútbol es un juego masculino. El hecho de no ser capaz de recibir una agresión sin quejarse priva a estos jugadores de jugar fútbol, señalándoles la opción de jugar a algo más acorde a sus características, como lo son las muñecas.

Es preciso mencionar que quien recibe el nombre de Baltazar es un ex futbolista profesional que dirigía, al momento de la investigación, la categoría sub 19, a la cual entrenaba durante la mañana. Este sujeto se caracterizaba por tener una voz y una personalidad muy fuertes, por lo que no pasaba desapercibido, sino al contrario, era posible escuchar sus instrucciones desde bastante distancia. Además de estas razones se debe agregar su gran estatura (mide alrededor de 1,90m) con la cual lograba imponerse ante sus jugadores y colegas. Otra característica que tenía este personaje era su manera de actuar dentro del contexto de entrenamiento; dialogando con la mayoría de la gente que trabajaba con él o cerca de él y hablando con muchas bromas y comentarios irónicos, tanto en entrenamiento como fuera de éste.

Continuando en situaciones presenciadas durante el entrenamiento técnico-táctico, pude seguir observando como ciertas características o comportamientos que se alejan de lo esperado llamaban la atención de diversos actores del contexto, quienes lo demostraban de variadas maneras. El siguiente suceso ocurrió durante un entrenamiento por la tarde, cuando los jugadores de una de las categorías más pequeñas (sub 11) habían terminado de hacer un ejercicio de entrenamiento y por lo tanto su entrenador les indicó que podían ir a hidratarse para seguir entrenando. Durante este pequeño intermedio los jugadores, a criterio del entrenador, se demoran más de lo debido, por lo que éste les hizo notar la falta gritándoles con tono irónico: “*Que se demoran chiquillas ¿ah?... Parece como si se estuvieran maquillando allá*”. Los jugadores rieron y se apuraron para volver a entrenar bajo las instrucciones de su entrenador. La comparación no deja de ser llamativa ya que las distancias entre una actividad y otra son grandes. No es que el entrenador en cuestión entendiera que los jugadores efectivamente se estuviesen demorando porque se estaban maquillando. Lo que él entendía era que sus jugadores –hombres-, no podían demorarse

al hidratarse ya que esto lo debían hacer a una cierta velocidad. Al no cumplirse esta condición, él le otorgó cualidades “femeninas” a sus jugadores, ya que el demorarse más de lo debido lo asoció a un comportamiento “femenino”, lo cual fue motivo suficiente para burlarse de los jugadores.

Otra forma de hacer notar cuáles fueron las características o comportamientos no deseados dentro del contexto de entrenamiento fue la atribución de éstas de tener un carácter homosexual. Esto quiere decir que hubo ciertas situaciones que provocaron en entrenadores o en los mismos jugadores bromas y/o comentarios que demostraban que éstas no se pasarían por alto sino que serían denunciadas y puestas en evidencia ante el resto de los personajes como algo no cotidiano y por lo tanto objeto de burla y/o señalamiento. La siguiente situación es protagonizada por Juan quien ya ha aparecido en esta investigación, por lo que es importante ahondar un poco más en él antes de seguir narrando lo ocurrido.

Juan dirigía, al momento de la realización de la presente investigación, a la categoría más grande que entrenaba por la tarde (sub 16) y fue futbolista profesional con relativo éxito (jugó en varios equipos extranjeros). Su estilo para relacionarse con los jugadores era diametralmente opuesto dependiendo si ocurría durante un partido o entrenamiento, o bien fuera de éstos. Cuando no estaba dirigiendo o entrenando realizaba una gran cantidad de bromas con la gente que conocía, dando la impresión de ser bastante amigable y acogedor. Cuando estaba trabajando en tanto, dejaba las risas de lado y solía ofuscarse mucho con sus jugadores cuando estos no realizaban lo que él les ordenaba, insultándolos y realizando comentarios muy interesantes para analizar, debido al contenido machista en algunos de ellos. Por lo tanto, era muy distinta la manera en que realizaba ciertos gestos, muecas o comentarios dependiendo de si estaba dirigiendo o no.

Volviendo a lo sucedido, esto tomó parte durante el transcurso de un entrenamiento por la tarde cuando a Juan le molestó la intensidad con la que entrenaban sus jugadores y se los hacía notar con recurrentes gritos que tenían como fin llamarles la atención. Los gritos eran diversos, y más que nada se repartían entre los “dale”, “más rápido” y “con más intención”. Al observar que no obtenía la respuesta que él esperaba por parte de sus dirigidos, Juan comenzó a insultarlos combinando las frases mencionadas anteriormente con algunos garabatos que si bien no se los decía a nadie en particular, siempre eran pronunciados fuerte. Dentro de estos insultos, Juan le grita a un jugador: “¡Da lo pases más fuerte, no como si fueras amariconado!” lo cual no obtuvo respuestas de los

jugadores que ya estaban bastante concentrados en no seguir enojando a su entrenador. Al hacer este enunciado Juan implicó que un homosexual no es un sujeto capaz de pegarle a la pelota fuerte, es decir, el homosexual es débil y por lo tanto no puede jugar fútbol, por lo menos no en su equipo.

En cuanto a la exclusión, no solo fueron las mujeres y los homosexuales quienes parecían generar ciertos resquemores, prejuicio u otras razones que los hacían merecedores de exclusión en el contexto deportivo. En esta línea se encuentra un hecho donde la nacionalidad pasó a ser el argumento denigrante utilizado para dar a entender la molestia que causaron algunas situaciones. Esto se observó durante un entrenamiento matutino cuando una de las categorías que entrenaba en este horario estaba haciendo trabajos defensivos, ejercicios con los cuales Baltazar no estaba satisfecho con el rendimiento de sus jugadores, ya que a continuación de un error en la ejecución de un ejercicio, se llevó la mano izquierda a los ojos a la vez que agachó la cabeza en signo de reprobación, gesto que acompañó con una comparación que ilustraba su enojo con la situación. La frase fue la siguiente: “¡Despéjala, afuera, afuera peruano...! ¡Peruano, parecen peruanos con tanto amague que hacen!”. Al hacer esta afirmación, Baltazar comparó negativamente el estilo de juego de los jugadores peruanos con el que estaban llevando a cabo los jugadores que él dirigía. Por tanto, el jugador peruano es construido como un jugador de nivel inferior y, por lo tanto, al hacer la comparación, Baltazar está expresando a sus jugadores que estaban jugando mal ya que lo estaban haciendo como peruanos.

En cuanto al **término**, esta parte del entrenamiento era bastante breve ya que solamente estaba compuesto por el momento en el cual los jugadores estiraban los músculos una vez terminado el entrenamiento técnico-táctico, lo cual se prolongaba alrededor de cinco minutos, además de cuando éstos se despedían de los entrenadores para luego irse a los camarines y cambiarse de ropa, lugar al cual no pude tener acceso ya que no encontré pertinente entrar a un espacio donde solo los jugadores tenían acceso.

La siguiente situación ocurrió luego de un entrenamiento matutino, a partir de un diálogo que establecí con un paramédico con el fin de saber cómo había estado la charla de la categoría sub 19 el día anterior, teniendo en cuenta que en el partido de ese fin de semana tuvo un desarrollo poco favorable para el equipo (iban ganando 2-0 y terminaron perdiendo 4-2). El diálogo fue el siguiente:

Investigador: ¿Cómo estuvo la charla de ayer? Después de haber perdido un partido increíble, ¿Estuvo cargado el café⁸?

Paramédico: Así (pone las manos apuntando hacia arriba, paralelas y puestas a una distancia aproximada al ancho de su espalda, haciendo clara referencia al tamaño de un pene) ¡así de grande!... se la pasó por la arena un rato (continuaba haciendo gestos con las manos, tratando de recrear lo que estaba diciendo) y sin siquiera un *escupito* jajajajaja.

El paramédico hizo una metáfora entendiendo que el reto del entrenador de la sub 19 ese día específico podía compararse con la penetración anal por parte de éste a todos los jugadores de su serie, haciendo una descripción bastante detallada del hecho con el fin de que yo pudiera interpretar que no solamente los retaron, sino que este reto fue bastante duro ya que el paramédico no solamente hizo referencia a la penetración anal, sino también a la violencia con la cual esta acción fue cometida.

Por último, los **partidos** observados fueron aquellos jugados de local y en su mayoría los días sábados. Además, éstos se llevaron a cabo en canchas paralelas las cuales eran ocupadas por categorías distintas pertenecientes al mismo club, en donde se jugaban dos partidos en cada una.

Tema aparte merece la presencia de los equipos femeninos del club durante los partidos. Ésta fue ocasional y no ocurrió más de cuatro veces, sin embargo, cada vez que se jugaban en canchas paralelas partidos de hombres por un lado y de mujeres por otro, varias eran las escenas que merecen ser detalladas; risas y comentarios de jugadores y cuerpo técnico fueron, entre otras, las reacciones ante la presencia de mujeres en un espacio que, como ya se ha destacado, era habitado casi en su totalidad por hombres.

Esto quedó demostrado en un caso ocurrido un sábado en el cual jugaban al mismo tiempo y en canchas contiguas, tanto las categorías masculinas como las femeninas. El entrenador de estas últimas, al ver que una de sus jugadoras se dirigía hacia el área rival con la pelota dominada y sin marca cerca de ella, le gritó: “¡dale, dale, metete hasta la cocina!” (Frase que busca transmitir la idea que la jugadora llegue cerca del arco antes de patear a este mismo). Al escuchar esto el utilero saltó desde la banca del equipo

⁸ La metáfora “el café está cargado” quiere dar cuenta de una situación en la cual una persona reprocha fuertemente a otra(s), en la mayoría de los casos desde una posición jerárquica.

masculino que en ese momento estaba jugando y se dirigió a ellos y a todos los que estaban cerca suyo diciendo entre risas: “es que están acostumbradas, jajaja.” Al hacer esto miraba a su alrededor para buscar la aprobación y risas de quienes lo rodeaban, las cuales encontró en la mayoría desde el banco del equipo masculino. Las mujeres que estaban presentes en la banca del equipo femenino, se dividieron entre quienes se dieron cuenta de la situación y no dijeron nada y otras que simplemente no notaron lo sucedido. Esta anécdota es la que más crudamente presenta lo burlesco y machista que podían llegar a ser algunas acciones cuando hombres pertenecientes a la rama de fútbol masculino del club se referían a mujeres jugando este mismo deporte, mirándolas en menos y burlándose de ellas.

Durante un partido de las categorías más pequeñas, si bien no eran mujeres las que estaban jugando en la cancha paralela, si lo eran la árbitro central y la guarda líneas, algo que como ya he mencionado anteriormente era usual en partidos de estas categorías. No por esto el hecho pasó desapercibido para el entrenador de la categoría sub 12, quien, ante un cobro con el cual no estaba de acuerdo, le reclamó minimizando su capacidad de cumplir con las exigencias de un árbitro debido a su género. La frase exacta fue “¡No, no! No, no sabe nada... mejor que se vaya a la cocina porque acá está puro *hueveando*” ante lo cual un jugador que se encontraba en la banca se rió a carcajadas. El resto se dividió entre quienes sonrieron y quienes no reaccionaron al hecho. Esta situación conjuntamente con la anterior posicionan a la mujer en un espacio totalmente diferente y opuesto al fútbol, en este caso la cocina. Por lo tanto, al no estar en “su” espacio de se transforman en objeto de burla o de crítica, las cuales fueron realizadas por los habitantes masculinos de este espacio también masculino.

Cambiando de sujeto de referencia, una situación que sucedió durante el entretiempo de un partido tuvo como protagonista a Baltazar, quien al observar como corría el arquero rival hacia el arco que le correspondía -intercalando zancadas con saltos a una baja velocidad-, le comenta a Cristian: “El trote *amariconao* que tiene ese, mira” comentario que no tuvo respuesta por parte de su receptor. Esta anécdota deja entrever como ciertas características que se asumen femeninas, fueron identificadas y permitieron la burla hacia quienes las realizaban, dejando formas aceptables y otras no aceptables de correr para los futbolistas, según este personaje.

Otra situación en donde se hizo mofa de las supuestas características femeninas de un jugador fue durante un partido en el cual un rival tenía el pelo largo. Los jugadores de la

banca, cada vez que pasaba frente a ellos, se burlaban haciendo sonidos agudos y gritándole “gay”, además de insultos que son utilizados para hacer referencia despectiva a la homosexualidad como “maricón” y “hueco” entre otros. Estos improperios y mofas hacia el jugador rival se incrementaron con el paso del tiempo, debido en parte al marcador adverso que enfrentaba el club al cual investigué, lo cual no provocó ninguna reacción por parte de ninguno de los presentes, aun cuando fue bastante alto el volumen en el cual los chicos realizaban estas burlas. El pelo largo, por lo tanto, pasó a ser una nueva característica en la lista de cualidades no masculinas observadas en la investigación, de lo cual se desprende que habían ciertas características que debían estar presentes en un hombre para que así no se tuviera duda de que era tal, siendo una de ellas el pelo corto.

Por otro lado, durante un partido, el doctor del club estaba sentado en la banca junto al resto del cuerpo técnico y no le gustó que los jugadores del equipo rival hicieran faltas y los jugadores de su equipo no reaccionaran, sobre todo porque iban perdiendo. Esto lo comentó en voz alta y sin ningún receptor particular diciendo: “Somos muy mamones hueón... No estamos siendo recios. Ellos nos pegan y nosotros no hacemos nada... es como si les gustara que les pegaran”. Baltazar lo miró y asintió con la cabeza. Fue el único que le respondió algo. Es ésta palabra significada como una característica de la resistencia al dolor, además de la capacidad de provocar daño, la que entendían, en este caso el doctor y Baltazar, necesaria para jugar, ya que sin ella los jugadores pasaban a ser *mamones*, lo cual significa lo opuesto a recio, es decir débiles.

Por último, durante un partido sucedió una situación distinta a las demás, debido a que las burlas ocurrieron debido a una discriminación por la apariencia física. El protagonista de ésta fue el guarda líneas que corría frente a la banca donde me encontraba. Él era blanco de bromas y mofas por parte de Santiago debido a la manera en la cual corría, además de la forma en la que le apretaban los pantalones y la polera. El paramédico se refería al guarda líneas como “mariposón” por los saltos que daba al correr. Los sobrenombres “chancho” “embutido” “rechoncho” y “guatón” tenían como objetivo burlarse del sobrepeso que aparentaba tener el guarda líneas, además de la manera en la cual corría. El paramédico hacía estos comentarios con nosotros y con los demás miembros de la banca, algunos reían a carcajadas cuando realizaba un chiste nuevo, otros nos quedamos sin reaccionar a los comentarios.

SEGUNDO TIEMPO: ANALISIS

A partir de las notas de campo, los resultados pueden ser divididos en tres grandes conceptos que configuran la performatividad de la masculinidad dentro del contexto de las categorías menores de un equipo de fútbol, las cuales describiré minuciosamente una por una con el fin de detallar cómo se llevan a cabo estas performances y bajo qué acciones se sustentan. Los conceptos resultantes se basan en la construcción de distintos sujetos que a lo largo de la investigación surgieron como los principales protagonistas dentro de este mundo social, los cuales son: el hombre, el hombre homosexual y la mujer, siendo la construcción de cada uno de estos sujetos una categoría de análisis diferente. Por último, para densificar los resultados me apoyaré en las entrevistas realizadas, asumiendo la importancia de las respuestas que los distintos actores entrevistados tienen sobre estas líneas de análisis. La construcción de la masculinidad hegemónica local se realiza a partir preponderantemente de la relación y diferenciación de ésta con la construcción a su vez del sujeto homosexual y de la mujer. De esta manera comenzaré detallando como se constituye el personaje del hombre homosexual, luego la mujer y finalmente el hombre, quien a partir de su relación con la mujer y el homosexual forma esta construcción normativa del hombre en este contexto específico.

Construcción del Homosexual

A partir de los datos conseguidos, se puede identificar como la masculinidad hegemónica local adquiere forma a partir de la exclusión y señalamiento del sujeto homosexual como personaje abyecto o simplemente el otro con quien se compara para así poder diferenciarse. Como nos menciona Butler (2007), el hecho de naturalizar la heterosexualidad le da unidad interna al género, por lo que es una característica que lo reglamenta como forma de diferenciación entre lo femenino y lo masculino. Cualquier sujeto que no adscriba a esta “regla” es sindicado y caracterizado como el “otro” o “abyecto”, siendo el homosexual el principal actor que adquiere este calificativo, al no cumplir con el causal sexo, género y deseo naturalizado por la heteronorma (Butler, 2007). Esta forma de “vigilar el género” al denigrar al homosexual adquiere protagonismo a su vez, al cumplir un papel preponderante para construir no solo la masculinidad hegemónica local sino también la hegemonía interna dentro de los propios jugadores del club, la cual como nos menciona Demetriou (2001), es aquella ascendencia que adquiere un grupo de hombres frente al resto de los hombres. Un testimonio bastante explícito sobre cómo recibirían a un jugador homosexual dentro del equipo, demuestra de qué forma se ponen en prácticas los anteriores supuestos teóricos:

“...sí pasa mucho que la mayoría son homofóbicos te diría, o sea ven alguna persona que es gay o tiene ciertas características que uno cree que puede ser, yo creo que le hacen bullying total, o sea habla muy mal de ellos, hablan mucho de mujeres, de salir con ellas y estar con esta otra y tener muchas mujeres, como que es muy llamativo pa ellos porque los hace como ser más hombre y verse mejor dentro del equipo...”
(Entrevistado C).

En la cita anterior se puede interpretar cómo la homofobia es complementada por la continua necesidad de buscar actividad sexual con las mujeres (Doull, Oliffe, Knight y Shoveller, 2013). La relación de los jugadores con las mujeres a través de esta búsqueda será ahondada cuando se revise la construcción de la masculinidad hegemónica local dentro de este contexto, aunque al ser el hombre homosexual un actor totalmente ajeno a este comportamiento, complementa su descripción a la construcción de la masculinidad aspirada, ya que al separarse de estos gustos, renuncia a la heterosexualidad y por lo tanto a la masculinidad hegemónica local. Esta exclusión se complementa con la incomodidad que el homosexual provoca dentro de un espacio totalmente habitado por jugadores, en donde este sujeto es visto como una amenaza al estar presente ante futbolistas desnudos, como responde el entrevistado A en una de sus respuestas:

“Para mí sería igual complicado, porque estas conviviendo con la persona que claro, le gusta la persona del mismo sexo y van en un camarín donde generalmente uno ya, no se po, claro te bañai, te bañai con él al lado... no es lo mismo estar en una cancha que en un camarín porque claro están ahí todos los compañeros” (Entrevistado A).

Este mismo sujeto complementa estos dichos singularizando su sentimiento al respecto:

“La relación como te digo del homosexual con el futbolista en un camarín... si tú me preguntai a mí, yo igual me sentiría incomodo, me sentiría incomodo, yo los respeto y todo, no tengo nada en contra de ellos, pero en el momento en que por ejemplo, ya si es un compañero fuera homosexual me costaría mucho decir “no, sabí que, ven al camarín” porque estai compartiendo con el todos los días” (Entrevistado A).

De esta forma se puede leer cómo los sujetos generan una forma de relacionarse a partir de una homosociabilidad en donde se mantiene el orden heterosexual a partir de la homofobia (Del Salto, 2011) a la cual, al parecer, todos adscriben, o por lo menos esa es la sensación que tienen ambos entrevistados, quienes han pertenecido durante mucho tiempo a planteles de equipos de las divisiones menores del club. A su vez, en la última respuesta se puede deducir como el camarín es un espacio donde los sujetos reafirman su masculinidad al denigrar lo homosexual (en Symons, 2007). El Entrevistado C complementa estos postulados mencionando que a un homosexual dentro del plantel que él habita *“si le harían bullying, le faltarían el respeto en todo el equipo y no lo dejarían estar”*. Este bullying o fastidio hacia el homosexual se genera, según él:

“Por ser diferente, por tener distintas maneras de comportarse, por ser no igual a los demás, por no tener los mismos gustos de hablar de mujeres, de salir, de “oh que tengo polola, de que no tengo polola” quizás... quizás decirlo, tener un compañero que asuma que es gay dentro del equipo ahí puede ser peor porque ahí puede ser rechazado por muchos porque hay muchas personas de nuestra edad que no saben que estudiar ni nada pero si tienen claro que no les gusta el tema y que los van a molestar por siempre.” (Entrevistado C).

Según la respuesta anterior se comprende al deporte como una actividad de gran importancia en cuanto a la configuración de la identidad de género (Martín y García, 2011), constituyéndose a partir de -entre otras cosas- el rechazo hacia la homosexualidad, ya que como menciona el jugador durante la entrevista, la homofobia está mucho más clara y latente que varias otras cosas. A su vez, las habilidades deportivas son otra arista mediante la cual se pone a prueba la posesión de la masculinidad deseada (Wellard, 2003; en Tivers, 2011), lo que permite denotar a quienes no sean tan competentes en los deportes (Bowley, 2013). Lo anterior se plasma a partir de una situación que tomó lugar en un entrenamiento, en donde el entrenador de una categoría, al querer expresar el mal rendimiento que estaban teniendo sus dirigidos, les recriminó de la siguiente manera: *“¡Da lo pases más fuerte, no como si fueras amariconado!”*. Se puede deducir de la cita anterior que la fuerza y el vigor son características propias de un hombre heterosexual que además juega al fútbol. Por lo tanto, el hombre homosexual falla en alcanzar esta virtud al estar asociado con características femeninas, lo cual lo posiciona como ejemplo cuando un futbolista no

juega de la forma en la que un hombre lo haría. Connell (2003) realiza el mismo ejercicio que el entrenador, caricaturizando al sujeto no masculino a partir de la comparación con las características otorgadas a la masculinidad hegemónica. Esta autora señala que este sujeto es “pacífico en lugar de violento, conciliador en lugar de dominante, casi incapaz de dar un puntapié a una pelota de fútbol, indiferente en la conquista sexual, y así sucesivamente” (p. 103-104).

Los hombres son los principales jueces que clasifican y conceden la aceptación en el reino de la virilidad (Kimmel, 1997), ante lo cual siempre quien quiera acceder al beneplácito de sus pares futbolistas tiene que diferenciarse lo más posible de mujeres, niños u homosexuales (Téllez y Verdú, 2011). Si esto no sucede, aparecen comentarios como el realizado por un entrenador del club, al observar a un rival que para su criterio no corría como lo debería hacer un hombre. Ante esta situación comentó: *“El trote amariconao que tiene ese, mira”*. Lo anterior va a concordar con lo que Butler (2007) nos menciona sobre la performance de la masculinidad, la cual se realiza a partir de la teatralización de las características atribuidas al hombre. Al no ser así, estos sujetos son entendidos como abyectos al no pertenecer a lo construido como natural, lo que en palabras de la autora son definidos como “imposibilidades lógicas desde el interior del campo” (p. 73), al contradecir las categorías naturalizadas. Esto sucede en el momento cuando un jugador de fútbol realiza una performance no masculina al trotar de manera “amariconada” o poco masculina, siendo merecedor de la exclusión de la virilidad por parte de los demás hombres.

A su vez, Gil (2002) nos menciona que el acto performativo también está constituido por prácticas discursivas, las cuales tienen bastantes repercusiones en las maneras de construir al sujeto masculino hegemónico dentro del contexto. Estas formas de performar lingüísticamente han sido acompañadas de una característica que va a ser exclusivamente de uso masculino; la violencia (Messner, 1990). La violencia es justificada por la posición de dominación que el hombre ocupa dentro de la sociedad, siendo éstos los únicos sujetos autorizados para ejercerla (Connell, 2003). La cita del párrafo anterior es un claro ejemplo de cómo se utiliza esta violencia para demostrar esta jerarquía que tiene la masculinidad hegemónica local frente a quienes son percibidos como homosexuales. Estas agresiones verbales no siempre están presentes al hacer referencia a esta condición sexual; la burla es también muy utilizada por parte de jugadores y entrenadores para demostrar que la homosexualidad no se toma en serio en este lugar,

siendo excluida ya no solamente a través de la violencia explícita para demostrar qué es lo que no se espera, sino también a partir del humor y muchas veces el deseo de dejar en ridículo a alguien para así demostrar a los demás que es lo aceptado y que no. Esto fue lo que sucedió durante un partido en el cual un rival tenía el pelo largo y los jugadores de la banca, cada vez que pasaba frente a ellos, se burlaban haciendo sonidos agudos y gritándole “gay”, además de insultos que son utilizados para hacer referencia despectiva a la homosexualidad. Esta situación se complementa con la respuesta del entrevistado C quien se refiere explícitamente a la relación entre burla y homosexualidad, como se puede ver a continuación:

“Muy pocas veces nos pasa en la mente el tema de los homosexual, de tener un compañero gay y salvo una vez salió el tema y lo hablamos y dijimos, que si se dice que no sería permitido, que cómo va a existir un gay dentro del equipo porque va a ser, como el chiste dentro del equipo”
(Entrevistado C).

A través de los últimos dos ejemplos se puede ver como los niños aprenden a utilizar la violencia y transformar distintas emociones en ira hacia otros (Abarca y Sepúlveda, 2000), a la vez que características que no cumplen con las demandadas de heterosexualidad son utilizadas con significados simbólicos para reafirmar la jerarquía del hombre ante cualquier forma de feminidad (Bowley, 2013), como sucedió en la penúltima situación descrita, en donde se insultó a partir de categorizaciones que son denigrantes para la masculinidad hegemónica (como lo es la palabra gay), a quien entienden no posee las características masculinas necesarias (pelo corto) para jugar fútbol, siendo ésta razón suficiente para burlarse de él al no performar la masculinidad hegemónica local.

Por lo tanto, a partir de caracterizaciones del sujeto homosexual, realizadas muchas veces a partir de burlas, comparaciones y agresiones verbales, se construye un sujeto que amenaza la forma de performar la masculinidad hegemónica local asociada al jugador de fútbol, ya que las diferencias entre estos dos no son radicales. Por esto siempre es posible encarnar al sujeto marginado, performando una masculinidad débil, que no comparte gustos y costumbres heterosexuales, o bien ostentando características que lo alejen de esta masculinidad normativa. Esto provoca que el imaginario que los jugadores y entrenadores tienen sobre el sujeto homosexual juegue un rol fundamental en la construcción del futbolista ideal, que es quien ocupe el lugar hegemónico dentro del

mundo que investigué, ya que siempre se debe estar comparando y diferenciando con él para saber si la masculinidad que se performa es o no hegemónica, transformándose así en un punto de medida de ésta.

Construcción de la Mujer

Otro personaje fundamental en la construcción y performatividad de la masculinidad dentro del fútbol –específicamente dentro de las divisiones menores del club al cual investigué- es la mujer. Como ya he mencionado durante el marco teórico, y se ha podido evidenciar a partir de los datos de campo recogidos, este personaje surge a partir de la relación que establece con el ideal de hombre que se busca encarnar alrededor del fútbol. Butler (2007) coincide con esto cuando menciona que el género solamente existe en relación con un significado opuesto, lo cual se plasma a través de la generización de este deporte como práctica exclusivamente masculina, privando así a la mujer de realizar esta actividad o bien, al menos, despertando el rechazo de los jugadores hacia quienes osan ir en contra de esta idea. Así lo demuestra el Entrevistado C a partir de la siguiente respuesta ante la pregunta de por qué pensaba él que en Chile no se destacaba la práctica del fútbol femenino:

“Entonces uno lo que ve es que claro, las mujeres en general no optan por jugar futbol porque creen que es un deporte más brusco, más bruto... opiniones de amigas que yo he tenido que le gusta un poco que no optan por jugar porque opinan que el futbol es un poco más brusco ¿cierto?, más agresivo; entonces optan por hacer un deporte más liviano, más artístico. Quizás si con harta personalidad y todo, pero sacando un poco lo del lado brusco que las puede perjudicarlas a ellas, entonces sí, optan por jugar vóley, basquetbol (que igual es un deporte pero no tan brusco como el fútbol), entonces lo que yo veo y lo que yo creo que el equipo ve en sí es que el deporte de la mujer chilena acá y el futbol no se ve bien porque ellas mismas hacen que no se vea bien: no optan por jugar, no se creen capaces de poder hacer más juego, entonces por eso no va creciendo el fútbol” (Entrevistado C).

Al realizar esta afirmación, el jugador entiende que existen diferencias excluyentes entre hombre y mujer, lo cual a su vez consiste en una performance del género desde los actos de habla, ya que como menciona Althusser (1970; En Córdoba, 2003), el decir algo equivale a realizar algo. El entrevistado C fundamenta esta diferenciación/exclusión a

partir de testimonios de amigas, las cuales en sus propias palabras optan por no jugar ya que se sienten incapaces de practicar este deporte, siguiendo los postulados de Montenegro, Martínez-Guzmán y Pujol (2014) cuando afirman que todos nosotros performamos nuestro género, muchas veces sin saberlo, concordando con las implicancias que estos relatos tienen tanto en ellas como en el entrevistado. Esta exclusión es manifestada abiertamente por el mismo sujeto al complementar su respuesta diciendo que *“nosotros en Chile caemos en un hoyo donde las mujeres creen en no ser capaces y los hombres caen en lo mismo de que ellas no son capaces de poder jugar”*, proporcionando una performance que se basa en el supuesto de la esencialidad del género, concibiendo de esta manera la exclusión, y por lo tanto la exclusividad de la práctica del deporte, por parte de los hombres. Además, el entrevistado se basa en los relatos de jugadoras que conoce, posicionando en ellas la responsabilidad de no jugar fútbol al optar por practicar otros deportes que estén más acordes con sus características, dejando de lado a todas las mujeres que sí prefieren jugar, perdiéndose así el argumento, o al menos, quedándose sin tener en cuenta la parte que sí realiza la actividad, transformándose en un hipótesis incompleta.

Otro caso donde se refleja el rechazo –y caricaturización- de la práctica del fútbol por parte de las mujeres sucedió durante una jornada de partido, al estar jugando las categorías femeninas y masculinas del club en simultáneo y en canchas contiguas, lo cual permitía que las bancas de ambos equipos estuvieran muy cerca la una de la otra. El hecho sucedió cuando, desde la banca del equipo femenino, le gritaron a una jugadora que se acercaba al área rival con el balón *“¡dale, dale, metete hasta la cocina!”* queriendo referirse a que avanzara lo más que pudiera. Al escuchar esto, el utilero del equipo masculino saltó del banco y gritó *“es que están acostumbradas, jajaja.”*, haciendo referencia al imaginario machista que posiciona a la mujer como dueña de casa antes que cualquier otro rol. Esta situación es muy parecida a otra protagonizada por el entrenador de la sub 12 quien, durante un partido que arbitraba una mujer, se quejó ante ésta por un cobro que le pareció injusto, reclamando de la siguiente manera: *“¡No, no! No, no sabe nada... mejor que se vaya a la cocina porque acá está puro hueveando”*

Estas situaciones dejan de manifiesto, a partir no solo de los comentarios del utilero y el entrenador respectivamente, sino principalmente a través de la complicidad traducida en la risa de los jugadores presentes en ambas situaciones, cómo la masculinidad dentro del club se moldea a partir de la subordinación de la mujer dentro de un espacio que se

entiende como exclusivamente masculino, siendo esta relación fundamental en la construcción de la masculinidad hegemónica dentro del deporte (Bowley, 2013), ya que mantendrá “en su sitio” a las mujeres (Martín y García, 2011) a partir de la discriminación y caricaturización de ellas como amas de casa, las cuales deberán estar cocinando, ya que eso es lo que saben hacer –o por lo menos están acostumbradas al lugar-. Este tipo de situaciones sirve de base para la construcción de vínculos entre los sujetos dentro del contexto, siendo el menosprecio de las características femeninas la base de estas relaciones, las cuales deben ser advertidas no solamente en mujeres sino que en hombres también, incluyéndose ellos mismos (Pringle, 2005). Por último estas situaciones coinciden con lo indicado por Bourdieu (2000) en cuanto a la posición en el campo de lo privado que ocupa la mujer, específicamente lo referido a hacerse cargo de los trabajos domésticos y el cuidado de la familia, generando la apariencia de una división natural entre el espacio masculino (público) y el femenino (privado). Esto concuerda con las burlas que realizan los hombres pertenecientes a la rama de fútbol del club sobre la posición de la mujer, mencionando que no es dentro de una cancha de fútbol sino en la casa, haciéndose cargo de las tareas domésticas, posicionándola de esta manera en una escala inferior dentro del espacio público con respecto al hombre ya que este es su espacio y no el de ella.

Otra forma en la cual se tradujo la idea de que las mujeres no juegan fútbol es a partir del argumento biologicista de las diferencias entre ambos sexos, lo cual otorga al hombre características inherentes que les permiten practicar deportes y otras actividades que requieran gran desarrollo físico, apelando a la naturalización de la superioridad física de hombres sobre mujeres. Un ejemplo de lo anterior lo realiza el Entrevistado A cuando menciona que:

“Hay muchos más deportes, está el caso del rugby o deporte de mucho más roce físico. Yo creo que esos deportes están hechos para hombres. Para las mujeres hay el tenis, el voleibol, que son de menos contacto. Como te digo, deporte de roce físico que siempre están en constante contacto es más para hombre, siempre están en constantes lesiones, golpes, fracturas y todo eso. Quizás algunos son más para hombre y la mujer ha tomado muy poco peso ahí.” (Entrevistado A).

El entrevistado hace hincapié en la importancia de la presencia de lo que él nomina “roce físico” para separar deportes para hombres y deportes para mujeres, siendo esta

característica sinónimo de fuerza, poder físico y la disposición de aceptar e ignorar el dolor, lo cual menciona Pringle (2005) está asociado al triunfo deportivo, siendo así una característica distintiva de los hombres, para así generar estatus entre quienes son hombres y quienes no (Inkle, 2014). Por lo tanto, el deporte sirve como uno de los últimos bastiones en los cuales de la masculinidad hegemónica, al generar el espacio para que los hombres se prueben a sí mismos como tales a la vez que se diferencian de la mujer (Tivers, 2011). Continuando con esta idea el Entrevistado C ahonda en lo ya esbozado por parte del Entrevistado A en cuanto a la diferencia del hombre y la mujer dentro de la práctica del fútbol:

“se podría decir que el hombre tiene más (...) somos más líderes, tenemos más fuerza o más técnica o podemos aprender más rápido del fútbol porque desde chicos lo único que pensamos es fútbol, fútbol y el deporte aquí se lleva en la sangre del ser chileno, pero también en el caso de muchas mujeres también pasa pero no es bien visto porque, eh... después sacan un cuerpo de... hombre se dice mucho, que no parecen o no son afeminadas o en el caso nuestro, nosotros cuando nos hablai de equipo como de algún equipo de mujer altiro pensamos que son... no son mujeres que tenemos en la idea normal, sino que son mujeres con más cuerpo, más físico, son más grandes quizás que nosotros y la verdad que no parecen tanto mujeres entonces como, claro se podría decir que es un deporte más para hombres porque te saca más cuerpo, más personalidad, uno es más fuerte en la cancha y por ende es más fuerte en el día a día...”
(Entrevistado C).

El entrevistado A retoma lo dicho en la anterior cita refiriéndose a la mujer futbolista en similares términos, ahondando nuevamente en las características físicas de ésta, criticándola por performar un cuerpo no femenino:

“Cuando estaba en (...) veía de repente jugar a las mujeres. Las mujeres tienden a, no todas, caminar como hombre, empiezan a perder cosas de mujeres, las expresiones, como hablan, tienden a creerse un futbolista.”
(Entrevistado A).

La caricaturización de las mujeres que juegan fútbol coincide con los postulados de Kolnes (1995; en Symons, 2007) en cuanto a la constante prueba acerca de su feminidad a la cual

son expuestas las mujeres que se desarrollan en “espacios masculinos”, donde deben desarrollarse muscularmente para el mejor desempeño en la actividad. El rótulo que utiliza el jugador entrevistado de “mujer normal” va en detrimento del sujeto que él está describiendo como futbolista mujer, esencializando una vez más la forma en la cual el género debe ser performado, acción que según Butler (2007) siempre tiene consecuencias políticas, ya que define qué es lo que pueden o no pueden hacer estos géneros, tildando de abyecto a quienes se posicionen fuera de estos espectros de posibilidades (Butler, 2004; en Martínez-Guzmán, 2011). Consiguientemente, la consecuencia es demostrar *una forma de ser mujer*, la cual, debido a que las características enumeradas como no masculinas están en directa relación con la práctica de fútbol, prohíben su práctica para quien quiera mantenerse en los estándares normativos de mujer. Por lo tanto, como queda demostrado en la última cita, los postulados de Tivers (2011) sobre la estigmatización de las mujeres que desarrollen un cuerpo vinculado a la performance del género masculino, éstas serán catalogadas como masculinas, ya que el deporte es masculino y por lo tanto las mujeres que practican deporte a su vez desarrollan su cuerpo de manera que “no parecerán tanto mujeres” en palabras del propio Entrevistado C.

Por último, el Entrevistado B apela también a la genética y la biología para amparar el hecho de que se entienda al deporte, y al fútbol en particular, como estrictamente masculino. Su planteamiento es el siguiente:

“hay un semblante que es el que trae y hay genes que trae más el hombre que la mujer nomás. La mujer puede ser más valiente que un hombre. La mujer pasa por cosas más fuertes que un hombre en su vida. El hecho de tener un hijo ya es una cosa totalmente fuerte que nosotros no la vivimos como hombres, pero lo que es ya el deporte, y prácticamente ligado a esto que es el futbol, siempre está mandando más, genéticamente, el hombre.”

Nuevamente se puede identificar, a partir de la capacidad del futbolista de desarrollarse en un ambiente violento, cómo los hombres deben enfrentarse a situaciones peligrosas voluntariamente, ya que de lo contrario, dice Godelier, (1986; en Téllez y Verdú, 2011) estos no alcanzan el rótulo de verdaderos hombres. De esta manera la comparación del parto para referirse al sacrificio y la valentía de la mujer, serán recalcados para demostrar que las mujeres solamente deben enfrentar el peligro en este preciso momento, en detrimento de los hombres quienes siempre deben estar enfrentándose a situaciones peligrosas (Godelier, 1986; en Téllez y Verdú, 2011). Esto provoca la constitución de la

naturaleza como ley, que a su vez construye las categorías excluyentes de hombre y mujer, siendo éstas asumidas como preexistentes, ilusión que se cimienta con la repetición y reproducción del manejo de los cuerpos (Gil, 2002). De esta forma, el Entrevistado B utiliza el recurso de la genética para zanjar la diferencia y el predominio del hombre sobre la mujer en el fútbol, argumento que al ser innato, es decir proviene del orden establecido, no puede ser modificado por las personas, y por lo tanto no puede generar debate, ya que es la naturaleza y no el comportamiento humano el que está organizado de esta forma, perpetuando así el orden genérico presente en este deporte, o al menos, en este contexto.

Otra manera en la cual se construye a la mujer dentro de las categorías menores del club es a partir de la heterosexualidad y la manera en la cual la mujer muchas veces es asumida como un objeto sexual a disposición del hombre. Esto quedó demostrado cuando el entrenador de una categoría y un paramédico recordaban cuando un jugador fue a celebrar con su polola, al mismo tiempo que todo el equipo se abalanzó sobre el goleador y de paso sobre ella también, a lo cual el entrenador de esta categoría se refirió de la siguiente manera: *“viste como todos los cabros le corrieron mano a la polola del Pepe (...) tiene que morir piola el hueón, si al final lo que pasa en la cancha queda en la cancha, jajajaja”*. La metáfora que utiliza este entrenador para validar el acoso de los jugadores hacia la pareja del autor del gol tiene como tema de fondo el hecho de que ella pasa a despersonificarse, en el sentido que quien se entiende que puede estar molesto con la situación es su pareja, es decir, otro hombre, y no quien fue víctima de la situación. En correlación con lo anterior, Connell (2003) menciona que la subordinación de las mujeres y la posición dominante de los hombres sobre ellas son los pilares a partir de los cuales se reproduce el patriarcado, el cual se relaciona estrechamente a la masculinidad hegemónica dentro de este contexto, en donde la mujer presente será novia o pareja de un hombre, perdiendo así sus características particulares, excluyéndola, por lo tanto, de cualquier tipo de reacción válida ante la agresión recibida.

Esta construcción de la mujer como un sujeto sin subjetividad digna de ser tenida en cuenta por parte de los jugadores, sino más bien como aquella que cumple una función meramente de acompañamiento y de satisfacción de las necesidades sexuales de los mismos, queda ilustrada en la siguiente situación, a partir de un comentario hecho por un utilero del club al ver un error de un jugador: *“Este cabro era bueno... lo que le pasó es que la concha los vuelve locos a estos hueones, piensan que se va a acabar”*. Al igual

que en la cita anterior, la connotación sexual del rol que cumple la mujer dentro de este contexto es tan relevante que se transforma en una característica perjudicial para los jugadores, lo que genera una relación con éste en donde, a partir de la heterosexualidad natural que tiene lugar en este contexto, se performa como un sujeto insaciable en la búsqueda de actividad sexual (Doull, Oliffe, Knight y Shoveller, 2013), convirtiendo a la mujer en la responsable y receptora de esta actitud propia de la masculinidad hegemónica. La heterosexualidad, al entenderse como natural y obligatoria genera una relación binaria entre lo masculino y lo femenino, teniendo como práctica fundacional de esta relación el deseo heterosexual (Butler, 2007), lo cual queda demostrado en las anteriores situaciones donde este deseo era puesto en práctica dentro del contexto que se estudió.

A su vez, dentro de esta última cita se puede identificar cómo la mujer es asociada a características negativas. Aunque en este ejemplo ella las genera dentro del futbolista, en otros casos es la mujer el punto de comparación para dar a entender los comportamientos que no se esperan del hombre futbolista, generando así una forma de percibir y autopercebirse en cuanto a lo que se debe y no se debe hacer para performar la masculinidad hegemónica dentro del club, a lo que Abarca y Sepúlveda (2000) añaden que, a partir de estos casos donde se construyen ambos géneros diferenciados y antagónicos uno del otro, permiten que se genere a su vez una estructura de prestigio, en donde se producen exclusiones y diferencias. Por lo tanto, lo que se hace al realizar esta comparación, es sencillamente caracterizar cada uno de los géneros a partir de lo que Castells y Subirats (2007; en Téllez y Verdú, 2011) llaman proceso negativo o reactivo, o en otras palabras, que ser hombre significa fundamentalmente el no ser mujer. Esto se ve reflejado en diversas situaciones. La primera sucedió durante un entrenamiento en el cual un entrenador le recrimina a su equipo lo mucho que se demoraban, haciendo la siguiente metáfora: *“Que se demoran chiquillas ¿ah?... Parece como si se estuvieran maquillando allá”*. Esta clara referencia negativa al parecido con las mujeres que hace el entrenador es complementada por otra situación de características similares, en donde a razón de la misma molestia, el entrenador cambia sutilmente la frase diciendo: *“¿Por qué se demoran tanto? ¿Acaso se están poniendo la falda?”*

A partir de estas comparaciones con las mujeres, los entrenadores enfatizan a sus jugadores que la realización de conductas que entorpezcan la ejecución rápida de ciertos comportamientos los hace merecedores de la denominación de mujeres, dejando entrever

que una de las características fundamentales de las mujeres es la severa preocupación de su imagen, demorándose mucho en conductas tales como maquillarse o vestirse. Por lo tanto, al ser catalogados como mujeres se demuestra que esta forma de hacer las cosas es errada, ya que ser una mujer en este contexto es inferior a ser un hombre, por lo que conductas que se asuman como femeninas no están permitidas dentro del contexto. Así, la mujer –al igual que el homosexual- será el “no yo” que limita los contornos del sujeto (Butler, 2007), en este caso el hombre, personificando todas aquellas representaciones y discursos que son compulsivamente rechazados, lo cual permite que la masculinidad encarne y establezca de esta manera el género (Fuller, 1997; en Abarca y Sepúlveda, 2000). Por lo tanto, aun cuando no estando presentes, tanto las mujeres como los homosexuales van a ser interiorizados por parte de los jugadores, siendo ambos actores “fantasmas fundantes” en palabras de Abarca y Sepúlveda (2000), a partir de los cuales, mediante la constante comparación, fundan la identidad masculina hegemónica.

Por último creo necesario rescatar dos situaciones en las cuales se atribuyen características innatas a la mujer, las cuales están directamente asociadas a su rol de madre y su sensibilidad, las cuales, como podemos observar, los jugadores piensan que vienen con ellas, que a partir de ser mujeres las poseen, generando así un conjunto de rasgos propios al género femenino, definiéndolas como particulares y diferenciándolas del resto (Martínez-Guzmán, 2011). Es así como el entrevistado A hace referencia a estas características:

“tener una profesional mujer que te de consejos, que te hable diferente, que vea las cosas en otro punto de vista y te diga "sabí que estoy haciendo esto bien, esto mal" es distinto que te lo diga un hombre porque, claro, el trato también a veces es distinto, el punto de vista que ellas tienen es más de, quizás de una mamá o una hermana a que propio papá o un hermano que es lo que hacen los profesores muchas veces es bueno, muchas veces te ve haciendo un trabajo mal, entonces yo creo que si cambiaría hartoo eh... tener alguna profesional mujer” (Entrevistado A).

Palabras que serán muy parecidas a las que emitió el Entrevistado C:

“yo creo que incluso su voluntad puede ser mejor recibida que la de un hombre por el hecho de que sea mujer entonces tiene una manera de decir las cosas y de entregarte las cosas distintas, entonces al final uno se

termina encariñando con la gente, más si es mujer y todo que... claro te dicen “uno se encariña con todos”, pero quizás con una mujer, que tiene esa sensibilidad como de mama incluso a veces, como que termina encariñándose por lo mismo, porque sentí que es como tu mama, que te protege, porque te cuida, porque realmente siempre te da consejos, es como más que nada eso. Al final sorprende, pero se termina encariñando con la persona” (Entrevistado C).

De esta manera se refiere a la mujer como alguien que desarrolla la sensibilidad y los afectos dentro de las relaciones interpersonales, concordando con lo que Téllez y Verdú (2011) entienden que genera la heteronormatividad, la cual instauro ciertos modelos performativos para cada género, los cuales cuentan con ciertos trabajos, colores, sentimientos y características que les son propios a cada uno. De esta manera la sensibilidad y la expresión de ésta misma serán particularidades adjudicadas al género femenino, lo cual se traduce en que las mujeres sean incapaces de expresar emociones agresivas o violentas hacia otras personas (Inckle, 2014) otorgando, en contraste, las expresiones violentas y la inhibición de los sentimientos como características fundamentales de la masculinidad hegemónica (Abarca y Sepúlveda, 2000). El hecho de que en estas dos citas se constituye a la mujer adulta como sinónimo de madre, le quita cualquier otra particularidad que no suscriba a este rol, ya que es a partir de él que este sujeto es construido por parte de los jugadores. Madre que también tiene particularidades propias e innatas de su condición, volviendo nuevamente a naturalizar las diferencias entre hombres y mujeres.

En conclusión, la construcción de la mujer se realiza dentro de este contexto a partir del hiperdesarrollo de la emocionalidad, las características biológicas y sociales que no le permiten realizar la práctica del fútbol –y de los demás deportes “de contacto”-, además de la caracterización como objeto sexual y a su vez como distracción para el hombre, características que toman forma a partir de las constantes comparaciones para demostrar las conductas que no se esperan por parte de los jugadores o sencillamente no se permiten, las cuales constantemente tienen como fin el vigilar el género en el sentido que el orden “natural” se mantenga y se siga reproduciendo. Es con este objetivo también que se asume que las mujeres, al ser frágiles y no fuertes como los hombres, no tienen que estar jugando fútbol ya que esta práctica es innatamente masculina. Además las mujeres no cuentan con las características necesarias para jugar este deporte, correspondiéndoles

el espacio privado y no uno público como lo es la cancha de fútbol. Por último, el rol de madre o la caracterización de las mujeres como sujetos llenos de sensibilidad, también ayuda a construir un personaje que esta encasillado en limitadas formas de poder performar la mujer, adquiriendo siempre características diferentes y opuestas al hombre, ya que de otra manera no está siendo, en palabras del Entrevistado C, “una mujer normal”.

Construcción del sujeto hombre

Como se ha demostrado a lo largo de la caracterización de los dos anteriores protagonistas presentes dentro del contexto –el hombre homosexual y la mujer- en el cual llevé a cabo esta investigación, el hombre se construye, se performa siempre en relación a otro. Lo cual coincide con los postulados de Butler (2007) quien entiende que el género solamente existe a partir de la relación que éste tenga con otro opuesto, siendo por lo tanto, la mujer ese opuesto con el cual compararse para performar al hombre. Entonces, al señalar que la mujer se constituye como un sujeto débil, frágil y con una gran capacidad de expresar sus sentimientos, el hombre por su parte debe ser fuerte, capaz de recibir agresiones e incapaz de expresar lo que sucede emocionalmente en él. Lo anterior es producto del contexto específico en el cual se construye este tipo de masculinidad hegemónica, concordando con el concepto de posicionalidad propuesto por Zambrini y Iadevito (2009) el cual se refiere a que cualquier concepto de construcción identitario tiene directa influencia del contexto sociocultural en el cual se genera, el cual en este caso es las categorías menores de un club de fútbol profesional. Una cita que condensa todo lo anteriormente mencionado es la reflexión que hace el Entrevistado C sobre las características que se le exigen al jugador de fútbol dentro de este contexto específico:

“...pero sí de chico te enseñan a ser agresivos, a recibir comentarios así como tu decí claro "un juego pa hombres" "por qué estay llorando, no tení que llorar" "tení que meterle más" "si no le metí no serví pa esto" cosas muy que quizás no tienen relevancia pero que si uno lo mira con el fondo si está mal dicho, te pueden tratar de diferente manera o pueden decirte las cosas distintas y el por qué. Porque pasa mucho que los profesores te exigen y a veces uno no sabe porque te exigen ciertas cosas, te dicen que seai agresivo pero no saben el por qué, solo uno ve y trasmite su agresividad porque los demás te agreden también, entonces en el fondo se

hace todo muy monótono, tanto, todos se agreden y uno no sabe por qué...” (Entrevistado C).

En la respuesta del Entrevistado C se pueden identificar muchas frases comúnmente utilizadas en el fútbol, las cuales también aparecen en los datos de campo siendo mencionadas para demostrar cuales son los comportamientos que son y no son permitidos dentro de un campo de fútbol –a lo menos del club- y que principalmente aluden a las condiciones de fortaleza y capacidad de recibir agresiones con las que debe contar un jugador de este club. De esta manera se irguen los cimientos para performar la masculinidad hegemónica local, la cual constantemente debe estar confirmándose (Badinter, 1996; en Del Salto, 2011) ante los propios hombres, quienes juzgan si encarna este tipo de masculinidad o no (Kimmel, 1997). Dentro de estas frases encontramos “*un juego para hombres*”, la cual refiere nuevamente al fútbol como una práctica exclusivamente masculina, característica que a su vez se condice con otras como lo son la fuerza, expresada en otra de las frases mencionadas por el Entrevistado C; “*si no le metí no serví pa esto*”. Esta característica es asumida como necesaria para poder jugar fútbol, lo que se traduce en que al jugador del club que no cumplía con esta característica se le hacía notar, como queda demostrado en la siguiente respuesta por parte del mismo Entrevistado C:

“Muchas veces uno no quiere ir fuerte a la pelota. En un choque contra el rival la pierde, porque uno no fue fuerte, el miedo de que a uno le peguen una patada. Entonces ahí salen comentarios, no de tus compañeros, quizás de tus compañeros pero de los profes “ ¡Oye!, ¿por qué vai así? ¡Tení que ir como hombre! ¡Tení que meterle! Ósea, ¿me estai demostrando que no querí jugar?” En los entrenamientos pasa lo mismo.” (Entrevistado C).

El “ir como hombre” es sinónimo de ir vehementemente a disputar una pelota, de performar la fortaleza necesaria que debe demostrar el jugador de fútbol, aun cuando no quiera hacerlo, ya que de lo contrario sufrirá el reproche de sus superiores y de los mismos compañeros. Al ir fuerte al balón el jugador está demostrando ser fuerte, inmovible y poderoso, performance que tiene como propósito alejarse de las características femeninas (Del Salto, 2011), diferenciándose de esta manera de homosexuales, niños y mujeres (Téllez y Verdú, 2011), lo cual queda demostrado en la

siguiente revelación hecha por el Entrevistado A en la cual precisamente utiliza la comparación para referirse a la similitud de debilidad con la encarnación de la mujer. Mensaje que es entendido inmediatamente ya que su significado ya está interiorizado en los futbolistas del contexto:

“si mi compañero me dice “oye, estai jugando como niña”, es un ejemplo que se da... ósea es normal que te diga eso y que... claro, uno piensa “jugar como niña es no tener la suficiente fuerza”, ósea está mal dicho pero... como eso.” (Entrevistado A)

Al actuar como mujer –siendo débil o no lo suficientemente fuerte- se quiebra el acuerdo tácito de comportarse acorde al género que se le ha asignado a cada persona, lo cual a su vez tiene una consecuencia performativa ya que, al realizar este reproche, el mensaje que se expresa es que se ha fallado en la expresión de las características innatas que conlleva el género masculino, siendo performado éste a su vez, a través de actos de habla (Butler, 2007). Por lo tanto, a partir de la repetición de acciones como esta, el lenguaje adquiere poder y actúa sobre lo real (Butler, 2007) trasladando la performance desde la teatralidad hacia las palabras, coincidiendo con Althusser (1970; En Córdoba, 2003) en cuanto a que decir algo equivale a hacer algo, por lo que los enunciados tienen consecuencias de similares características a los actos corporales. Entonces, lo que se está performando es la manera en la cual un hombre debe ser hombre, lo cual significa principalmente no ser mujer, que en este caso se entiende como tener la fuerza y el vigor que ella no tiene. Otro ejemplo acerca de esta forma de performar a partir de los actos de habla ocurrió con una palabra en particular, con la cual se intentaba motivar a los jugadores por parte del preparador físico de la sub 19 diciéndoles: *“¡Vamos chicos, recios, los quiero recios!”* al realizar un trabajo agotador. Esta palabra se utiliza nuevamente en otra situación donde se quiere hacer referencia a la capacidad de infringir daño al contrario, la cual es utilizada por otro personaje, el doctor, quien dijo durante un partido: *“Somos muy mamones hueón... No estamos siendo recios. Ellos nos pegan y nosotros no hacemos nada... es como si les gustara que les pegaran”*

El uso de la palabra “recio” se utiliza para obtener un cambio por parte de los jugadores a quienes se les note cansados o débiles, características que como ya he revisado son opuestas a las que se esperan de un futbolista del club. Ahora bien, específicamente en la segunda cita, el uso que se le da a la palabra “recio” es más bien para validar ciertas actitudes violentas dentro de la práctica del deporte, lo cual muchas veces es exigido por

los entrenadores y los mismos pares. Acción que Martín y García (2011) explican a partir de la función que cumple el deporte dentro de la sociedad, encauzando los instintos violentos dentro de un espacio limitado, el cual en este caso es la cancha de fútbol. A su vez, Messner (1990) menciona sobre la violencia aceptada dentro del deporte, que ésta siempre debe estar “bajo las reglas”, lo cual le permite al jugador que realiza estas acciones mantenerse exento de críticas morales ya que es bien visto por sus pares y entrenadores al performar un “competidor agresivo”. Es precisamente este tipo de competidor el cual falta según el doctor en la situación recién revisada, donde son los rivales quienes están sacándole partido a esta validación de la violencia permitida, siendo por lo tanto unos jugadores “recios”. Otro ejemplo de este tipo de violencia validada se puede ver en el siguiente relato:

“...antes de los partidos el profe nos repite y te dice las cosas que estay haciendo mal pero quizás no de buena manera sino "tení que entrar más duro" "tení que entrarle por detrás y decirle tal cosa”” (Entrevistado C).

A partir de lo mencionado por el Entrevistador C, la violencia hacia el jugador rival está siendo sindicada como una orden por parte del entrenador del equipo, quien como ya se mencionó en un comienzo, es la principal autoridad dentro de un plantel, por lo cual era muy difícil que el jugador no hiciera caso a lo que éste le indicaba. Esta incentivación para llevar a cabo acciones agresivas en contra del rival es una de los tres tipos de violencia que Kaufman (1989) llama el triángulo de la violencia masculina, en donde, además de agredir a otros hombres, las mujeres y ellos mismos también son receptores de esta misma. En las siguientes situaciones se puede ver cómo ambas violencias se llevan a cabo a partir de comparaciones con características femeninas para dejar en claro que la masculinidad hegemónica local se performa siempre que el hombre esté dispuesto a recibir agresiones, transformando sus cuerpos en armas (Messner, 1990). De esta manera el poder físico y la disposición a recibir dolor es una de las características asociadas a la consecución de triunfo (Pringle, 2005), dado que la utilización exitosa de la violencia se traduce en lograr alcanzar metas en muchos deportes (Messner, 1990). Lo anterior se refleja en el comentario que hace el utilero luego de que un jugador se quejara al recibir una patada, diciéndole: “*Anda hueón... ¿qué andai reclamando? Si no te gusta anda a jugar a las muñecas...*”. Situación similar a la ocurrida cuando un entrenador se enfadó debido al reclamo de un jugador porque a éste le habían pegado una patada, ante lo cual

reaccionó diciéndole: *“Tení que comerte las patadas calladito, o si no mejor anda a jugar a las Barbie...”*

Dentro de estos términos, la violencia hacia uno mismo es un requisito para poder ser, en palabras de Giulianotti (2005), un “verdadero competidor”, transformando las cicatrices y heridas en símbolos que diferencian al hombre del niño (Inckle, 2014). Como queda demostrado en las citas recién vistas, sumado a la capacidad para poder recibir golpes por parte del hombre, estos a su vez no pueden demostrar molestia o dolor ya que esto indica una falta de compromiso con la masculinidad al rechazar una característica fundamental en la construcción de la masculinidad hegemónica local. Por lo tanto, esta forma de performar al competidor fuerte y capaz de recibir agresiones es complementado por la inhibición de las emociones por parte de los jugadores, quienes deben realizar lo que se les dice, provocando así la represión de la esfera emocional, siendo omitidas sus emociones y necesidades (Abarca y Sepúlveda, 2000). Esto se confirma al prohibírseles a los jugadores quejarse ante cualquier circunstancia. Lo anterior, además de surgir dentro de las dos citas preliminares, también queda demostrado durante un diálogo entre el utilero y un jugador de la categoría sub 19, el cual sucedió de la siguiente manera:

“J19: No me trate así, yo no le he faltado el respeto a usted, hablemos con respeto.

U: No me vengai na’ con hueás... no hueón te creí niña y por eso no te pueden decir nada.

J19: No, nada que ver. Yo a usted lo estoy tratando con respeto y le estoy pidiendo que me trate igual, pero me responde igual o peor que antes. (El jugador se retira de la escena, yendo a entrenar)

U: Anda a lavarte las hueás no más. Chao, chao. (Sigue balbuceando algunos garabatos que no logro descifrar).”

Al insultar al jugador que demostró sus emociones acerca del trato que estaba recibiendo, el utilero está dando el mensaje de que no solo se ignora su queja, sino que además se le asignan características femeninas, relacionándose de esta manera al jugador con una mujer, la cual como ya se ha revisado, es reconocida por expresar sus sentimientos. Esto el utilero lo enuncia a partir de la realización de una práctica estereotipadamente atribuida a las mujeres (jugar a las muñecas). La anterior difamación de la mujer en relación directa a la masculinidad hegemónica local que se construye dentro de este ambiente, es uno de

los sustentos –siendo el otro el hecho de que todos los habitantes de este espacio sean hombres- bajo los cuales se generiza y sexualiza el lugar, convirtiéndolo en un espacio masculino (Valentine, 1993; Johnston, 1998; en Tivers, 2011). Es decir, el complejo deportivo utilizado para la realización de entrenamientos y partidos de las categorías menores del club es un espacio masculino, el cual permite que ciertas prácticas propias de la masculinidad que ejerce hegemonía dentro de este espacio -como en este caso el descrédito de las capacidades de las mujeres para practicar fútbol y la estereotipización de éstas a partir de la designación de ciertas conductas y comportamientos- se lleven a cabo sin ninguna oposición. De esta forma la generización del espacio provoca las continuas referencias e invocaciones al fútbol como un deporte masculino, lo cual a su vez no solamente es producto del ambiente masculino sino también, como mencionan Kay y Jeanes (2008), a partir de una masculinización del deporte a través del moldeamiento de éste para las habilidades masculinas. Lo anterior eclipsa la equivalencia de hombres y mujeres en esta práctica, generando la idea de que el fútbol –entre tantos deportes- es un deporte estrictamente masculino, lo que sirve de base para comentarios como el realizado a continuación:

“Porque en relación a lo que es el futbol en forma... que fue siempre como se inventaba y analizaba y visto que era un deporte rudo, que había que chocar y era pa los hombres, le lleva muchos años de ventaja a lo que es el femenino. No sé si en algún momento lo lograra equiparar, pero hoy en día siempre sigue mandando el futbol pa varones.” (Entrevistado B).

La generización del espacio construye a su vez una forma de relacionarse que varios autores llaman homosociabilidad (Del Salto, 2011; Kimmel, 1997; Messner, 1990; Symons, 2007) y que se fundamenta en normas y valores grupales, los cuales se basan principalmente en la exclusión de las mujeres y la denigración de lo femenino y homosexual (Symons, 2007). Dentro de estas formas de referirse a los homosexuales y mujeres subyace un orden heterosexual que domina las relaciones entre los diferentes actores presentes en este contexto (Del Salto, 2011), lo cual se traduce en homofobia y sexismo, siendo muchas veces ocupadas con sujetos subalternos, un modelo ocupado por los entrenadores para construir una identidad de género entre los jugadores jóvenes (Messner y Sabo, 1994). Esta manera de performar la masculinidad a partir de la denostación de las características entendidas como poco masculinas, muchas veces son realizadas por entrenadores, llegando a fijar su atención en cosas tan pequeñas como el

color de los guantes del arquero. Esta situación sucedió durante un entrenamiento, cuando un entrenador, al ver que el arquero ocupaba guantes de color rosados, le dijo: “...*ahora tenemos arquera*”. El entrenador en este caso, al realizar esta intervención no solamente performa la masculinidad hegemónica de forma interna, es decir entre los propios hombres, sino también está realizando un ejercicio de hegemonía externa, o mejor dicho una institucionalización del dominio de los hombres sobre las mujeres (Demetriou, 2001), al caricaturizar a quien se asume, posee características femeninas, causando la burla de los entrenadores y los propios compañeros, denunciando de esta manera la performance de una masculinidad subalterna al estar su comportamiento relacionado con particularidades femeninas. De esta forma se coincide con lo que Gutmann (2000; citado en Téllez y Verdú, 2011) menciona es la performance de masculinidad, la cual define no solo como lo que los hombres dicen y hacen, sino que lo que “los hombres dicen y hacen para ser hombres” (p.91). Es decir, no basta con realizar una acción desde la posicionalidad de ser un hombre, sino que éste debe estar siempre actuando de forma tal que la masculinidad que está performando sea correspondida con el estatus que el contexto le ha otorgado, coincidiendo con la concepción de la masculinidad de Badinter (1996; en Del Salto, 2011) quien menciona que ésta debe estar constantemente reafirmandose.

Por último, otro mecanismo a través del cual se confirma la hegemonía, en este caso del hombre heterosexual por sobre los homosexuales y las mujeres, es la referencia de la penetración como acto violento mediante el cual se castiga o se infiere dolor. Esta masculinidad está encima, en control, realizando la penetración, transformando así a las mujeres y hombres penetrados en sujetos degradados y convertidos en objetos merecedores de agresión sexual (Fair, 2011), ya que al ser penetrados han fallado en la performance de masculinidad (Pascoe, 2005; Fair, 2011). Lo anterior es explicitado a partir del siguiente diálogo que tuve con el paramédico en referencia a la charla del entrenador a su equipo luego de que perdieran un partido:

“José: ¿Cómo estuvo la charla de ayer? Después de haber perdido un partido increíble, ¿Estuvo cargado el café?”

“Paramédico: Así (pone las manos apuntando hacia arriba, paralelas y puestas a una distancia aproximada al ancho de su espalda, haciendo clara referencia al tamaño de un pene) ¡así de grande!... se la pasó por la

arena un rato (continuaba haciendo gestos con las manos, tratando de recrear lo que estaba diciendo) y sin siquiera un escupito, jajajaja.”

Al caricaturizar una penetración por parte del entrenador a los jugadores pertenecientes al plantel que había sido derrotado, el paramédico feminiza a quienes son receptores de esta acción (Fair, 2011), posicionando a los jugadores como sujetos dominados, volviendo a relacionar nuevamente la característica femenina con la posición de inferioridad ante la masculinidad hegemónica local que se encuentra en el lugar opuesto, es decir, realizando la penetración. De esta manera queda demostrado como la violencia es utilizada por la masculinidad hegemónica local para agredir, y de esta manera ejercer su supremacía, ante todo aquel sujeto que no cumpla con los parámetros de esta masculinidad, manteniendo así a los sujetos subordinados en su posición de inferioridad.

En conclusión, la masculinidad hegemónica local se construye a partir de ciertas características que deben estar permanentemente confirmándose ante los demás hombres. Estas características son primordialmente la fortaleza, la capacidad de inferir y recibir agresiones -las cuales se enmarcan dentro de los parámetros legales del fútbol-, siendo de esta manera vistos por los demás actores como grandes competidores, al demostrar fortaleza física en la práctica deportiva. Esta situación repercute en que los cuerpos de los futbolistas deben ser trabajados de manera ardua y dolorosa para así performar el poder físico asociado a la masculinidad hegemónica (Messner, 1990) siendo capaces de recibir agresiones graves por parte del resto de los competidores, lo cual es requisito para alcanzar el triunfo dentro del fútbol. Las agresiones tanto físicas como verbales deben ser aceptadas por parte de los jugadores ya que es repudiado aquel que exprese su malestar frente a estas situaciones, lo cual comúnmente se asocia con características femeninas al ser el hombre incapaz de expresar sus emociones, dejando este ámbito para las mujeres. Por último las referencias despectivas hacia hombres homosexuales y mujeres confluyen en generizar masculinamente el espacio en el cual esta investigación se llevó a cabo, siendo las burlas e insultos en referencia a estos dos sujetos naturalizadas por los protagonistas del contexto, los cuales a su vez eran en su totalidad hombres, cualidad que les dió mayor comodidad para realizar las afirmaciones recién revisadas, lo cual es decisivo en la configuración de las identidades de género (Martín y García, 2011) por parte de los noveles futbolistas presentes en las divisiones menores del club.

Vale la pena mencionar que a partir del material producido, se presentaron un par de situaciones que no cumplían los requisitos de los otros sujetos caracterizados anteriormente pero que igualmente tienen injerencia en la construcción de la masculinidad hegemónica local. Estos sujetos, a través de comparaciones utilizadas para hacerles notar cuales son las características esperadas y cuales no por parte de los jugadores del club, fueron caracterizados y a su vez, diferenciados del hombre futbolista del club, dejando claro a partir de esta práctica cual era “la manera más honorable de ser hombre, lo que requerirá que todos los demás hombres se posicionen en relación a esta” (Connell y Messerschmidt, 2005, p.832), o en otras palabras, la masculinidad hegemónica.

El primer sujeto en el que ahondaré será del hombre gordo, quien es indicado como, en palabras de Connell (2003), un tipo de masculinidad subordinada. Aun cuando no es la principal en esta posición –lugar que ocupa el sujeto homosexual-, igualmente es referida a partir de una estigmatización dentro del contexto del club a partir del cual siempre se está refiriendo a quien la performe mediante burlas y sobrenombres que, si bien se naturalizan dentro del espacio en el que entrenan las divisiones menores, tiene una evidente repercusión en cuanto a la definición como otro, y no un sujeto que, a partir del desarrollo muscular y poder físico, performa la masculinidad hegemónica (Tivers, 2011). Acerca de este sujeto reflexiona el Entrevistado C a continuación:

“Por el aspecto físico, sí, claro. Eso es más motivo de burla. Muchas veces hay uno más gordito y lo tratan de gordo, lo tratan de guatón. Quizás uno, en todos lados aquí siempre va a haber un guatón, o a uno de tus amigos que le decí “oye guatón, ven pa acá”, “oye, pelao”. Pero como uno no está en el puesto del otro, uno no sabe si se va a sentir mal si le decí guatón, si le decí gordo. Pero... uno nunca lo sabe, pero para mí es bullying, decirle a uno gordo o guatón dentro de la cancha, pero ya se hace rutina, ya llevamos un mes de esa manera y él se acostumbra.” (Entrevistado C).

Si bien el jugador entrevistado naturaliza el hecho de que “*siempre va a haber un guatón*”, a su vez desliza cierto grado de autocrítica al calificar este comportamiento de bullying, sin embargo lo toma como algo tan propio del contexto en el cual se va a desenvolver que finalmente termina por asumir que el jugador sindicado como gordo se acostumbra y por lo tanto, no le afecta. Este tipo de subordinación ante la masculinidad hegemónica local sucedió constantemente durante el periodo de investigación, en donde diariamente se

referían a un jugador en particular como “guatón”, luego lo llamaron “guata” y “teta”, cumpliendo con los nombramientos denigrantes que Connell menciona, son parte de esta subordinación ante la masculinidad hegemónica (2003). La misma situación ocurrió durante un partido en donde fue llamativa la gran cantidad de sinónimos que adquiere la característica que surge como razón de la denigración. La situación fue protagonizada por el paramédico quien, al observar que el guarda líneas tenía sobre peso, empezó a burlarse de él mencionando sobrenombres como: “*chancho*” “*embutido*” “*rechoncho*” y “*guatón*”. Esta forma de caricaturizar a quien es considerado gordo es particularmente estricta dentro del contexto deportivo. Esto debido a que el uso del cuerpo tiene una preferencia bastante importante en cuanto a que, al ser musculoso se asume como sinónimo de fuerza, virilidad y poder (Messner, 1990), por lo que el cómo se ven y qué tan atléticos sus cuerpos parecen, es una medida que los jugadores siempre están verificando. En la siguiente frase queda explicitada la normalidad con la que se asume la caracterización del hombre gordo:

“Tú ves aquí mismo que al chiquito que está pasado en el peso ¿Cómo lo empiezan a llamar? El guatón po. “¡Tócala gordo!”. Siempre ha existido eso. ¿Que no la soporte para eso y para esta cosa? El futbol está lleno de sobrenombres, lleno.” (Entrevistado B).

Por último, otro sujeto que pude identificar a partir de los diálogos que presencié durante la investigación fue el extranjero. Si bien no se puede caracterizar un sujeto extranjero en particular -al ser distintas las nacionalidades y las razones por la cuales asoman dentro de las conversaciones-, ambos sujetos adquirieron características negativas, o más bien contrarias al sujeto futbolista del club, lo cual inmediatamente lo posiciona como una masculinidad subordinada a la masculinidad hegemónica local. En el primer caso, a partir de un error de un jugador, su entrenador le grita y reprocha comparándolo con un jugador de otra nacionalidad: “*¡Despéjala, afuera, afuera peruano...! ¡Peruano, parecen peruanos con tanto amague que hacen!*”. De esta manera, el entrenador otorga a todos los jugadores peruanos la misma cualidad; lentitud. Como menciona Antar Martínez-Guzmán (2011) está es una forma de generar identidad frente a los demás ya que se dota a éstos de un conjunto de rasgos propios que los caracterizan frente a los demás y que lo posicionarán a su vez, como sujeto constructor de la masculinidad hegemónica local. Esto porque, al estar mencionando las características que no debe poseer el futbolista del club, se le exige que performe las características opuestas al sujeto peruano, es decir, que sea

veloz y no lento. Finalmente, el otro caso donde se observa la caracterización del extranjero además cuenta con referencias a la objetivización de la mujer, homofobia y la manera en la que se asocia a la penetración como un símbolo de debilidad y feminización de quien la recibe (Fair, 2011). El caso tan particular sucedió cuando un jugador se acerca al paramédico para explicarle que había sufrido una lesión en la espalda, lo cual lo imposibilitaba de jugar. Al percatarse de que el jugador no estaba entrenando, el preparador físico le pregunta el porqué de esta situación, contestándole el jugador que le dolía la espalda, lo cual el paramédico complementó diciendo: *“yo le dije que no se agarrara a las culombianas y parece que se agarró a un colombiano, jajajajaja”*.

Esta situación entrelaza todos los conceptos anteriormente mencionados, los cuales concuerdan con los postulados de Messerschmidt (2012) quien entiende que el género forja un condicionamiento mutuo con distintas variables sociales tales como la nación, edad, sexualidad, raza y clase, las cuales convergen en esta situación en la cual no solamente se objetiviza y caricaturiza la mujer colombiana, sino también se da a entender que la lesión sufrida por el jugador debe haber sido infringida por un hombre colombiano. Esto no hubiese pasado si en vez de tener relaciones sexuales con este personaje, las hubiese tenido con una mujer –colombiana-, lo cual lo habría salvado de transformarse en un objeto sexual al igual que la mujer, ya que al ser penetrado, renunció a la masculinidad hegemónica local.

De esta manera, las dos anteriores masculinidades subordinadas revisadas, si bien no ocupan un espacio fundamental dentro de la construcción de la masculinidad hegemónica local, si permiten valorar lo diverso que puede llegar a ser la configuración y performance de una masculinidad hegemónica ya que no solamente tiene que diferenciarse del sujeto homosexual y de la mujer, sino también de otras masculinidades que son inferiores, ya sea por una característica física o identitaria, a la imagen normativa de hombre que se busca performar en este ambiente. Lo anterior se ve reflejado en lo dicho por Messerschmidt (2012) sobre la construcción de la masculinidad hegemónica a partir de la relación de ésta no solo con la femineidad, sino también con las masculinidades no hegemónicas como las revisadas recientemente, provocando que siempre se esté buscando se distinto a la mujer, al homosexual y también a las culturas extrañas (Abarca y Sepúlveda, 2000).

TERCER TIEMPO: CONCLUSION

Ahondando en el proceso que atravesé para realizar esta investigación, es preciso decir que fue un transcurso en el cual tuve que refinar mi capacidad de destacar situaciones acordes a los objetivos que me propuse, transformándose ésta en una experiencia que pulió mis capacidades para analizar la cotidianidad del contexto. Esto lo hice principalmente a través de la técnica del extrañamiento, la cual Fernández (2005) postula como una condición fundamental en el etnógrafo que lo ayuda a poder ver los significados que despiertan en este contexto específico, palabras y comportamientos que para los habitantes de este espacio son cotidianos y naturales pero que al cuestionarlos y analizarlos, pueden identificarse cuáles son sus connotaciones e implicancias. A partir de esto, ocurrió que simultáneamente que realizaba esta investigación sucedía también una autocrítica a la práctica de muchos de los comportamientos que ayudan a construir un deporte masculinizado. Esta autocrítica adquirió forma a través de la reflexividad que, como Fernández (2005) manifiesta, “es la capacidad humana de evaluar la propia acción y sus efectos en un contexto determinado” (p.19), lo cual significó reflexionar sobre como mi accionar durante la investigación y mis experiencias cercanas al fútbol han generado ciertos efectos en mí y quienes me rodean. Esta situación fue de vital ayuda para poder acercarme al tema que estudié con conocimiento sobre los comportamientos y actos de habla que observé a lo largo del período de investigación, ya que al realizar esta autocrítica los pude identificar como propios en situaciones pasadas, lo cual me proveyó de un conocimiento más acabado sobre los significados y las situaciones en los cuales éstas eran llevadas a cabo. A partir de estas herramientas metodológicas pude identificar cómo el fútbol sirve para denigrar las características que se alejen de la fuerza física y la capacidad de infringir y recibir dolor, siendo catalogadas como inferiores a partir de la comparación y adjudicación de estas características a los mismos personajes que son denostados durante este trabajo; el hombre homosexual y la mujer. De esta manera pude realizar una investigación más acabada al utilizar mi propia experiencia en aras de una recolección de datos más rica en cantidad y contenido, lo que a su vez me ayudó a realizar un trabajo más consumado y completo.

Teniendo en cuenta el análisis y la discusión realizada, debe asumirse que todos los comportamientos y prácticas son exclusivos del espacio que se analizó y no pueden ser generalizados a todos los demás espacios donde se practica fútbol, ya sea a nivel recreativo, competitivo o de alto rendimiento. Dicho esto, tampoco se puede ignorar que muchas de las situaciones detalladas en este espacio tienen eco en otros clubes y

jugadores, profesionales o no, por lo que si bien esta investigación está acotada a un espacio particular, no puede dejarse de lado los muchos casos que son protagonizados por grandes referentes del fútbol, tanto nacional como internacional. Este es el caso de Gary Medel, famoso futbolista nacional, quien al comentar la emoción que sintió antes del comienzo de un partido de la selección chilena dijo: “*no pude llorar en el himno porque después decían que era el pitbull⁹ gay*” (El Mostrador, 2014), causando las carcajadas de los periodistas presentes. Lo anterior se condice con lo ya revisado durante la investigación sobre la falta de demostración de las emociones que viven los jugadores, siéndoles negada esta forma de comportarse, ya que al demostrar vulnerabilidad emocional, Medel interpreta que eso es excusa suficiente para ser catalogado como un sujeto homosexual, por lo que prefirió no llorar y así performar una masculinidad fuerte y estable emocionalmente, características similares a las identificadas en la masculinidad hegemónica local del club en el cual esta investigación se llevó a cabo. Otro caso en el cual se pueden encontrar similitudes a comentarios descritos en los datos de campo dentro del ambiente futbolístico profesional, fue durante una conferencia de prensa del entrenador del Real Madrid, equipo conocido a nivel mundial y actualmente el más rico del mundo en esta disciplina (CNN, 2015). En esta situación él responde acerca de la supuesta violencia presente en el juego del rival de la siguiente manera: “*...esto es fútbol, no es un juego para señoritas, es para hombres.*” (Marca, 2014), palabras que concuerdan con los postulados mencionados acerca del uso exclusivo de la violencia por parte de los hombres, además de ser esta condición –de deporte violento o de “roce”- uno de los pilares en los cuales se fundamenta la exclusión de la mujer de la práctica del fútbol. Los ejemplos pueden seguir y seguir, pero lo que queda es que la exclusión de la mujer y el rechazo ante la homosexualidad no son meramente resultados de esta investigación, sino que hay grandes protagonistas de este deporte a nivel nacional e internacional que repiten comportamientos que he observado, lo cual deja entrever que la masculinidad hegemónica local performada en el club pueda estar influenciada por parte de masculinidades hegemónicas regionales y globales en el fútbol, propuesta que deberá ser contestada por futuras investigaciones.

Con respecto a los resultados obtenidos, se pueden identificar la construcción de tres sujetos principales –hombre homosexual, mujer y hombre- a los cuales se les hace

⁹ Pitbull es el sobrenombre de Gary Medel.

referencia en la mayoría de las situaciones descritas, además de pequeñas apariciones de masculinidades subalternas.

En cuanto a cómo se construye la masculinidad dentro de las divisiones menores del club, ésta ya ha quedado en evidencia y se divide en tres. En primer lugar, la masculinidad más importante es la masculinidad hegemónica que se construye como la performatividad de la forma normativa de ser hombre, la cual corresponde principalmente a los jugadores pero que también entrenadores y otros sujetos presentes en el contexto hacen referencia a ésta. Tomando en cuenta los postulados de Messerschmidt (2012), este tipo de masculinidad hegemónica se cataloga en el nivel local, ya que se va a construir a partir de relaciones personales directas (cara a cara), por lo que el contexto en el cual adquiere su preeminencia está limitado al lugar de entrenamiento del club. El hombre que performe la masculinidad hegemónica local es el sujeto que todos quieren encarnar, lo que se traduce en que la totalidad de los sujetos presentes intentan performar a este sujeto o al menos tienen noción de cuáles son sus características, lo que les sirve a su vez para destacar a quien no está realizando de forma esperada la actuación de un “verdadero hombre”. De esta manera la masculinidad hegemónica local constituye la forma más honorable de ser hombre, posicionándolos a todos los presentes en relación a ésta (Connell, 2003). Las características de este sujeto son primordialmente dos; no presentar características femeninas que lo conecten con comportamientos asumidos como homosexuales o propios de mujeres y, el ser capaces de practicar actos que tienen un alto grado de violencia en su contenido. A su vez estas conductas particulares que debe performar el hombre para acceder a la masculinidad hegemónica local se realizan a partir de una serie de comportamientos en los cuales la heterosexualidad define la forma de relacionarse con lo demás, otorgándole una posición de privilegio a todo aquel hombre que se comporte y demuestre abiertamente su heterosexualidad (Bowley, 2013). Además, esta masculinidad debe ser capaz de recibir y realizar actos violentos hacia otros hombres, mujeres y hacia ellos mismos también, acción que Kaufman (1989) llama “triángulo de la violencia masculina”, la cual es exclusivamente de uso masculino y tiene como consecuencia diferenciarse de los homosexuales y las mujeres –que serán sujetos caracterizados como débiles-, demostrando de esta manera que el cuerpo del hombre es fuerte y capaz de recibir agresiones, y por lo tanto superior a los otros cuerpos, los cuales se subalternarán ante esta masculinidad normativa. Esta hegemonía sobre los anteriores sujetos permite mantenerlos al margen de la práctica del fútbol, ya que al no contar con las cualidades que él posee, no pueden realizar este deporte a un nivel alto. Complementariamente, al

estar completamente generizado el espacio, la relación que se forja entre los sujetos presentes en éste tiene como fundamento el despreciar, a través de comentarios homofóbicos y misóginos, a todo jugador que no performe a la masculinidad hegemónica del lugar, dejando en claro el rechazo a un espectro de contenidos que se encarnan en estos dos sujetos los cuales sirven para ejemplificar lo que no se debe ser (Fuller, 1997; en Abarca y Sepúlveda, 2000). Ambas formas de denigrar tanto a homosexuales como a mujeres son relevadas cuando al hombre se le atribuye la capacidad de poder penetrar a ambos sujetos en una acción que tiene como objetivo dejar clara la superioridad jerárquica que tiene el hombre en desmedro de ambos. Por último, la inexpresividad emocional es fundamental en la performatividad de la masculinidad hegemónica local, en cuanto a que los jugadores no deben expresar sus emociones, ya que al realizar este comportamiento no cumplen con una de las condiciones básicas de la masculinidad; el hiperdesarrollo del yo exterior y la represión de la esfera emocional (Abarca y Sepúlveda, 2000).

En detrimento de esta masculinidad hegemónica surge la masculinidad homosexual, la cual es rechazada al construirse a partir de conductas que van en contra de la heterosexualidad naturalizada dentro del espacio de entrenamiento, por lo que se cataloga como un sujeto “abyecto” ya que no cumple con la regla predominante del sujeto masculino. Esta condición convierte al sujeto homosexual en alguien desaprobado dentro de un espacio en donde la objetivización sexual de la mujer es fundamental para la forma de relacionarse de los hombres entre ellos y con las mujeres. Por lo tanto, el rechazo de este sujeto en el contexto del club crea una homofobia que tiene como fin el “vigilar el género” (Butler, 2007), ya que el hombre y la mujer están naturalmente hechos para atraerse uno al otro. Esta homofobia transforma al sujeto homosexual en blanco de burlas y críticas que están relacionadas a la posesión de características femeninas, y por lo tanto, la no consecución de características propias de la masculinidad hegemónica local. Así, el sujeto homosexual es caracterizado como débil y con poca habilidad futbolística, características asociadas a sujetos no masculinos (Connell, 2003). Pero no solamente como blanco de burlas se hace referencia a este sujeto, ya que su presencia dentro del camarín deja de ser chistosa para los jugadores del club, transformándose en una amenaza que invade un espacio que, al estar todos desnudos, puede ser demasiada tentación para un homosexual, convirtiéndolo en alguien incapacitado de controlar sus deseos.

Por último las masculinidades subordinadas que forman parte de los resultados de esta investigación son referidas principalmente para delimitar al sujeto masculino hegemónico y diferenciarlo de quien no cumple con sus características. Estos sujetos son dos; el gordo y el extranjero. El gordo es aquel sujeto que falla en alcanzar el cuerpo necesario para performar la masculinidad hegemónica local, siendo objeto de burlas y sindicado como alguien que está constantemente siendo referido bajo este término, por lo que no debe tener más complejos que el de no cumplir con los requisitos de la masculinidad hegemónica. El extranjero en tanto es mencionado pocas veces y con significados distintos, aunque siempre de forma negativa en cuanto a habilidad y referencias sexuales, los cuales sirvieron tanto para dar cuenta que un futbolista de este club es mejor que los extranjeros (peruanos en esta ocasión), y también para diferenciarse de aquellos que no diferencian con quienes tienen relaciones, fallando en la heterosexualidad propia de la masculinidad hegemónica local. Como se mencionó en el marco teórico, la habilidad deportiva también fundamenta la hegemonía dentro de las masculinidades, dando la posibilidad de denostar a los hombres que no cuenten con las destrezas suficientes para ser catalogados como buenos (Wellard, 2003; en Tivers, 2011), lo cual en este caso particular se asocia a su vez con la imagen del extranjero y del gordo. Por lo tanto estos sujetos son referenciados para delimitar hasta donde llega la hegemonía interna de la masculinidad hegemónica local (Demetriou, 2001) y qué características son responsables de quitarles ese lugar de privilegio a quienes la están performando.

En tanto, las referencias al género que se utilizan para construir la masculinidad, siempre son opuestas para uno y otro. Es decir, las características del hombre siempre serán contrarias a las de la mujer ya que a partir del carácter relacional del género (Connell, 2003), la forma de naturalizar las diferencias de uno con respecto al otro es construyendo sus características en polos opuestos, para que así toda la vida esté jerarquizada por géneros, y específicamente en torno a las cualidades “innatas” que cada cual posee para ciertas actividades.

Esto quiere decir que, si el hombre, como mencioné anteriormente, se debe performar como alguien fuerte e insensible, la mujer es completamente opuesta, al contar gran sensibilidad y debilidad. Estas características se basan en que el cuerpo de la mujer, al contrario que el del hombre, no cuenta con las características que posibilitan una práctica adecuada del fútbol al contar con un cuerpo incapaz de recibir agresiones (Inckle, 2014) – característica opuesta nuevamente al hombre-, argumento que se basa en las diferencias

biológicas que tienen el hombre y la mujer. Por lo tanto, el cuerpo de la mujer es responsable de la práctica deficiente del fútbol, quedándole como opción practicar deportes con menos “roce”, ya que aquella que osa jugar fútbol es vista como una mujer no femenina, lo cual la aleja de “la mujer normal” al no contar con la sensibilidad con la cual se caracterizan las mujeres que cumplen con roles totalmente femeninos como lo son la madre o la hermana. Esta manera de construir a la mujer va acorde al carácter oposicional del género (Connell, 2003) en donde el performar un género es básicamente no pertenecer al otro. A su vez, el cuerpo de aquellas que practican deportes de “roce” son catalogados por los jugadores del club como un cuerpo “de hombre”, el cual a su vez falla en poseer la facultad de representar a la mujer que ellos entienden como atractiva, y por lo tanto no son vistas como objeto sexual. Esta característica es preponderante en la construcción del sujeto mujer dentro de este espacio, ya que al ser objetivizada sexualmente está a disposición del hombre, quien cuenta con la facultad de tener relaciones sexuales con ella cuando lo estime conveniente, debido a la insaciabilidad que tiene el hombre de tener relaciones sexuales heterosexuales (Doull, Oliffe, Knight y Shoveller, 2013). Vale recalcar que en este espacio las mujeres son actores esporádicos que solamente aparecieron en forma de árbitro o bien de jugadoras, pero que no asistieron regularmente al lugar de entrenamiento, por lo que la construcción de mujer se realiza a partir de una presencia invisible que tiene como principal función la construcción de la masculinidad hegemónica local. Por último cabe recalcar la construcción del sujeto homosexual mujer, la cual tiene como principal particularidad el poseer características masculinas tales como un cuerpo fuerte y la capacidad para recibir agresiones, siendo asociadas con las mujeres que juegan fútbol u otros deportes “de roce”. De esta manera no solo se mantienen las barreras genéricas sino también se estigmatiza la homosexualidad femenina (Kolnes, 1995; en Symons, 2007), lo cual ayuda a sostener el imaginario de que el fútbol y los demás deportes “de roce” son exclusivamente de uso masculino. Retomando la construcción del hombre homosexual, tanto éste como la mujer son construidos en base a un imaginario que generan todos los personajes presentes debido precisamente, a la ausencia de éstos dentro del contexto, lo cual no los excluye de ser protagonistas principales del moldeamiento de la masculinidad hegemónica existente en este lugar. Esta forma de influir en la construcción de la masculinidad Abarca y Sepúlveda (2000) la definen como un “fantasma fundante” de la identidad de los sujetos, presentándose constantemente como un aviso hacia la masculinidad hegemónica del lugar, ya que la amenaza de dejar de performar la masculinidad hegemónica siempre está

presente. De este modo el fútbol se entiende desde este orden genérico como una actividad completamente masculina, por lo que toda características femenina que se vislumbra dentro del campo de juego es descrita como incompleta o inferior a las que se esperan tenga un hombre que realice una actividad para la cual, supuestamente, su cuerpo está diseñado.

Los actores que participan en la construcción de esta masculinidad hegemónica son todos hombres, la mayoría jugadores aunque también cumplen un rol fundamental entrenadores, preparadores físicos, paramédicos y utileros principalmente. Ellos, a partir sobre todo de actos de habla, realizan performances de género y a su vez demandan esto mismo a los jugadores ya que un jugador de fútbol del club debe demostrar siempre que, primero que todo es un hombre. Los modos en los cuales estas situaciones tomaron lugar fueron a partir de burlas, ofensas y comparaciones de diversas conductas que dentro de este contexto se entienden como ajenas a la masculinidad hegemónica local, recalando de esta manera los comportamientos que no son admitidos por parte de los jugadores. Por lo tanto, a partir de actos de habla que denuncian performances de género que no coinciden con el modelo normativo de ser hombre, se está contorneando justamente esta performance esperada en los jugadores, coincidiendo con Messerschmidt (2005) al evidenciar que la masculinidad no representa a un cierto tipo de hombre sino que al lugar en el cual este hombre se posiciona a través de prácticas discursivas.

Por último, el escenario donde estas situaciones se llevaron a cabo tiene la particularidad de estar completamente habitada por hombres, lo cual permitió que los jugadores y el resto de los actores presentes no tuvieran a nadie que los recriminara por sus dichos y comentarios, ya que no habitaba en él ninguna mujer ni homosexual durante el período en el cual se llevó a cabo esta investigación. En los entrenamientos, los sujetos que más participaban en las situaciones descritas eran los entrenadores y en menor medida uno de los utileros. En el caso del primero, si bien no es un sujeto homogéneo –habían ocho entrenadores en total-, la mayoría de éstos, a partir de sus altos cargos dentro de los planteles a los cuales dirigían, no obtenían respuesta ante los diferentes dichos o actos que realizaban, transformándose de esta manera en órdenes que los jugadores debían obedecer para así contentar a su técnico y por lo tanto tener mayores probabilidades de ser mejor considerado. En cuanto al utilero, si bien los jugadores lo respetan, la buena relación con los entrenadores y la gran cantidad de años que lleva trabajando en el club le otorgaban la facultad de poder recriminar, y a veces hasta insultar a los jugadores, sin que

estos pudieran hacer mucho al respecto. Por otro lado en los partidos los sucesos revisados tienen nuevamente al técnico como protagonista de la mayoría de las situaciones, y cuando no era este sujeto, otros adultos (ya sea paramédico, doctor o utilero) eran quienes realizaban las acciones, dejando a los jugadores de receptores y observadores de las acciones, pero no como protagonistas de los mismos.

De esta manera considero que esta investigación proporciona una mirada desde un punto de vista distinto a lo que comúnmente se da en los estudios de masculinidades y deporte - entre los cuales se pueden destacar el trabajo de Vidiella, Herraiz, Hernández y Sancho (2010) sobre la construcción de la masculinidad hegemónica en deportistas juveniles, la investigación de Martín y García (2011) sobre los vínculos de la violencia y el deporte, además de la compilación de trabajos sobre masculinidades, feminidades e identidades realizado por varios autores a cargo de Cara Carmichael (2007)-, desarrollándose desde el seno mismo de la actividad deportiva y siendo relatada por un protagonista diario del lugar investigado. Desde esta posición privilegiada pude acceder a la cotidianidad de un equipo de fútbol, siendo testigo de las conversaciones y comportamientos cotidianos de los sujetos presentes, siempre en base a la práctica del fútbol. Estas últimas particularidades permitieron que la investigación tuviera acceso a la construcción de masculinidad en un espacio en donde se forman futuros protagonistas del fútbol profesional chileno, además de contar con adultos que ya han habitado estos espacios por varios años, lo cual sirve para comprender como se idealiza al sujeto masculino futbolista, cuáles son las características más importantes dentro de este contexto y a su vez, cuáles serán denostadas y rechazadas por parte de los integrantes de este contexto. Este estudio también demuestra como ciertos prejuicios sobre los roles de género siguen subsistiendo con bastante preponderancia, encasillando a las mujeres y los hombres homosexuales en un peldaño inferior al futbolista, construyéndolos como sujetos inferiores en habilidad, lo cual se traduce en su incapacidad de poder performar la masculinidad hegemónica local. Todo lo anterior evidencia que efectivamente el fútbol es un espacio donde la masculinidad argumenta la superioridad del hombre frente a la mujer, permitiendo así que los protagonistas de estos espacios tengan naturalizado el patriarcado como orden imperante y natural no solo en su contexto –el fútbol-, sino también del resto de la realidad. Como mencioné anteriormente, el hecho de que los principales reproductores de los hechos que construyen la masculinidad hegemónica local sean adultos da un indicio de dónde radica la repetición de discursos y comportamientos que mantiene al fútbol como un espacio machista y misógino, lo cual a su vez permite

vislumbrar un futuro sujeto y espacio con quien trabajar para que esto no siga sucediendo y el fútbol pueda dejar de ser uno de los últimos bastiones del patriarcado en nuestra sociedad. Por lo tanto, el hacer un estudio en el fútbol, dentro de una sociedad en la cual éste es el deporte más popular, aporta en identificar y cuestionar ciertos comportamientos que se exponen como intrínsecos de la actividad, pero que bajo una mirada socioconstruccionista siempre tiene un origen social y por lo tanto es en beneficio de algunos y en desmedro de otros.

Por último quisiera proponer para futuras investigaciones que se tenga en cuenta como se construye la masculinidad dentro de planteles profesionales, donde la perspectiva es distinta en cuanto a la exposición mediática que tienen los jugadores, como así también la existencia de aún más sujetos con diferentes características. También estimo que investigar cómo, este deporte que se irgue como masculino, es vivenciado por mujeres que lo practican, aportando de esta manera una visión mucho más holística de cómo el fútbol influye en la performances de género de quienes lo juegan. Esta última propuesta va en concordancia con la irrupción que ha tenido la práctica femenina del fútbol en nuestro país en los últimos años, evidenciado en la gran cantidad de mujeres que se declaran practicantes o aficionadas a este deporte. Este fenómeno coincide con la creciente mirada crítica que se está desarrollando en varios espacios de nuestra sociedad, donde se están problematizando supuestos que han sido asumidos como normales o naturales durante mucho tiempo y que tienen como denominador común el favorecer y ser defendidas por los mismos sujetos a quienes privilegia. En este sentido como hombre creo correspondiente hacer una autocrítica e identificar cómo los privilegios de una sociedad patriarcal nos permiten posicionarnos desde una posición de comodidad y confort, lo cual muchas veces nos lleva a ser aliados de ésta situación de desigualdad. Por lo tanto, a partir de la crítica hacia comportamientos en una actividad que disfruto como es el fútbol, hago un llamado a no asumir la realidad como natural o dada, y a su vez a cuestionar los privilegios que ésta nos entrega a los hombres. En síntesis, partir por uno mismo en el continuo ejercicio de problematizar todos los actos y espacios que uno habita, tal como lo menciona Isabel Piper (2002) al decir que debemos utilizar las perspectivas críticas de la psicología social para generar nuevas prácticas que nos llevarán a construir nuevas realidades, ya que son precisamente aquellos comportamientos que están más arraigados en nuestras formas de entender el mundo – siendo uno de ellos el fútbol- en donde se ancla el mayor de nuestros enemigos; el orden establecido de las cosas que jerarquiza al hombre heterosexual por sobre mujeres,

hombres homosexuales y todo aquel otro que no performe una masculinidad hegemónica, lo que permite una normalización de la desigualdad entre los sujetos por el solo hecho de contar con ciertas características que, como ya he revisado, son construidas todos los días por todos nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- Abarca, H. y Sepúlveda, M. (2000). *El feo, el sucio y el malo: un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras del fútbol en Chile*. Santiago: Universidad de Chile.
- Aguilar, C. (2009). ¿Por qué es importante el género en la pedagogía crítica?. *Revista interuniversitaria de formación de profesorado*, 23, pp.121-138.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bowley, B. (2013). Soft boys, tough boys and the making of young sporty masculinities at a private boys' school. *Agenda: empowering for gender equality*, 27(3), pp.87-93.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1990)
- Cabello, A. y García, A. (2011). Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad. *Revista de investigación políticas y sociológicas*, 10(2), pp.73-95.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. Ciudad de México: Universidad nacional autónoma de México. (Obra original publicada en 1995).
- Connell, R. y Messerschmidt, J. (2005). Hegemonic masculinity: rethinking the concept. *Gender & society*, 19(6), pp.829-859.
- Córdoba, D. (2003). Identidad sexual y performatividad. *Athenea Digital*, [en línea] 4, pp.1-10. Disponible en: <https://ddd.uab.cat/pub/athdig/15788946n4/15788946n4a6.pdf>.
- Del Salto, M. (2011). *"Siendo hombres". Masculinidades en el fútbol rural de Mangahuántag, Puenbo*. Tesis para optar al título de licenciada en antropología, Pontificia universidad católica del Ecuador.
- Demetrakis, D. (2001). Connell's concept of hegemonic masculinity: a critique. *Theory and society*, 3, pp.337-361.
- Domènech, M., Íñiguez, L., Pallí, C. y Toledo, F. (2000). La contribución de la psicología social al estudio de la ciencia. *Anuario de psicología*, 31(3), pp.77-93.
- Doull, M., Oliffe, J., Knight, R. y Shoveller, J. (2013). Sex and straight young men: challenging and endorsing hegemonic masculinities and gender regimes. *Men and*

masculinities, 16(3), pp.329-346.

El Mostrador. (2016). *Gary Medel: "No quise llorar o si no sería un pitbull gay"*• . [en línea] Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/multimedia/2014/06/23/gary-medel-no-quise-llorar-o-si-no-seria-un-pitbull-gay/> [Rescatado el 30 de Octubre de 2015].

Ema, J. (2009). Una mirada materialista sobre los debates epistemológicos en la psicología social. *Diversitas: Perspectivas en psicología*, 5(2), pp.225-239.

Esteban, M. (2004). Antropología encarnada: antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12, pp.1-21.

Eva, G. (2002). ¿Por qué le llaman género cuando quieren decir sexo?: Una aproximación a la teoría de la performatividad de Judith Butler. *Athenea Digital*, 2, pp.30-41.

Fair, B. (2011). Constructing masculinity through penetration discourse: the intersection of misogyny and homofobia in high school wrestling. *Men and masculinities*, 14(4), pp.491-504.

Fernández, R. (2005). *Memoria y conmemoración del golpe de estado de 1973 en Chile: la marche del 11 de septiembre desde una perspectiva auto etnográfica*. Tesis para optar al título de magister en psicología, Universidad ARCIS-Universidad autónoma de Barcelona.

Fuller, N. (2001). The social constitution of gender identity among peruvian men. *Men and masculinities*, 3(3), pp.316-331.

García, S. (2003). *Psicología y feminismo: una aproximación desde la psicología social de la ciencia y las epistemologías feministas*. Tesis para optar al título de doctora en psicología, Universidad complutense de Madrid.

García-Ochoa, J. (2014). *Real Madrid: Ancelotti: "¿El Atleti violento? Esto es un juego de hombres"*. [en línea] MARCA.com. Disponible en: http://www.marca.com/2014/09/12/futbol/equipos/real_madrid/1410519525.html [Rescatado el 30 de Octubre de 2015].

Giulianotti, R. (2005). *Sport: a critical sociology*. Londres: Polity press.

Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.

- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Haraway, D. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En: D. Haraway, ed., *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, 1ra ed. Madrid: Cátedra, pp.313-346.
- Ibáñez, T. (1994). Construccinismo y psicología. *Revista interamericana de psicología*, 28, pp.105-123.
- Íñiguez, L. (2005). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era "post-construccionista". *Athenea Digital*, [en línea] 8, pp.1-7. Disponible en: <http://antalya.uab.es/athenea/num8/siniguez.pdf>.
- Inkle, K. (2014). Strong and silent: men, masculinity, and self-injury. *Men and masculinities*, 17, pp.3-21.
- Jachyra, P., Atkinson, M. y Wahiya, Y. (2015). "Who are you, and what are you doing here": methodological considerations in ethnographic health and physical education research. *Ethnography and education*, 10(2), pp.242-261.
- Juárez, M. (2015). Pensamiento crítico y sujeto histórico. Consideraciones en torno al concepto de liberación en psicología social. *Teoría y crítica de la psicología*, 6, pp.237-257.
- Kaufman, M. (1989). La construcción de la masculinidad y la triada de la violencia masculina. En: M. Kaufman, ed., *Hombres: poder, placer y cambio*, 1ra ed. Santo Domingo: CIPAF, pp.19-64.
- Kay, T. y Jeanes, R. (2015). Women, sport and gender inequity. En: B. Houlihan y D. Malcolm, ed., *Sport and society*, 3ra ed. Londres: Sage, pp.130-154.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: T. Valdés y J. Olavarría, ed., *Masculinidad/es: poder y Crisis*, 1ra ed. Santiago: Isis Internacional, pp.49-62.
- Kuper, S. (2012). *Fútbol contra el enemigo*. 2da ed. Barcelona: Contra.
- Lomas, C. (2003). *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios*

sociales. Barcelona: Paidós.

- Majendie, M. (2015). *Los 10 equipos de fútbol más ricos del mundo*. [en línea] CNNEspañol.com. Disponible en: <http://cnnespanol.cnn.com/2015/01/22/los-10-equipos-de-futbol-mas-ricos-del-mundo/#0> [Rescatado el 30 de Octubre de 2015].
- Marqués, J. (1997). Varón y patriarcado. En: T. Valdés y J. Olavarría, ed., *Masculinidad/es: poder y crisis*, 1ra ed. Santiago: Isis Internacional, pp.17-30.
- Martínez, M. (2004). *El método etnográfico de investigación*. [en línea] Construyendo conocimiento. Disponible en: http://investigacionpostgrado.uneg.edu.ve/intranetcgip/documentos/225000/225000_archivo00002.pdf [Rescatado el 20 de Agosto de 2015]
- Martínez-Guzmán, A. y Montenegro, M. (2011). El desafío trans. Consideraciones para un abordaje situado de las identidades de sexo/género. *Revista Sociedad y Equidad*, 2.
- Martínez-Guzmán, A., Montenegro, M. y Íñiguez, L. (2014). Consideraciones para un abordaje situado de las identidades de sexo/género. *Gender and sexuality. Annual review of critical psychology*, pp.23-39.
- Messerschmidt, J. (2012). Engendering gendered knowledge: assessing the academic appropriation of hegemonic masculinity. *Men and masculinities*, 15, pp.56-76.
- Messner, M. (1992). *Power at play*. Boston: Beacon Press.
- Messner, M. y Sabo, D. (1994). *Sex, violence & power: rethinking masculinity*. Berkeley: The crossing press.
- Montengro, M. y Pujol, J. (2003). Conocimiento situado: un forcejeo entre el relativismo construccionista y la necesidad de fundamentar la acción. *Revista interamericana de psicología*, 37(2), pp.295-307.
- Piper, I. (2002). *Política, sujetos y resistencias: debates y críticas en psicología social*. Santiago: Universidad ARCIS.
- Pringle, R. (2005). Masculinities, sport, and power: a critical comparison of gramscian and foucauldian inspired theoretical tools. *Journal of sport & social issues*, 29, pp.256-278.

- Symons, C. (2007). Challenging homofobia and heterosexism in sport: the promise of the gay games. En: C. Carmichael, ed., *Sport and gender identities*, 1ra ed. New York: Routledge, pp.140-159.
- Téllez, A. y Verdú, A. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista nuevas tendencias en antropología*, 2, pp.80-103.
- Tivers, J. (2011). "Not a circus, not a freak show": masculinity, performance and place in a sport for "extraordinary men". *Gender, place & culture: a journal of feminist geography*, 18, pp.45-63.
- Troncoso, L. (2014) *Catedra de diplomado "Psicología social crítica"*. Universidad de Chile.
- Venegas, C. (2015). *Un año pelotudo*. Santiago: Ceibo.
- Vidiella, J., Herraiz, F., Hernández, F. y Sancho, J. (2010). Masculinidad hegemónica, deporte y actividad física. *Movimiento*. 16(4), pp. 93-115.
- Wetherell, M. y Edley, N. (1999). Negotiating hegemonic masculinity: imaginary positions and psycho-discursive practices. *Feminism & psychology*, 9(3), pp.335-356.
- Zambrini, L. y Iadevito, P. (2009). Feminismo filosófico y pensamiento post-estructuralista: teorías y reflexiones acerca de las nociones de sujeto e identidad femenina. *Revista Latinoamericana*, 2, pp.162-180.
- Zirion Landaluze, I. (2014). Algunas reflexiones sobre investigación feminista y conocimiento desde una posición paradigmática de dominación. *Athenea Digital*, 14(4), pp.329-337.